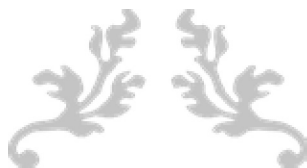


Chepe Ruiz



UN VIAJE CICLODELICO

La perseverancia hace crecer la esperanza



RELATOS CORTOS

© Chepe Ruiz

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

ISBN 978-9915-40-595-7

Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Tradinco, agosto 2021

*La familia son aquellos a los que amas
Tu país es donde encuentras muchos amigos.*

Agradecimiento

A continuación los nombres de las personas que apoyaron este proyecto literario con su aporte artístico y financiero, pues gracias a ello, tienes este libro de manera gratuita en tus manos.

Luna di Cassano (Suiza)
Adan Rivas (El salvador)
Fabricio Carrizo (Argentina)
Mauricio Saldaña (El salvador)
Adriana Nicoloff (Uruguay)
Damaris Ruiz (El salvador)
Angie Comesaña (Argentina)
Max figueroa (Embajador de El salvador en Uruguay)
Jovani Moreira (Ecuador)
Franco Burgos (Guatemala)
Sergio Flores (El salvador)
Jose Cruz Marin (Garita Palmera)
Miriam Calle (Bolivia)
Adin Zetino (El salvador)
Marica van der Mer (Holanda)
Eleazar Perez (USA)

Doritha Ruano (El salvador)
Manuel Mendez (vice consul de El salvador en texas)
Ruth salazar (El salvador)
Oscar Blanco (El salvador)
Jose Francisco Miron (El salvador)
Noe Martinez (El salvador)



Prólogo

El célebre dicho «Nunca sabe un hombre de lo que es capaz hasta que lo intenta» del escritor latino Publio Siro, fue retomado nueve siglos después por el escritor inglés Charles Dickens. Ya fuera en la Roma antigua o en la Inglaterra victoriana, el concepto da cuenta de la capacidad que posee el hombre para afrontar cualquier desafío porque desconoce cuáles son sus verdaderos límites hasta que no se encuentra en la situación de superarlos. Doscientos años más tarde, un salvadoreño llamado Chepe Ruiz encarna este principio y lo lleva hasta sus extremos

demostrando que las posibilidades son infinitas, porque inacabable es todo aquello que aún no se ha podido o intentado realizar. Al poner en marcha los engranajes de su bicicleta se desafía a sí mismo, prueba su potencial, demuestra su capacidad de sobrevivencia, su lucha ante la adversidad y su esfuerzo por alcanzar su meta. Porque partir de su Garita Palmera natal montado en su birrodado, cargado con una carpa, unos pocos víveres, menos dinero y un sueño por cumplir –atravesar Latinoamérica hasta llegar a los confines del continente– denotan una acción valiente y no menos delirante, impregnada de altruismo, ingenuidad y abnegación, que solo puede definirse como una «quijotada».

La literatura universal posee como su mayor exponente a *Don Quijote de la Mancha*, la novela que inmortalizó Miguel de Cervantes, cuyo personaje principal pasó a la historia por llevar a cabo sus utopías, que han trascendido los siglos y las fronteras por representar a la humanidad en un sentir común. ¿Qué motivó a Alonso Quijano a abandonar la seguridad de su hogar y emprender la aventura de recorrer la geografía de su patria, únicamente acompañado de su flaco rocín y de un campesino como escudero? Fue su deseo de reencauzar a la sociedad de su tiempo hacia el viejo orden económico y social basado en los valores caballerescos desplazados por el capitalismo. En el caso de Chepe Ruiz, ¿qué hecho desencadenó su deseo de emprender un viaje tan largo, montado en una sencilla bicicleta, con el fin de brindarle una mejor posibilidad educativa a su hija? Según el protagonista de esta historia, el disparador fue la

lectura del *Quijote*, que amplió el horizonte de expectativas que tenía sobre su vida. Así como el hidalgo manchego sintió el impulso de salir al mundo a raíz de la lectura de novelas de caballería, el gariteco se sintió interpelado por el texto cervantino para aventurarse por los caminos de los pueblos americanos, hermanándose con el personaje en el valor que supone defender una causa más allá del qué dirán y de su posible resultado.

Un viaje ciclodélico es un diario de viaje, estructurado en 31 relatos, donde el autor expone las experiencias vividas y las observaciones realizadas durante su periplo por Ecuador, Bolivia, Perú y Paraguay. Abarca a las personas con las que se cruzó y conoció, aquello que vio y aprendió, y las emociones experimentadas. Por lo tanto, se trata de un viaje físico pero también de un viaje social e interior.

La narración de los relatos es preponderantemente costumbrista, porque describe los usos, los hábitos y el folklore de las regiones de los países recorridos: estilo de vida de los lugareños, formas de pensar, alimentación, modos de subsistencia, creencias, valores, rituales y dialectos. Si bien el costumbrismo se centra en la descripción externa de la vida cotidiana sin analizarla ni interpretarla críticamente, algunas situaciones y sujetos no están exentos de una mirada cuestionadora y reflexiva por parte del autor sobre realidades dolorosas que involucran a las clases sociales más oprimidas, alienadas y olvidadas por los gobernantes. Es el caso de la violencia de género perpetrada contra las mujeres y las niñas, o la problemática de la inmigración venezolana hacia países aledaños. Paralelamente, narra la

convivencia con sus compañeros de ruta –muchos y de diversas nacionalidades– y con aquellos que le brindaron hospedaje y trabajo, evidenciando que el sentimiento que predominó en su extenso itinerario fue la solidaridad, que superó los regionalismos, las apariencias y los prejuicios.

Finalmente, aunque el libro está escrito con un formato de diario, también convergen en él otros géneros literarios como el cuento (primera parte del relato primero) y la poesía (relato décimo). El relato que cierra la exposición también es una excepción a la regla estilística preponderante. Titulado «Puedes llegar lejos» busca motivar al lector a no permanecer inerte si tiene un objetivo que anhela materializar, así como no desmoralizarse ante las dificultades que se presenten en el devenir del camino a transitar. La exhortación y el cómo lograrlo se convierten en una suerte de apología del «hombre hecho a sí mismo», encarnación que no encuentra un mejor exponente que este quijote salvadoreño.

Adriana Nicoloff
Canelones, 29 de julio de 2021

Comentario

Es una experiencia literaria fantástica que nos llevará a vagar por diferentes rinconcitos mágicos sur americanos, donde nuestro guía aventurero Chepe Ruiz junto a su bicicleta, fiel compañera, nos conduce a una cantidad de aventuras en las que podremos sentir alegría, tristeza, angustia, euforia y un sin fin de emociones, conforme nos adentramos en cada relato

Conoceremos personajes pintorescos e interesantes mientras estimulamos nuestra imaginación con situaciones vividas que el escritor nos cuenta.

Conozco a Chepe desde que éramos “patojos” como le decimos en Guatemala a los niños y cada vez que hablábamos de viajar por el mundo nuestros ojos brillaban de emoción.

Por lo que les aseguro que este curioso y exquisito ejemplar literario, les va a enganchar desde el principio ya que está plasmado con la sencillez, humildad y elocuencia que lo caracteriza, solo me resta agregar que espero lo disfruten tanto como yo.

Franco Burgos
Docente en psicología
GUATEMALA

Quedarte llorando

Se levanta temprano, ordena su cama luego dobla sus rodillas y hace mención de nombres en un orden cronológico... suplicando

Se para frente a él espejo, suelta la trenza de su pelo encanecido y se dirige a la cocina sintiendo el artritis en uno de sus tobillos, enciende el fuego y calienta agua para un café.

Da vueltas merodeando los rincones, buscando el celular que pierde a menudo y detesta empezar a olvidarlo todo, al fin lo encuentra, prepara su café camina y se sienta en la sillita junto a la ventana.

Empieza a buscarlo en el celular, por las redes sociales, quiere saber de él por donde va, como esta, saber cómo se siente.

Pero hace ya tres días que no se conecta y hace una semana que no le llama.

Es una buena mujer, te lo aseguro que es la mejor que he conocido en mi vida, da de comer a los perros de la calle, hace tamales para apoyar obras benéficas, cultiva tomates y flores en maceta... canturreando melodías antiguas.

Llega el mediodía, saca el celular de su delantal, lo revisa y nota que aun no le a escrito.

Últimamente no come mucho y ésta un poco flaca, también se le ven bastantes cansados sus ojos,

Cada vez más tenues.

Toma otro sorbo de café mientras recuerda la última vez que estuvieron juntos, sucedió afuera, frente al portón cuando se despidieron, ella lo abrazo fuerte y le dijo.

-Me decís que volveré a verte en dos años, dos años... ¿te das cuenta lo que haces? En ese tiempo... no sé, te puede pasar algo, me puede pasa01/05/2021r algo y talvez ya no nos volvamos a ver,

¿Qué no te has fijado que ya estoy vieja? Y que sos el ultimo que me queda aquí.

El, inclino su rostro, lo acerco a su cabeza de algodón y la beso, luego se fue... se alejó dejándola ahí llorando.

Al llegar la noche, en la hora de dormir, se para frente a él espejo y se hace una trenza en su pelo encanecido, levanta la sabana y se acuesta pensando que hoy no se puede olvidar de ella, cualquier día, pero hoy no, y así se adormece, mientras va sintiendo que también a su vida le ésta llegando la noche.

Deja el celular cerquita de su almohada... y se dice a sí misma, talvez más noche me llama.

(lo escribí para usted mama)

Feliz cumpleaños.



Ilustrado por : Angie Comesafia

Habían pasado ya casi, ocho meses desde que había empezado hacer este viaje, desde que experimente por vez primera, que se sentía salir y llegar a un país en una bicicleta cargando todo lo necesario.

Casi ocho meses desde la última vez que estuve con mi madre afuera de la casa frente al portón, donde nos despedimos, donde la deje llorando.

Todo este tiempo extrañándola a ella y a Fabiola, mientras ya tenía avanzado seis países en mi recorrido, hasta aquí ya había aprendido tantas cosas nuevas, compartir y recibir muchos momentos con personas que solo unos meses atrás nunca imagine conocer, ni siquiera sabía dónde estaban, pero de algún modo ya sentía que existían.

Ahora después de irme acostumbrando a moverme constantemente de un lugar a otro, de aprender a disfrutar las lluvias, las noches y hasta los momentos de incertidumbre, conocer el automatismo de las piezas de la Delgadina.

Ahora me comenzaba en serio a calar la ausencia, con mi madre, con mi hija y con mi querida Garita Palmera.

Y ahí estaba yo, pensando en todo esto, afuera de las oficinas de migración en la frontera de Ecuador, sentado en el piso, cuidando las bicicletas, esperando que Luci y Enio salieran de sellar sus pasaportes, para luego entrar yo por lo mismo, la fila de ingreso estaba saturada, evidentemente la mayoría inmigrantes Venezolanos, que huían de

la pobreza, inseguridad y escasas que tenían en su país a causa de la compleja política nacional, el pesado bloqueo económico y sanciones, de parte de nuestro vecino del norte.

Me dolía un poco la pansa, pero sabía bien que era de puros nervios, porque en todas las fronteras me pasaba lo mismo.

Era un dolorcito a un lado del ombligo, por ahí cerca de la costilla izquierda.

Lúci, salió primero, unos minutos mas tarde Enio, sin perder tiempo fui y me incorpore a la larga fila, al tener todo listo, salimos de la multitud y comenzamos a pedalear las primeras lomas de la carretera, que nos daban la bienvenida a Ecuador.

Fuimos encontrando por el camino, familias enteras de inmigrantes, caminando con los niños, arrastrando sus valijas, algunos grupos parados asiendo señales a los camiones para que los levantaran, otro acampando a la orilla del camino.

A los cinco kilómetros había un retén militar, donde obligatorio parar.

Cuando llegamos, uno de los militares se nos acercó, luego nos llevó a un lado de la calle.

-bueno chicos, no vamos a perder tiempo, quiero que sean sinceros- nos dijo el militar que tenía el nombre de Jesús, bordado arriba de la bolsa de su camisa de uniforme,

- ok, díganme si llevan mariguana o alguna otra droga y todo será mas sencillo-

-nooo, hermaaano- le contesto Enio, con asombro y jesto extraño en su cara barbuda,

-nosotros somos cicloviajeros y estamos concientes que en este tipo de viaje no se puede tener ese tipo de adicciones- le siguió explicando.

-debido al constante ejercicio diciplinado, nuestros cuerpos no funcionaria bien si consumiéramos eso-

El soldado jesus, me miro, camino hacia mi y me pregunto.

-¿su amigo esta diciendo la verda?-

-si mi señor- le respondi-

-nada de drogas, no... ¿ni siquiera una fría cerveza después de un largo dia de viaje?- pregunto.

-si,si,si eso si claaaro- grito Enio y luci al mismo tiempo

-bueno les voy a creer porque me an caído bien, de lo contrario les hubiera sacado todo de esas alforjas, vayan y sigan su camino al país mas lindo del mundo y si quieren tomar una buena cerveza, compren la de fabricación nacional-

-ummm, que rico!!-ahuyo Enio.

Y nos fuimos de ahí.

La mente es un caballo salvaje

Fue a Tulcan, el primer pueblo de Ecuador al cual llegamos por la tarde, es un pueblo muy bonito y curiosamente uno de sus mayores atractivos turísticos es, los jardines del cementerio.

Cuando entramos al pueblo, fue Luci quien sugirió buscar un lugar donde pudiéramos tomar una de cerveza, para celebrar haber llegado juntos como equipo, a Ecuador en bicicleta.

Encontramos pequeño almacén a medio pueblo y pedimos un litro de cerveza nacional, recordando lo que nos había recomendado Jesús, el soldado, el pueblo tenía fama de tener siempre un clima frío y más, por las tardes, la cerveza también estaba muy fría al punto de tener escarcha de hielo, pero no nos importó y sentados en la acera, fuera del almacén brindamos por el triunfo.

Enio mi hermano temblaba del frío sin embargo tenía un rostro cuando destapo la cerveza con los dientes y fue el quien le dio el primer sorbo, luego Luici, después yo y así, celebramos nuestra ruta, la libertad, la amistad... la vida.

La verdad, al final no fue un litro... fueron tres.

Después fuimos guiados por Enio quien traía el GPS fuimos buscando la estación de bomberos, yo de mi parte ya me sentía bastante alegre, con los cachetes adormitados y un poquito mareadito, fui así haciéndoles bromas por el camino.

Pero al llegar a la estación la respuesta de el amable bombero esta.

-desde hace varios meses se nos a prohibido alojar a extranjeros, fue a causa de una experiencia no grata con un grupo de Venezolanos, lo sentimos mucho, les recomiendo ir a la casa del inmigrante, espero que haiga espacio para ustedes-

-¿Por donde es?- pregunto Luci

-sigan cuatro cuadras mas al este, luego dos hacia el norte y por ahí pregunten o lo mas probable que miren la gente afuera, a esta hora ya están esperando entrar-

Era una casa grande de dos pisos, antigua, al estilo colonial, con ventanas y una puerta grande de entrada, un letreo medio colgando del techo que desia '' casa del inmigrante ''

Cuando llegamos habían ya unas veinte personas amontonadas afuera, esperando entrar, la mayoría hombres y unas pocas mujeres, todos venezolanos,

Nos acercamos a ellos y les saludamos, nos vieron, luego nos preguntaron de que parte de Venezuela eramos, cuando les mencionamos nuestras nacionalidades, nos preguntaron si también estábamos escapando de nuestros países, aquellos nos dejo en una disyuntiva de respuestas,

al fin Enio les explico que solo estábamos viajando por viajar, por vivir,

Notamos que algunos se sorprendieron y alguien murmuro que eramos dichosos, luego nos contaron que la casa permitia el ingreso a las personas a partir de las siete de la noche, era pasadas las seis, asi que solo no tocaba esperar un poco.

Lo sorprendente fue que cuando faltaban unos diez minutos ya la fila de personas que se formaban para entrar pasaba de sesenta, jóvenes cargados con grandes mochilas, señoras jalando maletas y bolsos, familias de hasta cuatro niños, mujeres embarazadas con su pareja y solas, reconoci a algunos que encontré caminando por la carretera, de pronto, una joven saco su cabeza por una de las ventanas de arriba y dijo en voz alta.

-hola, bueno, vamos abrir la puerta, pero ya saben que tienen que entrar despacio y ordenado-

-Hermano- me dijo Enio, mira toda esta pobre gente,

-chicos- comento Luci, no se si es buena idea que nosotros entremos y ocupemos el espacio de ellos,

-si comprendo, lo mismo estoy pensando, pero bueno ya estamos aquí preguntemos y si ya todo esta saturado, salimos a buscar otro lugar para armar nuestras carpas- les dije

Se abrió la puerta y todo mundo empezó a entrar, primero las mujeres embarazadas y los niños, luego los jóvenes y al final nosotros.

-¿ cuantos vienen en bicicletas?- pregunto la misma chica que había gritado desde la ventana, y que también estaba anotando los nombres de quienes ingresaban,

- somos tres- respondió Luci.

- bueno, pasen directo al fondo, donde están los lavaderos de ropa, ya veremos como les hubicamos-

Entramos por el pacio, con las bicicletas cargadas y al llegar al patio, las colocamos en una esquina lo mas juntas posibles, para que no estorbaran, luego nos quedamos ahí parados esperando, observando lo que ocurría en esa casa y con los inmigrantes.

Se hizo mas oscuro y mas frio, la gente aun continuaba llegando con sus maletas, cuando las habitaciones del primer piso, comenzaron a pasar frente a nosotros por el patio y subían las gradas del segundo piso.

Vi una joven madre que traía a su hijita en sus brazos, la pequeña temblaba del frio y hacia un sonido con sus dientes, mientras se aferraba a un osito de peluche, al poco tiempo se escuchaban voces por todos lados, niños llorando pidiendo comida, gente apresurada buscando los baños, todos con rostros tristes y de incertidumbre o confusion,

Nadie sonreía, sentiamos una atmosfera de desamparo flotando ahí, pobreza y dolor, mire a mis compañeros y tenían un rostro con mirada de asombro y conmocion.

al fin entro el ultimo que era un anciano, luego escuchamos cuando serraron la gran puerta de hierro, momento después llego la chica del cuaderno hacia nosotros.

-¿ sus nombres y la provicia de Venezuela?-

- la verdad señorita, no somos de Venezuela, ella es de Argentina, el, de Brasil y yo de El salvador, si no hay espacio comprendemos-

-no pasa nada, miren si también necesitan un lugar para pasar la noche, aquí son bienvenidos, solo pedirles si alguien de ustedes nos puede ayudar en la cocina-

-bueno, ahí si voy yo ayudar- dijo Luci

-bueno, mientras tanto, ustedes esperen aquí mientras viene la cena, luego vamos a definir donde las hubicaremos a ustedes y a sus bicicletas-

Dicho esto, las dos se marcharon, Enio y yo nos quedamos sentados ahí en una de las bancas del patio a lado de un viejo con rasgos asiáticos y que se notaba muy cansado.

Al rato, llego un muchacho con una toalla colgando de su hombro, preguntando que donde estaban las duchas,

-yo aun no se hermano- le dijo Enio,

- busca la chica del cuaderno- y déjame decirte que te admiro por quererte duchar con este frio-

Al escucharlo hablar el muchacho pregunto que de donde eramos mirándonos con curiosidad.

-brasil y El salvador-

-oye chamo ¿y se an venido en bicicleta? Debe de estar fea la cosa también por esos lados- dijo un poco sonriendo.

-no hermano, nosotros no estamos huyendo de nuestros países, simplemente estamos viajando- dije

-¿viajar por viajar? Como turistas, woooo... .seguro traen muchos dólares ¿verdad? O ¿son investigadores de National Geografic? Ya se, pueden ser espías o algo asi y

sus gobiernos les pagan para que anden asi, ya los e visto pasar por Venezuela.

-nada de eso- le respondio Enio, solo nos gusta viajar, como te explico, bueno mira, es como un estilo de vida, claro es por un tiempo-

-jajaja que locos- exclamo el joven,

-andar en bicicleta asi, ¿solo porque quieren?-

-Nos gusta – dije,

-vives muchas experiencias, conoces a muchos amigos, también aprendes de otras culturas, te conoces un poco a ti mismo a demás es divertido en cierto modo-

Nos enteramos que mientras hablavamos con el muchacho de la toalla que se estaba retrasando con su ducha, se nos habían acercados otros a escucharnos, al parecer estaban sorprendidos de nosotros, sin saber que eramos nosotros los mas sorprendidos de ellos y que los admirá-bamos por su valentía y coraje,

-¿hay dólares en tu país? ¿no es caro vivir? ¿estas cerca de los gringos?- me pregunto una joven embarazada que estaba sentada junto a su joven esposo en la banca de enfrente,

- si claro que hay pobreza, los pobres de dinero estamos por todos lados, aunque haya dólares- le conteste

-todas estas cosas son las profecías de los grandes apóstoles- grito un viejo que estaba detrás del grupo de la gente que ya nos rodeaba, vestia un traje elegante pero sucio y traía un radio portátil colgando de su cuello,

-juan, jeremias y el maestro predicaron que estos días llegarían, y vendría a gobernarnos ‘‘el anticristo’’-

- ya comenzó otra vez este con el mismo tema- le interumpio un tipo de unos cuarenta años y con un traje casual, pero arugado.

-esto es un problema económico mundial, el sistema esta en decadencia, hay una lucha contra la super estructura, ¿saben a que me refiero?- y siguio con su discurso mientras todos le escuchaban con atención,

- fijémonos bien, nuestras tierras son ricas en petróleos y minerales, somos muy ricos, sin embargo nos hacen creer que somos pobres, si, claro que lo somos, somos pobres de conocimientos, asi nos forman, asi nos educan, para que no encontremos nuestra verdad en este mundo, pero ¿que podemos hacer? Pregunto, solo ver como se llevan nuestras riquezas, al igual que nuestros antepasados, o ser parte del saqueo uniéndonos a ellos, pero no todos podremos llegar a eso, la mayoría de nosotros todos, aun ellos que vienen de otros países, casi todos moriremos sin probar que es vivir un dia de derroche como la gran minoría que los los dueños del mundo, aunque muchos de los que estamos aquí tuvimos la dicha de gozado un poquito de confort en los tiempos dorados de Venezuela, tendremos que conformarnos que nunca lo volveremos a tener, por que nacimos en la maldición de la abundancia, ahora en todo lo que pensamos es en dinero, miren estos chicos, viajando sin preocuparse por el maldito dinero, tenemos nosotros también aprender a valorar nuestra riqueza humana, tenemos que ser ricos en nuevos conocimientos y en amor, en libertad, porque esto no parara, hasta que la ambicion humana acabe con todo el planeta-

- lo que paso es que nunca nos imaginamos que esto iba a pasar- comento una señora que se había arrimado a escuchar.

-por eso- siguió explicando el caballero con pinta de ejecutivo en banca rota.

-por eso ahora, nos damos cuenta el daño que nos hizo el haber nacido en aquel confort, somos de cierto modo, herederos de la cultura del deroche y la corrupción gubernamental-

-si- lo interumpio otro señor calvo que estaba sentado sobre su mochila que había puesto en el suelo,

-aunque no me lo crean, yo por ejemplo llegue a contratar músicos colombianos para nuestras fiestas de cumpleaños, y conici gente que iba a Miami a hacer las compras de supermercado los fines de semana, nunca hubo nesecidad de sembrar, mira aquí en Ecuador hay cultivos de alimentos por todos lados-

-exacto- volvió a tomar la palabra el tipo con vocaciones de oratori y elocuencia.

-millones de nosotros no tuvimos la necesidad de aprender agricultura u otros oficios para no tener que salir de nuestras tierras, casi todos los profesionales también se graduaron de orgullo y ego, incluso el que les habla, nunca se nos paso por la cabeza salir a explorar estos países e invertir lo que teníamos, o simplemente vicitar a nuestros paises vecinos para aprender de ellos, y auto educarnos como andan estos caballeros y aquella dama,-

-la culpa es del comunismo- grito alguien detrás del gentío

-dicen que es por que el dólar caera y vendrá otra moneda global- opino el que estaba sentado sobre la mochila.

-arrepientanse incrédulos, que el fin ya viene- grito el viejo del radio golgante.

-bitcoin- dijo el tipo de anteojos,

-se llama, bitcoin, es una moneda digital, algo así

-la mente es una vaina arecha- dijo el anciano de rasgos asiáticos que estaba sentado a la par mia,

-como así- le pregunte

-todo esto está en nuestra mente, ella es la maquina que fabrica todo los pensamientos, podemos llegar a conocernos y aconocer muchas cosas, pero nunca llegaremos a conocer nuestra propia mente, es ella la que crea las riquezas y calamidades, te hace sentir feliz o desgraciado, produce sentimientos, emociones y frustración, estamos siendo victimas de nuestra propia mente y de las mentes maqueavelicas de los mas poderosos, nos hunden y destruyen, somos la masa para ellos, la salvación no está en una moneda ni en dogmas religiosos ni en escapar a otros países o continentes, la salida está dentro de este coco duro, somos lo que pensamos, todo está en no permitir ser arastrado por el caballo salvaje de nuestra propia mente-

Todos en silencio, nos habíamos quedado en silencio, escuchando a aquel viejito que parecía un ser sensato y con palabras de luz, pero otra vez el viejo del radio colgante aludiéndole, siguió con su tema,

-necio, que no ves que estamos en la era de la gran bestia, y les pondrá el sello del 666-

-si, miradlo aquí esta- dije en vos alta. --con esta cara, su enredado pelo y esa horrible barba - señalando a mi compañero Enio, al instante todos dirigieron a el su mirada, Enio entendio la intención del asunto y me miro sorprendido, yo le cerre un ojo en señal de actuación, Enio los mira, se para sobre la banca, pone una cara de diablo con hambre y mira hacia el publico gritando, -si,si,si... .jajajaja yo soy la bestia, haaaaaa! -

-jajajajaja- unos se rien mientras que otros salen desparcidos por el acto.

En esos momentos vemos llegar a Luci con otra señora, traen una hoyá grande, nos mira y dice, chicos ya esta la cena.

La magia andaba en bicicleta

Era ella, la primera que se despertaba y levantaba de los tres, tenía una grandiosa facultad de sigilosidad, al efectuar cada maniobra de movimientos al amanecer, poniendo en ello, el mayor esfuerzo para no despertarnos, generosa, a tal grado que la mayoría de las veces nos dejaba algo por ahí, para desayunar.

Cuando nos veníamos a despertar, no enterábamos que nuestra Luci, ya se había marchado a los semáforos.

Una mañana de septiembre, estando en la ciudad de Quito, Ecuador, la pude ver como de forma metódica, dedicada y delicada, cumplía con su rito de iniciar sus días, detrás de la grieta, del cierre de mi bolsa de dormir, pude contemplar a esta chica de veinte y cinco años, con alma de anciana.

Después de sentirla que se levanto, arroyo su colchón, se estiro, fue al baño, se lavo los dientes y luego cocino, dejando algo para nosotros, tapadito, guardo unas cosas en las alforjas, abrió la puerta, salio con su bicicleta y se fue.

Pero aquella vez, decidí ir tras de ella, porque quería ver como lo hacia.

Lucía Alvares, nacio junto a su hermana gemela, en Buenos Aires, Argentina, había trabajado la temporada de verano, en un lindo y ecológico hostel del turístico pueblo del Chalten, en las cordilleras australes, con lo que pudo ahorrar, mas la venta de su motocicleta, se compro un vuelo a México, para vivir los días soñados a las playas del Carmen, ahí se encontró con su hermana gemela y después de un tiempo, se les ocurrió viajar juntas en bicicleta por todo centro america, entre alegrías y asombros llegaron asi hasta panamá, al separarce, Luci decide comprar un vuelo a Medellin, Colombia y continuar la ruta en bicicleta hasta su casa en Buenos Aires, fue en la casa ciclista de Medellin donde nos conocimos.

Pero mi intención aquella mañana en Quito, era verla actuar, sin que ella se diera cuenta que yo la miraba.

Asi que le di tiempo para que saliera de la casa, donde nos habían hospedado, cuando escuche que Lucí cerro el portón, me levante de un salto, me vestí rápidamente y salí, apenas pude verla mientras cruzaba la esquina, unas cinco cuadras al sur, me apure y cuando llegue allá, podía verla en su bicicleta, dirigiéndose en calle recta, continué sobre la acera, lo más alejado posible y ocultándome detrás de los autos estacionados.

Lucí, cruzo el bulevar, al llegar al otro lado, se bajó de la bicicleta, la ato con una cadena del poste metálico, de uno de los más transitados semáforos de la ciudad, logre llegar lo más cerca del bulevar, mas no me atreví a cruzar, pude ubicarme detrás de un carito de esos donde venden salchipapas y desde ahí, la podía mirar bien.

La Argentina rubia y delgada, se quito la mochila que traía cargando en la espalda y la abrió, saco solamente dos cosas, una botella de agua y un vaso celeste claro, cuando la luz del semáforo frontal se puso roja y todos los autos pararon, Lucí, camino al centro de la calle y empezó a saludar a los conductores, luego hizo unas muecas, como invitándolos a ver su espectáculo, luego con estilo, para erguida frente a todos y en total concentración, levanto la botella con la mano derecha y con la otra mano, sujeto el vaso a la altura de su mentón, dejo caer el agua de la botella hacia el vaso, lo soltó, dejando el vaso levitando frente al público, todos aun yo, no podíamos entender, como un vaso se mantenía en el aire flotando, mientras aún se llenaba de agua, Lucí, paso sus dedos atravesando el chorito de agua, para demostrar la autenticidad de su magia y luego sujeto el vaso de nuevo, agradeció a los que la veían y los saludo como inclinándose a ellos, como un saludo chino, se quitó la gorra y paso por las ventanas de los autos para recibir sonrientemente la generosa propina.

A si, era nuestra Lucí,

Lucí, la que viaja en bicicleta, la primera en llegar a la cima de las lomas en las rutas de Colombia.

Lucí, la que tiene una hermana gemela y dice que es libre.

Lucí, la que es vegana, porque te ama, la que habla con su sombra.

La que extraña a su abuela, la Lucí del matecito caliente, la chica que se come las uñas, la que no tiene prisa de tener un novio, porque es feliz.

Lucí, la que escala montañas, la que sueña ir por el mundo en bicicleta y un carito cargado de trajes, para enseñar a los niños a jugar jockey sobre césped, la que aprendió a fabricar pulcéras de Shakira, Lucí, Lucí, nuestra Lucí, la flaca Lucí, la que todos queremos, nuestra hermana Lucí, la de charlas abiertas, la que ganaba dinero en los semáforos, por las mañanas, para comprar comida y cerveza y compartir con nosotros, por las noches, la que no dormía si soñaba con ratoncitos que le mordían los dedos del pie,

Lucí, in the sky with diamonds, la que hizo magia... con su vida.

Y espero que un día, tú también te la puedas encontrar.



A un kilómetro

Era mi segunda vez en la ciudad de Quito, el escuchar hablar a la gente, caminar de noche por la ronda, y sus plazas, el sentarme solo en la banca de un mirador y fundirme en el tiempo, mirando fijamente la gran estatua del ángel que está en el cerro, me hizo recordad la primera vez que llegue.

Pero ya habían pasado díes años, mucho de lo que recordaba, había cambiado, donde era la gran terminal, ahora estaba un moderno espacio social, un gimnasio, biblioteca y un lindo jardín.

El hotel donde nos hospedamos con Marvin, mi compañero de viaje en aquel entonces, estaba cerrado y un poco demolido, las vendedoras ambulantes de comida y los artesanos no estaban permitidos por la zona histórica, estaba todo más limpio y ordenado, mas sin embargo faltaba lo más esencial que me encanto la vez anterior, la gente humilde y sencilla que lograba sobrevivir con la ayuda de los turistas.

Ahora que de nuevo me encontraba en esta linda ciudad y en bicicleta, estaba queriendo aprovechar cada instante y detalle, junto a Enio y Lucí, fuimos a conocer el monu-

mento a la mitad del mundo, el lugar justo por donde pasa la línea Ecuatorial, nos pareció loco pagar por poner un huevo sobre la cabeza de un clavo, solo para comprobar la energía magnética del lugar, también no vimos necesario comprar las cabezas reducidas de humanos que vendían las tiendas de suvenir, pero si, aprovechamos de conocer los diferentes museos que dan información del país y su lindas culturas, al final del recorrido comentamos que la estábamos pasando bien, y pude ser que era más bien el hecho de andar juntos y llevarnos ese recuerdo vivido.

Cansados de caminar, fuimos a sentarnos en el parque detrás del museo del chocolate, estábamos charlando sentados Enio y yo en la banca de madera y Lucí, se mecía en la silla de un columpio, entonces se me ocurrió sacar de la mochila a mi querido amigo y futuro compañero de viaje, lo levante frente a ellos y lo puse sobre la palma de mi mano y aquel pequeñín empezó a hablar.

-hola muchachos, es para mí un gran honor conocerlos, les confieso que soy su fans porque les admiro tanto, y estoy muy alegre de que chepe me permita viajar con él, pero, disculpen, permítanme presentarme, mi nombre es Cadenín, y aunque no lo crean poseo muchas cualidades únicas y particulares, puedo hacer los movimientos de Michael Jackson, formas de letras con mi cuerpo, no se inquieten de mi rostro, la verdad desde mi creación estoy maravillado de existir, porque es bellos existir, ¿tu que opinas gran Enio?

-hay no, no, no puede ser,- respondió Enio quejándose y moviendo la cabeza para otro lado,

-hermano estás loco tú y ese maldito muñeco- comento
-jajaja ami me encanta!! – dijo Lucí, sonriéndole libre
mente,

-gracias mi señorita Lucí- dijo Cadenin, moviendo sus
bracitos como de arriba abajo.

- ¿han notado la mirada de asombro que tiene? Siempre
esta constantemente sorprendido de todo lo que mira-

-Es verdad, y pienso que talvez por es inteligente y feliz-
opino Lucí

-gracias y también estoy alegre de tener un cuerpo for-
mado por gonces los cuales me meriten hacer movimien-
tos que ningún ser humano haría, por ejémplo esto- y el
pequeño empezó a abrir sus patitas y a hacer los complica-
dos movimientos del break dance, haciendo de todo más
emocionado con los aplausos y risas de Lucí.

-la verdad es fantástico y original, préstamelo chepe,
quiero que baile en mis manos- claro tómalo

Luego de un rato note que a el único que no le había
caído bien mi peculiar amiguito, era a Enio, se lo pedí a
Lucí, lo agarre de su cabecita y lo metí a mi mochila, ca-
yendo todo doblado, después de un rato fuimos por las
bicicletas y salimos de la mitad del mundo tomándonos
fotos y riéndonos por la calle de regreso a la casa donde
estábamos durmiendo.

Pero a medio camino se me ocurrió pasar a la Emba-
jada de El salvador para averiguar si me podían ayudar en
lo de la visa de Perú, al llegar al edificio el guardia subió a
informar que tres ciclistas estaban abajo esperando hablar
con alguien de la Embajada, y que uno de ellos era salvado-

reño, cuando bajo nos informó que solo podía ingresar yo, así que les pregunte a mis compañeros que si me querían esperar, y claro que dijeron que sí,

Subí al piso donde estaba la Embajada y al tocar la puerta, abrió un sujeto de unos cincuenta años, me pidió el pasaporte, luego me dejo entrar y muy cortes me indico que me sentara en el gran sillón de la sala, ahí empecé a contarle mi historia, al momento llego una señora quien dijo ser la cónsul y después salió el señor Embajador, parecían alegres de conocerme y escuchar las anécdotas que les contaba y el propocito de mi viaje, pero cuando les comente necesitaba la visa de Perú, me contaron un poco tristes que en eso no me podían ayudar.

-no podemos chepe, hace mucho tiempo que tenemos estas limitaciones, mira, mejor date gusto pedaleando por todo Ecuador y vemos cómo te ayudamos para volver a casa- --¿y el anhelo de mi hija?- le pregunte a el Embajador, pero el ni los otros no me respondieron nada, la señora cónsul, y el otro caballero se levantaron y me pidieron fotografiarme con ellos junto al Embajador, después me entregaron una bolsa grande de alimentos y bajaron a conocer a Delgadina, la bicicleta que me había llevado hasta ahí, amarraron una banderita de El salvador y después nos despedimos, al salir del edificio el señor que me abrió la puerta me grito que me esperara un poco, mientras tanto Salí a la calle y encontré a los chicos sentados en la acera, aburridos de esperarme, el señor llego y se los presente, él nos propuso invitarnos a cenar en el restaurante de la estación de servicio, era algo que ninguno de los tres quiso

despreciar, al final cuando salimos ya era de noche, nos fuimos muy contentos, de haber vivido un día más juntos y además regresábamos a casa cargados de alimentos... cargados de momentos.

No obtuve la visa, pero si reconocí que cuando te encuentras buenos amigos y vuelves a estar con tus compatriotas, consigues continuar tu camino con una buena recarga de fe, alegría y optimismo.

En la mañana del día siguiente, me despedí de Lucí y Enio, a los que de ahora en adelante vería como mis nuevos hermanos, les conté que no me aguantaba más por ir a la playa de Pedernales, les comente que en mi primer viaje había conocido ahí a unas familias maravillosas, con las cuales nunca volví a tener comunicación, tenía miedo de no encontrarlos por lo del terremoto que ahí ocurrió y que murió mucha gente, pero de todas maneras quería ir allá. Salí de la casa y busque la principal avenida, seguí, hasta llegar a la otra que conduce a la costa, seguí, hasta llegar a un desvío y horas más tarde empecé a bajar una lomas para poco a poco irme alejando de Quito, de su altura y de su frio, los arboles de manzanas y peras fueron quedando atrás y empezaron a verse por la ruta los platanales y árboles de mangos, como a las cinco de la tarde logre llegar a Santo Domingo, sin haber comido nada aún, me acerque a un comedor y con cara de hambre le pedí el favor a la mesera, que me diera un plato de comida económico y generoso, comí rápido sintiendo el hormigueo en mis piernas, sin descansar lo suficiente, salí queriendo avanzar más antes que me llegara la noche, a eso de las nueve de

la noche logre llegar a un pueblo donde en una gasolinera me dejaron pasar la noche dentro de una bodega, esa fue la primera vez que hacía más kilómetros en un día, ciento setenta y cuatro, rrecuerdo que como a la una de la mañana uno de los vigilantes me fue a dejar un plato de comida, comí adormitado y luego caí rendido, así como me había colocado para dormir, así desperté, a las cuatro de la mañana, no porque quería magrugar, sino más bien porque a esa hora abrían la gasolinera y a el dueño no le gustaba dejar dormir ahí a nadie.

Aún estaba oscuro cuando empecé a pedalear, lo bueno que ya en esas rutas la calle era más planas, al amanecer, empecé a notar que habían grietas en la carretera y mientras más me acercaba a la costa aquellas grietas, eran más ondas, eran las rajaduras del asfalto, recuerdos del terremoto, mientras seguía con la bicicleta, venían a mi los bonitos recuerdos que viví en aquella playa, y cuando por fin ya por las once de la mañana, mire a lo lejos el letrero que colgaba de dos postes que decía, Pedernales, a un kilómetro, cuando llegue me pare frente al letrero sintiéndome muy nervioso, las piernas me temblaban y me toque la cara que me ardía, estaba quemada por el sol, los labios agrietados por el viento, pero la pesadumbre del cuerpo no era tanto, era mas fuerte la incertidumbre que sentía, por lo que me podía encontrar, respecto a las familias y amigos que ahí conocí, hace dies años.

Doña Malgarita, Don Fredy y sus nietos, jovani su esposa y su hijo, no sabía si los encontraría vivos y pensaba que si murieron por el terremoto, de todas maneras les

buscaría, a ellos o a sus tumbas, en el cementerio o donde les hubieran dejado y ahí, a un kilómetro de llegar a Peder-
nales, saque mi celular, lo encendí y active la cámara para grabar un video y atrapar ese instante empecé a hablar y imagine que estaba con Marvin, mi amigo con el que hace años habíamos llegado a aquella hermosa ciudad, en la costa pacífica de Ecuador.

La mayor riqueza

Se calló la iglesia, la que más grande y la que estaba en la plaza principal, se derrumbaron los edificios de apartamentos y hoteles que estaban frente a la playa, aquellos que desde la terminal, no dejaban ver la mar, el mercado municipal, la alcaldía y el hospital, quedaron reducidos a escombros, muchas lindas casas y humildes viviendas también se destruyeron a causa del estrepitoso temblor de la tierra, aquello fue como una vaca, cuando hace temblar su pellejo con la intención de espantar sus moscas, y después todo quedo en silencio, un zumbido agudo, espantoso al fondo del sonido del silencio, a continuación, se dejaron escuchar los primeros gritos, voces de niños, pidiendo auxilio, llantos de agonía, el lenguaje de la muerte, que solo cesaban, cuando se terminaban de derrumbar las losas, paredes y columnas de cemento.

Después, se comenzó a ver algunas personas polvorientas, caminando como zombis, desorientados por la calle que chispeaban los cables de electricidad, algunas mujeres estaban sentadas en el suelo, confundidas llorando y pidiendo al cielo perdón, fuego, estruendos, alaridos de ago-

nía... fue la noche, cuando la muerte corrió como loca, por las calles de Pedernales,

-¿y usted donde estaba en ese momento?-

-yo por suerte, había ido con mi mujer, a la finca café, camino a Santo Domingo, allá no pasó nada, pero cuando llegamos aquí, encontramos nuestra casa destruida, ahí fue cuando nos pusimos a llorar, pero no por la tristeza de habernos quedado sin casa, si nos mas bien por la alegría de estar vivos... tony, el perrito murió, siempre lo dejábamos dentro de la casa cuidando. -

- lo ciento, ¿ cuánto le debo?-

- ¿Qué fue? ... aaah si, una malta y un pedazo de budín, son noventa y cinco centavos-

-bueno, muchas gracias señor, por contarme su experiencia, me alegro de conocerlo y que usted y su esposa estén con vida-

-con gusto amigo extranjero, espero que encuentres a tus amigos vivos también-

- muchas gracias, eso espero, adiós-

Me fui adentrando hacia el pueblo de Pedernales, ahora entre ruinas, escombros y luto, nada que ver con lo que había conocido años atrás.

Llegue a la plaza, tome unas fotos, luego seguí, sin darme cuenta que ya había pasado el palacio municipal, porque ya no existía, baje hasta el malecón, y fui a estacionar la bicicleta frente al monumento a la tragedia, ahí estaban escritos en unos cuadros, los nombres de todos los fallecidos, los leí todos, cruzando los dedos y con el alma agitada, estaba nervioso.

Pero no estaban ahí los nombres de mis amigos, ninguno de las familias que conocí, uuuf, exhale y volví a la bicicleta, continué por la orilla derecha de la costa y a los pocos minutos empecé a ver el ranchito de don Fredy, fue ahí que entonces mi corazón comenzó a latir de alegría.

Cuando estaba por llegar, fui más despacio y pude ver a dos señores sentados en un trozo de árbol, uno de ellos era, sí, claro que sí, uno de ellos, el más viejo, era Don Fredy, mi amigo, corrí más, gritándole, don freeeeedy!! Recosté sobre el rancho la delgadina, fui a él como loco y lo abracé, don Fredy... gracias a dios que está vivo! El viejo también me abrazo, pero sin saber aún quien era yo, -soy chepe, aquel salvadoreño que hace años vivo con Marvin el guatemalteco-

-hable serio, si hombre me acuerdo, Josecito,¿ y hoy vino en bicicleta? Y cuente que paso con Marvin que se hizo-

- jajaja aquel se quedó a vivir en Argentina, lo atrapo el amor y es feliz, mire don Fredy, me costó varios meses llegar hasta aquí para verlo, pero valió la pena porque lo encontré vivo-

-pase adelante, fíjese que hoy todo está más bonito mire, aquí en esta área esta el restaurante, por allá la cocina y la cabaña donde dormimos es la misma, pero hoy un poco más aregladita y allá a la par de los baños, donde esta ese cuarto, ahí meta la bicicleta, ahí se puede quedar-

-gracias don Fredy, pero dígame, ¿cómo esta, como se siente?-

- mire chepito, me siento más viejo que ayer y más joven que mañana, jajaja, solo esta rodilla que la tengo hinchada, desde varios años, y quede ciego de un ojo, pero con lo que hay que ver en este mundo, suficiente con uno, ¿verdad? -

- jajaja sí, usted siempre tan sabio, cuénteme ¿y doña Malgarita y los niños? -

- toditos, chepito, toditos estamos con vida y alegría, Malgarita siempre aquí vendiendo sus pescados fritos con limón, viera, ya tiene muchos clientes y los niños, pues ahora son hombres, bien grandotes se hicieron, por ahí van a venir, ahorita andan estudiando, cuanto me alegro que volviera y pues que aquí nos encontró a todos en el mismo lugar -

- que me alegro don Fredy, mire el sol, ya se va a ocultar, en el mar, vamos don Fredy, vamos, hasta allá, hasta la orilla, porque hay mucho que agradecer -

- sí, vamos, vamos -

Y aquel viejo, se levantó, se despidió de su amigo con quien charlaba y vino conmigo renqueando, usando un palo como bastón y se apoyándose de mi hombro y fuimos juntos a contemplar el hermoso atardecer... cagados de la risa.



Cuidar a un muerto

Sucedió una vez, durante una entrevista en una radio en Uruguay, en un programa familiar matutino, cuando la señorita locutora me pregunto.

-¿cómo haces para ganar dinero en cada país que llegas y así suplir los gastos de tu viaje en bicicleta?-

- bueno- le respondí,

-trato de comunicarme con muchas personas y cuando es propicio les pregunto si saben de algún empleo, intento eso en la cantidad posible a los lugares que llego-

-¿y has tenido suerte?-

-sí, creo sí y gracias a esos ingresos, que logre conseguir é podido llegar hasta aquí-

-cuéntanos, ¿qué tipo de empleo has tenido en tu viaje?-

-bueno, un poco de todo, trabajos de herrería, lavar platos, cavar un poso, cuidar a un muerto, sembrar papas, fabricar adobes... un poco de todo-

-¿cuidar a un muerto, como así?-

-¿quieres compartir con nuestra audiencia, esa experiencia?-

-si, por supuesto que sí, ocurrió en Ecuador-

Una maravillosa familia que vivía frente al mar, en la playa de Pedernales, me habían alojado en una pequeña habitación, la cual estaba pegada al baño del área de su restaurante.

En el segundo piso, vivía un albañil colombiano que se había mudado a ese cuarto luego de salir de la cárcel, tenía como pareja, a una joven de la zona, la cual estaba embarazada, le llamaba ‘‘ mi bomba’’ debido a la gran barriga que cargaba la pobre, tenía yo entonces unos pocos días de estar ahí, cuando llegaron Lucí y Enio, mis amigos con los que había viajado un tiempo, un sábado el vecino nos invitó a un almuerzo y a unos tragos, esa tarde terminamos jugando pelota en la playa bien borrachos y llenos de arena, a los días posteriores, Lucí, decidió continuar su ruta sola, porque quería recorrer la selva y nosotros la costa, Enio que miraba por primera vez el océano pacífico, decidió quedarse con migo hasta su cumpleaños, para eso faltaba un mes, así que teníamos que encontrar un trabajo.

Desde entonces, hicimos lo posible de informar a los vecinos de nuestra disponibilidad, para cualquier trabajo.

Una tarde, mientras charlábamos cada uno en nuestras hamacas, imnotisados con el horizonte de la mar, escuchamos a nuestro vecino gritar desde arriba.

-héy, parcéros, muchachos ciclistas, ¿estan ahí?-

-sí, sí – respondimos los dos al mismo tiempo

-ya bajo, esperen, tengo un trabajo para ustedes-

Al poco tiempo el tipo estaba ahí parado frente a nosotros.

-es un trabajo sencillo, y la paga es buena, veinte dólares-

-carajo, son veinte cervezas, yo quiero- exclamo Enio

-pero de que se trata- pregunte yo.

-nada de otro mundo- respondió el colombiano, mirándonos muy relajado y con aspecto de vendedor de tv ofert.

-se necesita dos vigilantes en el cementerio para cuidar la tumba de un muerto-

-que loco eso mi hermano, vamos, vamos- dijo Enio con una cara de asombro

-está bien, pues vamos- dije yo

-bueno eso me gusta, prepárense, los llevare en mi carro en media hora- dijo el vecino

Enio fue por su bolsa de dormir y su cámara, yo guarde la almohadita en mi mochila donde siempre cargaba mis documentos y los pocos dólares.

Al llegar al cementerio, entendimos todo, la tumba era una bóveda gigante, más bien aquello era una pequeña casa, con techo de cemento, paredes refinadas y un piso de mármol, lámparas de cristal, aire acondicionado y hasta un baño, todo el frente de vidrio grueso, una de las ventanas estaba rota y manchada con sangre, se miraba que el ladrón que había intentado entrar a profanar no pudo, tal vez por evidente herida que se hizo, podría ser esta, la más lujosa bóveda del cementerio, eran dos tumbas, hermanos ellos, uno a la par del otro, sus tumbas estaban forradas de azulejos cuyas fotografías y nombres colocados en un cuadro sobre ellos.

La familia de los difuntos, suponía que el pío, podía volver a intentarlo esa noche, era por eso que necesitaban que se vigilara esa noche, porque el día siguiente, una empresa llegaría a reparar los daños, el colombiano, nos entregó las llaves y se marchó a dormir feliz con su bomba, nosotros entramos, sin miedo alguno, más bien contentos de estar viviendo una nueva experiencia y además nos pagarían por eso.

Enio se sentó en uno de las tumbas y recuerdo que dijo que es triste y extraño que aun ya estando muerto, alguien te quiera robar, yo me acomode en el piso, al lado del vidrio roto, puse la almohadita de bajo de mi cabeza y la mochila a un lado, estuvimos hablando del tema y no sé a qué hora de la madrugada nos quedamos dormidos los cuatro.

-¿me puede dar un vaso de agua?-

-Claro que sí, aquí tienes-

-bueno, y luego ¿Qué pasó?- pregunto la señorita locutora.

-Fíjese que aún no lo comprendo, no entiendo cómo fue, pero si, es verdad que sentí algo como un susurro, algo que me despertó, y de repente abrí los ojos... y mire arriba de mí, la mochila levitando, flotando en el aire, justo arriba de mi volaba moviéndose rumbo al orificio del vidrio, ahí empecé a gritar,

Enio, enio,enio,eniooooo!! Pero enio aun roncaba como un cerdito dormido, me levante y atrape en el aire mi mochila, lo extraño que parecía renuente y continuaba buscando salirse de la bóveda, de pronto me doy cuenta que había una rama de almendro que la sujetaba y fue ahí

después cuando me di cuenta que aquella rama la estaba jalando un hombre moreno, en calzoncillos, el cual estaba parado al otro lado del vidrio, entonces ahí sí que empecé a gritar más fuerte y con euforia, sintiendo la piel como de gallina, erizada del miedo, Eniooooo, hermanoooo, Enioooo, la pistola, la pistola Enioooo, el tipo y yo luchábamos, el por jalar la rama con la mochila y yo por rescatarla, era loco que a los vigilantes les roran, no lo podía permitir, despierta Enioooo, el ladrón, el maldito ladrón está aquí, suelta desgraciado, le gritaba ya bastante enojado, al fin Enio se despertó y cuando miro que estaba luchando por no soltar la mochila, tomo la cámara y apunto hacia el atrevido ladrón, simulando que era una pistola, se levantó y la puso en dirección del delincuente, al ver esto el tipo soltó la rama y salió corriendo, saltando las tumbas y cruces del oscuro cementerio, rumbo hacia la playa, yo busque rápidamente las llaves, abrí la puerta y salimos a corriendo detrás del ladrón, gritándole que le vamos a disparar, pero ya iba muy lejos... se fue.

Volvimos a entrar a la bóveda para esperar despiertos que amaneciera, de apoco mi enojo disminuyo y el susto de Enio se disolvió y empezamos a hablar del asunto.

-carajo, estaba soñando que me gritabas, yo te contestabas, pero no me escuchabas, cuando desperté te vi ahí parado jalando tu mochila gritando mi nombre, jajaja entendí que la pistola debería de ser mi cámara-

-jajaja jamas había visto volar una mochila, y cuando no podía atraparla, me pare y ahí mire al otro lado a ese

tipo negro en calzoncillos y de los nervios fue que empecé a gritarte, pero tú, dormías como una piedra-

-hermano, disculpa, estaba en un sueño tan rico y se me había olvidado que dormía en un cementerio jajaja-

- yo creo que el negro no soltaba la rama que sujetaba la mochila porque también él estaba en pánico, jajaja-

-y tú que no le parabas de gritar, maldiiiito, maldiiiito, jajaja-

- Pues, si, y tu que nunca le disparaste, cuando lo tenias enfrente-

- ¿pero, que carajo le iba a disparar? Con mi cámara, solo que una foto jajaja-

-claro, por lo menos jajaja-

fue a las cinco de la mañana cuando llegaron los policías acompañados del guardia municipal, quien hacia las rondas nocturnas en el cementerio, preguntando que quienes éramos nosotros y porque estábamos ahí dentro, les explicamos que nos habían contratado para cuidar el lugar y que estuvimos a punto de atrapar al ladrón que había roto el vidrio la noche anterior, pero el guardia empezó a acusarnos de sospechosos y termino convenciendo a los policías que nos arrestaran hasta estar seguros de que no les mentíamos, no basto enseñarles las llaves ni darles la dirección del colombiano, nos llevaron a la casa del jefe del colombiano, lo despertaron y después de unas llamadas telefónicas al fin aeso de las siete de la mañana nos soltaron y nos fuimos para el rancho de don Fredy, en el camino Enio me dijo. - mira hermano que loco todo lo que vivimos en una sola noche, cuidar unos muertos en el cementerio,

fuimos víctimas de un intento de robo y arrestados por la policía, jajaja que loco todo lo que te puede pasar, cuando viajas-

-pero... ¿por lo menos les pagaron? - pregunto la locutora

-sí, al medio día llego el colombiano a dejarnos los veinte dólares, los cuales fueron a para al bolcillo de don Fredy a cambio de las veinte cervezas que nos tomamos por la noche en nuestras hamacas contemplando las lucecillas de los barcos en el mar.

días después se celebró en Pedernales la noche de los difuntos, las familias llegan a visitar sus muertos, se reúnen alrededor de las tumbas, recuerdan al difunto, comen ahí y toman una bebida caliente con alcohol, nosotros fuimos para conocer la tradición, al pasar frente a la bóveda que habíamos cuidado, vimos que adentro estaba todo iluminado, ya habían reparado el vidrio roto y colocaron rejas de metal, se veían personas adentro y nos animamos a ir a saludarles, ahí estaban las dos viudas y la doliente madre de los muertos, les encontramos tristes, luego les contamos toda esta historia y aliguito se sonrieron, fue Tereza de zambrano, la viuda quien nos regaló otros veinte dólares, pero estos no fueron para beber, al regresar al rancho, nos encontramos con los nietos de Doña malgarita y les invitamos una buena cena en un lindo comedor frente al mar-

-bueno, mira- dijo la joven locutora,

-muchas personas nos han escrito mensajes de texto, saludándote, dándote la bienvenida al país y deseándote suerte en tu camino, gracias chepe, por la nota radial y por

compartir con nosotros de tus extraordinarias aventuras surgidas en tu viaje en bicicleta-

- para mi es placer, muchas gracias a ustedes y a las familias del Uruguay, por escucharme... les envío muchas bendiciones-

Y mientras salía de la radio, en busca de la bicicleta, la locutora de la radio decía la hora, el pronóstico del tiempo y los resultados del partido de futbol del domingo, dando luego el espacio a los anuncios publicitarios.

Una puta de arena

Jovani Moreira y su familia, fueron de los afortunados sobrevivientes al terremoto que sacudió la playa de peder-nales y de los amigos que conocí en mi primer viaje.

Los volví a encontrar, gracias a doña Aura y su esposo Dany, que tenían una casa de playa al otro lado de la calle del rancho de don Fredy y doña Margarita, donde nos estábamos quedando, fueron ellos los que indicaron que buscara la carnicería San Cayetano, que se ubicaba a unas cuadras de la plaza central.

El día que llegué a la carnicería vi a Jovani desde afuera de la ventana de cristal, lo reconocí de inmediato aunque estaba más gordo y barbudo, atendía a los clientes, mientras Yeni, su esposa cobraba, me hice a la fila para ir entrando y espere mi turno a que me atendiera, cuando estaba frente al mostrador y a ellos, les dije que yo no estaba ahí para comprar carne, les hable muy emocionado que estaba feliz de volverles a ver, pero claro ellos se sorprendieron porque ya ni se acordaban de mí, por los años ya transcurridos, les fui haciendo memoria de quien era yo, se me ocurrió mostrarles una fotos que les había tomado

en aquel entonces y fue así que los dos empezaron a sonreír con migo y se recordaron.

Después de hablar un poco, me dijeron que volviera por la noche, para charlar más tranquilos y que llegaba justo a tiempo para hacerles unos trabajos de soldadura, regrese al rancho muy contento de encontrarlos y del trabajo que me darían, más ahora que la bicicleta necesitaba llantas y reparaciones, y fue que al día siguiente, Enio y yo empezamos a trabajar para jovani, doña Malgarita nos daba el desayuno, el almuerzo nos lo hacía Mary, quien cocinaba en casa de jovani, y organizábamos una cena en colectivo con don Fredy y sus nietos.

Resulta que una tarde de un lunes, que veníamos de trabajar, llegamos al rancho, cansados dirigiéndonos de inmediato a las hamacas, escuchar música brasileña y disfrutar de la calma y la brisa del mar, estando ahí, sentí la necesidad de ir al baño, me levante y camine para allá, pero al intentar abrir la puerta del baño, escuche una vocecilla que dijo.

-está ocupado, ¡carájo!-

-lo ciento- respondí

Me hice a un lado para esperar mi turno, luego escuché cuando dejó caer el agua al inodoro y salió, era una chica de unos treinta años, con un lindo cabello negro, largo, la piel trigueña y traía puesto solamente su ropa interior, ya sabes, un sostén y una tanga blanca, me dijo – hola – al verme a fuera del baño, le respondí con un –hola- también dándome cuenta de su lindo rostro aunque con unas ojeras bastantes pronunciadas, al entorno de unos ojos cansa-

dos, olía rico, a aceite de coco, de esos bloqueadores solares que venden en los supermercados, después que se lavó las manos con el agua del barril, se fue, yo entre y pegue una buena cagadita, echando a perder el olor a coco que había quedado flotando dentro del baño, cuando Salí del baño mientras me lavaba las manos con el agua del barril, mire a la chica, parada a la orilla de la playa junto a otras muchachas, me quede mirándolas, de pronto empezaron a perseguirse unas a otras, como jugando a atraparse, verlas como se divertían, gritaban y se reían, parecía que tenían la felicidad de la existencia en sus vidas, estaba fascinado con dicho espectáculo, observe que había un tipo tirado en la arena cerca de ellas, parecía dormir, pero no le preste tanta atención, porque ellas tenían la energía de la alegría al grado de contarme la risa, de pronto se cansan y se calman, observo que la chica que estaba en el baño, me miro, las otras también se dieron cuenta que las estaba observando, hablaron entre si y de repente... ocurrió el milagro.

Todas me miraron y empezaron a llamarme, levantaban los brazos y me gritaban riéndose.

-hey ven aquí, ven, hey tú, ven aquí-

Mire hacia los lados, y no había nadie, solo Enio que se adormecía en su hamaca, sospeche que era a mí, entonces me levante y les grite, señalándome.

-¿es a mí?-

- si, si, ven- respondieron con risas

Y fui muy contento, tratando de llegar hacia ellas lo menos nervioso posible.

-hola buenas tardes señoritas, soy chepe, un gusto saludarles-

-hola papi- contesto la chica que había salido del baño
- soy Sharon-

-yo Natacha- dijo otra

- un gusto, soy Roxy – dijo la tercera

Todas tenían el olor a aceite de coco, solo faltaba saber cómo se llamaba la otra chica que estaba tirada en la playa enterrándose sola, al verla me dijo.

-mucho gusto joven, y yo soy... .la puta de arena, jajajaja ese es mi nombre de guerra –

Me sorprendió su sarcasmo y soltura, fui a ella a saludarla.

-encantado de conocerlas señoritas, déjenme decirles que son ustedes muy bonitas, todas me agradecieron y luego se empezaron a mirar entre ellas y a reírse.

-yo les dije- comento la chica que estaba tirada en la playa con el afán de enterrarse,

-yo les dije que era feo- de pronto las otras comenzaron a reírse más,

- bueno, mis disculpas señoritas, ciento mucho desilusionarles –

-no tonto, a nosotras nos encantan los feos-

En ese instante, Vino Roxy y le pego una palmada en el culo de Natacha, muy fuerte y esta la empezó a perseguir puteandola, Sharon atrapo a Roxy y le jalo el sostén, destrabándolo y dejándola con las tetas al aire, las tres se fueron peleando, revolcándose en la arena hasta llegar al

agua y se quedaron riéndose juntas, bañándose y dejándose empujar por las olas del mar,

-sientate bobo - dijo la puta de arena, que más bien parecía una sirena ahogada.

Me agaché, sentándome junto a ella, le comenté sinceramente que me sentía un poco apenado y confundido.

-somos putas todas, y también aveces nos sentimos un poco confundidas, pero no apenadas-

-creo que son las putas más felices que é conocido-

-así nos toca, tienes que aprender a ser feliz con lo que queda para ti, después que el destino se despedaza, por lo menos aprende a ser feliz con lo que te queda-

Me conto que tenía doce años de ejercer el oficio, empezó trabajando en el club nocturno más caro de Guayaquil, luego a los de Manta, después a Quito y por ultimo donde se pudiera, su historia era que, había empezado a ir a los clubs nocturnos, los fines de semana, haciendo los bailes sensuales y al final de cada canción se desnuda frente a todos, luego recogía los billetes que le tiraban los viejos morbosos y se largaba, tenía la intención de pagarse una carrera universitaria, pero con el tiempo esa idea dejo de ser importante, ganaba bien, empezó a ir todas las noches y así se le fueron pasando los años, de noche en noche, de fiesta en fiesta, culpaba a los clientes y los tragos por que la hicieron bajar de categoría, hasta llegar hacer una puta barata, como decía ella.

-me gusta la arena, porque es femenina, en el verano todos la pisan, la ensucian, pero nunca deja de ser arena,

porque está formada por millones y millones de granitos-me dijo

-Así soy yo, la fuerza que me mantiene viva, son los miles de momentos en que sonrío feliz, aunque el mundo piense que me á pisado toda, siento que la arena me limpia las huellas que me dejan los hombres en el cuerpo, las del alma solo te las borra dios, que te ayuda a olvidar, mira chepe, todas llegamos al mundo de las putas, con una historia, a la Roxy por ejemplo, la violó su padrastro cuando era apenas una niña, a Natacha, fue su madre la que la encamino en este oficio, porque ella también fue puta y de las buenas, Sharon es nueva, ella está empezando la profesión, ella quedo loca un tiempo luego que su familia muriera en el terremoto y de algún modo dice que salva su vida cogiendo, y yo soy puta porque quiero, me gusta serlo, me divierte ver como los hombres piensan que me humillan, los estúpidos son ellos, porque me pagan por fingir, el mundo no se da cuenta que la vida es un show-

- ¿y ahora donde trabajas?-

-jajaja, porque?, a caso quieres venir a verme papi-

-bueno... talvez sí, pienso que eres interesante y me encantaría volver a verte, para charlas contigo, sabes, estoy escribiendo un libro sobre las experiencias vividas en este viaje y me gusta tu punto de vista de la vida y de este tema, me gustaría compartir tu historia, si tú me lo permites-

-y como se llamaría el libro, ¿la puta de arena? Jajaja-

-tio jhon!!- grito mirando al tipo que dormía tirado en la arena.

-¿Cómo se llama su bar?-

-¿Qué?-

-el bar, como se llama-

-Dulzura, se llama bar Dulzura, déjame dormir un poco más-

La chica me indico como llegar y sugerio llegar antes de las ocho, antes del show, para tener tiempo de atenderme.

Mire que Enio venia caminando hacia nosotros, me levante y le presente a mi amigo, después le pedí que me dejara tomarme una fotografía con ella, pero me contesto que prefería tomarse una foto con Enio porque era más feo.

-ajaja la verdad chicos, tienen suerte de ser feos, porque la que los quiera, les amara por lo que son, y no por tener una nariz bonita o una cartera gorda de dólares-

Lugo de la fotografía, nos despedimos de ella, le hicimos señas de adiós a las otras chicas que parecían delfines nadando bien adentro del mar y al dueño del bar, lo dejamos tranquilo que durmiera.

Aquella noche estuvimos hablando del tema con mi compañero, cada uno en su hamaca y con la mirada anclada al reflejo de la luna sobre el mar, había bajado la marea, la orilla donde reventaban las olas estaba más lejos, una pequeñas lagunas quedaron dispersas, donde se podía mirar la luna sonriéndonos.

Le conté a Enio que nunca había tenido sexo con una puta, nunca tuve la necesidad de pagar por un polvo, mi historial de fornicación aún conservaba un poco de decencia, pensaba que comprar placer afectaría mi cordura, sin embargó en Garita palmera era amigo casi de todas las putas de los tres puteríos que habían, con las cuales charle

varias veces y entablamos una buena amistad con un alto grado de aprecio.

Enio me conto que el si lo había hecho, pero solo una vez, fue una noche cuando acompañó a sus amigos a un bar con prostitutas.

Después de varias cervezas, uno de sus amigos llamo a la chica más bella, le hablo al oído, ella sonrió y fue a sentarse a las piernas de Enio, el, se puso nervioso, observo que los otros amigos se sonreían, el que había llamado a la chica se le acerco a Enio y le dijo

-ve con ella, yo pago-

Enio miro a la chica que era joven y hermosa, ella le guiño un ojo, se levantó y lo condujo a la habitación, jalándolo de la mano, como cordero al matadero, pero me confeso que aquella idea no fue muy buena, no pudo disimular sentir que aquello era tan falso, porque estaba adquiriendo una mujer con un precio, no podía verla como una mercancía, nuestro Enio, entendía que ninguna persona podría ser como un objeto de uso por dinero, no tuvo la erección cuando la chica lo desnudo y no sintió vergüenza por eso, me dijo que no pensaba volver a intentarlo de este modo.

Los días previos, continuamos trabajando en la casa de jovani, yo hacia los trabajos de soldadura, Enio acompañaba a jovani a los potreros a buscar las vacas para llevarlas en el camión al matadero, después traían el cadáver para cortarlo en piezas más pequeñas, jovani tenía muchos contactos de ganaderos, cuando un toro se quebraba una pata al caer a un barranco lo llamaban, o cuando una vaca

moría de un mal parto, llamaban a jovani, el llegaba y compraba el animal a un bajo precio, después este pasaba el proceso de descuartizar y paraban sus partes a ser exhibidas en el mostrador, se vendía por su peso, en libras a un buen precio al consumidor final, dejando así una buena ganancia para jovani.

Pero yo seguía pensando en la puta de arena y cuando llego el jueves, se me ocurrió preguntarle a jovani, si me alquilaba su camión, para ir el viernes por la tarde al caserío donde estaba el bar ‘‘Delicias’’ me sentía con el compromiso de haberle dado mi palabra de que iría a verla, pero cuando se lo propuse a jovani, se burló al saber que yo quería ir al ‘‘chongo’’ como ellos llaman a los puteríos, me dijo que esos lugares eran muy peligrosos, podía correr el riesgo de que me robarán el camión, entonces yo le conteste que tenía razón, y que mejor iría en bicicleta, saldría más temprano para llegar antes del show y que regresaría a la media noche, jovani, al escuchar eso, guardo silencio y quedo brevemente pensativo, después me dijo que prefería que Ricardo, su sobrino me llevara en el camión.

El viernes a las cinco de la tarde Enio, Ricardo y yo, salimos de pedernales en busca del chongo Delicia, en busca de las chicas, al llegar al caserío que me había indicado, empezamos a preguntarles a las pocas personas que nos encontrábamos, pero nadie tenía idea que existiera dicho lugar, hasta que por fin un viejito que venía a caballo nos señaló el camino que nos llevaría hasta allá, tuvimos que meternos por una angosta calle de tierra, cruzar un pequeño arroyo, subir una loma, pero lo encontramos, era una

casona rodeada de potreros, sin vecinos, un letrero medio pintado que decía BAR DELICIA,

Ricardo estaciono el camión luego salió con Enio, yo me tardé por estar buscando la cajita que traía en mi mochila, cuando la encontré me la metí en la bolsa del pantalón y Salí para entrar junto con ellos, además del camión solo había una motocicleta y dos caballos estacionados, Ricardo, empujo la vieja puerta de madera y entramos.

Era un bar de mala muerte, piso de tierra, paredes desteñidas que un día fueron azules, mesas y sillas de plástico, tres pequeñísimas habitaciones sin ventanas y cortinas rojas colgando en la entrada, detrás de la barra estaba jhon, el tipo que acompañaba a las chicas aquel día, era quien despachaba las bebidas, y frente a la barra al centro de una plancha de cemento, estaba el tubo galvanizado donde bailaban las chicas, nos sentamos en la mesa del fondo, los otros clientes estaban sentados más cerca de la barra, había música, con mucho volumen, bachatas y merengues, jhon al vernos que estábamos esperando ser atendidos, fue a una de las habitaciones, luego salió y regreso a su lugar, detrás del mostrador, de la habitación salió una señora en mini faldas y con una blusa transparente, se dirigió a nosotros para preguntarnos que queríamos beber, le pedimos un litro de cerveza y tres vasos, pero antes de que se fuera le pregunte por Roxy, Sharon, Natacha y la otra chica, nos contó que el miércoles había sucedido un problema con un cliente borracho, no quiso pagar el servicio a unas de las chicas, esta lo golpeo con una botella en la cabeza dejándolo ensangrentado en el piso, antes que llegara la policía

su fueron las cuatro del lugar, después que saber esto Enio y Ricardo dijeron que ya que no estaban las chicas, sería mejor irnos de ahí, después de tomarnos el litro de cerveza, salimos del lugar, por el mismo camino, ya en la carretera, Ricardo supuso que talvez podíamos encontrarlas en el chongo que estaba a la entrada de Pedernales, la noche apenas empezaba y teníamos el permiso hasta la media noche para entregar el camión, así que los tres estuvimos de acuerdo en buscarlas en ese otro lugar.

El chongo estaba a un lado de la calle, parecía un galpón de una fábrica, grande y con un portón corredizo negro, Ricardo toco la bocina del camión cuando estábamos frente al portón, de pronto se abrió y entramos, casi no había lugar para estacionar en el parqueo, por la cantidad de autos y mototaxis, al salir del camión, se nos acercó un señor, traía escopeta colgando en su espalda y un cuaderno, anoto nuestros nombres y los números de la matrícula del camión, después fuimos a la puerta de entrada del bar, tocamos la puerta y se abrió una ventanita, alguien asomo de adentro y la puerta se abrió, dejando escapar el sonido de la música que desde afuera no se escuchaba casi nada, nos quedamos parados cerca de la entrada, el lugar estaba repleto de hombres, bebiendo, una nube de cigarrillos flotaba encima de ellos, al fondo de todo y en el centro del recinto, una linda chica camina hacia el tubo, gira a su alrededor sujetándose con una mano, sube en el tubo hasta casi llegar al techo, suelta sus manos y se deja caer hacia atrás, quedando colgada, sujeta con sus piernas desnudas, embarradas con brillantina, esta sin sostén y con aros

de plata en sus pezones, lentamente se desliza del tubo, bajando en dirección a el piso, mientras la letra de la canción que suena dice.

sweet dreams are made of this, who am to disagree?...

I travel the world and the seven seas, eveybody's looking for something...

A unos centímetros del suelo se detiene, coloca sus manos en el piso, suelta sus piernas del tubo y se incorpora quedando parada y moviéndose muy sensual frente al público, levanta sus brazos los lleva hacia atrás de su cabeza, sujeta el tubo y empieza a bajarse despacito al ritmo de la música dejando colgar sus grandes pechos y rosando el culo contra el tubo, sus únicos atuendos son unos exagerados zapatos de tacón, desde donde estamos se puede leer el tatuaje que tiene debajo del ombligo escrito en letras mayúsculas dentro de un marco como anuncio de almacén que dice, TOCA ANTES DE ENTRAR,

-sentémonos, busquemos una mesa vacía- dijo Ricardo

Encontramos lugar cerca de los baños, pero al sentarme sentí que la cajita que traía en la bolsa del pantalón, me lastimaba un poco, pero la deje ahí, queriendo evitar, por si acaso, algún comentario al respecto, la mayoría de las mesas estaban al centro del galpón, al otro lado, se podía ver una fila de habitaciones, pintadas de diferentes colores y con nombres de lugares pintados en rojo arriba de cada entrada, Manabí, Quito, Guayaquil, Ambato, Santo Domingo... etc, a un lado de cada habitación estaba una chica sentada casi desnuda representando su lugar de origen, al otro extremo otra fila de habitaciones con el mismo forma-

to y orden, casi todas jóvenes, de diferentes tonos de piel, y al fondo, al centro de todo, la plataforma donde estaba el tubo y la chica bailando, luces de colores, música en inglés con volumen muy fuerte, y varias pantallas de televisores que colgaban del techo, transmitiendo videos eróticos... pornográficos.

-y sus amigas, ya las vieron?- pregunto Ricardo.

-no- respondimos

Eran más de veinte mujeres, entre las que estaban sentadas y las que caminaban llevando bebidas a los clientes,

-talvez estén ocupadas, o no estén aquí- dije

Notamos que nos miraba la chica de Manta, se levantó y fue hacia donde nosotros estábamos sentados, nos preguntó si nos traía algo de beber, fue Enio quien rápidamente respondió que nos trajera dos litros de cerveza bien frías y tres vasos, luego de anotar nuestro pedido, nos pidió que la invitáramos a un trago de whisky para beberlo con nosotros, y bueno, le dijimos que sí, cuando regreso, con la cerveza y su vaso con whisky, que era más hielo que licor, fue directo a sentársele a las piernas de Ricardo, diciendo que estaba buscando un novio, levanto el vaso y nos pidió que brindáramos por el amor, y claro brindamos por el amor.

Era una puta muy elegante, culta y alegre o hacia bien su trabajo de fingir serlo, hacia bien el papel de estar contenta con nosotros, hasta decía que Enio y yo éramos guapos, luego le silbo a la de Otabalo que era una flaca altísima y a la de Machala que estaba bastante robusta y que tenía mucho de donde agarrar, llegaron rápidamente y se cada una

se sentó en nuestras piernas y también pidieron un trago de whisky, el cual no hubo más que conceder, les contamos que andábamos buscando una chicas, les dimos los nombres y les describimos las características, pero nos dijeron que nunca las habían visto por ahí, no las conocían, luego empezaron a insistir que querían más tragos para después llevarnos a conocer sus habitaciones, pero decidimos no seguir con su juego comercial, así que amablemente nos despedimos de ellas, pagamos la cuenta y salimos del lugar,

En el camino Enio comento que esa experiencia había sido todo un experimento antropológico, y tenía mucha razón, habíamos estado dentro de otro mundo, un mundo de risas y placeres, un mudo de escape y dolor, la puta más vieja tenía un cliente viejo, talvez un marinero, las putas jóvenes tenían a los taxistas haciendo fila esperando ser el próximo para entrar a sus habitaciones, la puta borracha parecía ser ignorada por todos, los clientes que se escondían cuando alguien tomaba una foto a la chica que bailaba, los casados, los solteros, los políticos, los pobres, los ricos... los feos, todo aquellos buscando una puta, que les abra las piernas y les llene el vacío.

Al llegar al rancho de don Fredy, le agradecemos a Ricardo por llevarnos y acompañarnos a vivir la experiencia, luego nos despedimos de él, Enio se fue a su hamaca y yo preferí dormir en el colchón dentro de la cabaña, me senté en la cama, saque la cajita de la bolsa de mi pantalón y la puse sobre la mesita que estaba al lado, me quite la camisa y la puse sobre la mesa, me dormí.

A la mañana me desperté temprano, quería ir a ver el amanecer, sentado a la orilla de la playa, jale la camisa y ahí fue cuando cayó la cajita al suelo, se abrió en dos, dejando salir de ella las cuatro bolitas de chocolates y el papelito que decía.

Como un detalle de cariño, para '' la puta de arena'' que para mí, tú y todas a las que llaman ''putas'' son todas una Damas que merecen respeto y amor.

Un petaco de cerveza

Enio Paipa nació en Recife, Pernanbuco Brasil.

Y voy a escribir lo que pienso de él.

A mi hermano, (como prefiero llamarlo) la vida lo llevo por los caminos del Rock, amigos, cerveza y el ciclismo.

de lo último será en lo que hare más énfasis.

La suerte de tener una cabeza tan dura como un casco y tener un cuerpo gordito, hermoso, fue lo que le salva la vida, durante un accidente que tuvo en bicicleta, sucedió mientras descendía la carretera de una montaña a una alta velocidad, más aún, si le agregamos la ayuda de la gravedad con su peso.

Cuando despertó, estaba en el hospital, presentaba raspaduras en su piel, mallugado, rapado y un fuerte dolor de cabeza debido a la fractura de su cráneo, sin embargo mi hermano Enio, volvería hacer la misma hazaña, meses más tarde y en repetidas ocasiones, el haber sobrevivido a ese duro golpe, se dio cuenta que la experiencia lo había hecho sentir como volver a nacer de nuevo, por lo tanto decidió gastarse unos años de su nueva vida haciendo un viaje largo en bicicleta, muy lejos de casa, y así lo hizo.

Desde el primer día que empezamos a viajar juntos, fue pedalear en risas, cantos y bromas burlescas que nos hacíamos para hacer el recorrido más divertido, no hablaba bien español y pidió durante el trayecto le fuera enseñando a como enamorar a las chicas, él en cambio, me enseñaría, como putear en portugués, por ejemplo.

-puta que pariu-

-vai se foder-

-vai tomar no cu-

-ontario-

-saia a rua macuñero- etc.

A ''zinebra'' su maravillosa bicicleta le había, incorporado un parlante y todas las mañanas al salir y empezar el viaje, ponía a sonar nuestra canción emblemática de nuestra ruta, '' El justiciero '' de los Mustang, un grupo brasileño de los años setenta, la melodía era para nosotros como un mantra, el cual representaba una especie de bastón de esperanza, a los milagros que esperábamos a nuestro encuentro (que fueron muchos)

Enio era dotado de un buen olfato y un liberal apetito, comía casi de todo, menos piedras, como él decía, tampoco podía comer manzanas porque una vez su mandíbula se le salió de su lugar, no recuerdo porque, pero contaba que le quedó colgando, por suerte el medico se la puso de nuevo en el gancho, por eso desde entonces no pudo volver habir mucho la boca como para morder una manzana, o talvez quedo con un trauma de que se le podía volver a salir de su lugar, de ahí comía cualquier cosa.

De las maravillas gastronómicas ecuatorianas que Enio había descubierto estaban, la mantequilla de maní, los patrones de plátanos, el encebollado de pescado calentito, que le regalaba todas las mañanas ‘‘el pobre diablo’’ y las chuletas de cerdo fritas, que jovani le mandaba a cocinar al medio día.

‘‘el pobre diablo’’ era nuestro buen amigo que vendía este plato típico en su casa, que estaba frente a la carnicería de jovani.

Enio tenía una gran historia de vida, aunque para muchos todavía era joven, este gordito brasileño, ya había vivido talvez, más experiencias que muchas otras personas que le doblaban en edad.

Recuerdo una noche que me conto cuando se casó, sí, ahí donde lo mirabas, ya se había casado.

La víctima, era una mujer con diez años mayor que él y con dos hijos en pre adolescencia, el evento matrimonial o la ceremonia nupcial, se llevó a cabo en el centro del mercado municipal de su ciudad, los novios llegaron en bicicleta, al frente la novia vestida de blanco en una linda bicicleta de playa y en seguida el elegante caballero, con traje y corbata en una bicicleta de ruta.

En el momento de prometerse amor eterno, ambos sentados en sus bicicletas y tomados de las manos... - mientras Enio, me lo contaba, yo me lo estaba imaginando todo, las risas, los regalos, el pastel, los halagos, la noche de luna de miel y los buenos deseos que la gente te tira en estos eventos- me conto que fue uno de sus días más felices de su vida.

Pero después, al poco tiempo se fue enterando por que el marido anterior se había alejado de ella y sus hijos.

La mujer sufría ataques de histeria y se dejaba caer en depresión y auto abandono emocional, al punto de intentar actos suicidas, no era por problemas de escasez de bienes ni por motivos económicos... y bueno, no les puedo contar más, porque aquella noche cuando Enio me contaba en tono triste y con vos entre cortada con sensación de llorar, la tragicomedia de su matrimonio, a medio camino de la historia, me dormí, claro que al día siguiente, me reprocho, diciéndome que era de mala educación roncar, mientras el interlocutor expresa la nostalgia del relato de una de las escenas mas conmocionadas de la contemporánea etapa de su vida.

Pero la mañana que mi hermano Enio, amanecía de cumpleaños, se levantó tarde, fui a despertarlo para que viniera a desayunar con nosotros, don Fredy y doña margarita, quien había preparado sus tradicionales bolitas de plátano verde cocido con huevos duros.

Después del desayuno, Enio se fue a acostar a su hamaca y a engancharse al wifi apenas llegaba procedente del hotel que estaba al otro lado de la calle, yo me había quedado mirando las noticias internacionales en el televisor, junto a don Fredy, después, me levante de la silla y me aproxime a la puerta de la cocina para verlo y desde ahí, contemple a aquel ángel gordito que casi hacia topar su hamaca a la arena, regrese y me acerque a don Fredy y le entregue el dinero acordado el día anterior, él se levantó renuientemente, fue a la nevera, busco las más frías y colo-

cando una caja sobre la mesa fue poniendo una por una, hasta completar los ocho litros de cerveza Pilsen, tome la caja y fui hacia el recién nacido, deje caer la caja llena de cervezas sobre la arena a centímetros de su hamaca y le grite, ¡ feeeliz cumpleeeeaños!

Enio, solto el celular del susto, me miro con los ojitos brillosos y grito, ¡ que boooonitooo!

Era eso lo que él había anhelado y me lo había dicho varias veces, que uno de sus grandes sueños era, conocer el océano pacifico y contemplarlo desde su hamaca teniendo a un lado un petaco de cerveza, bien frias.

Cuando hay amor no hay fronteras

Tengo presente aquel momento.

Son los últimos kilómetros de Ecuador, vamos a la orilla derecha de la carretera, camino hacia la frontera.

El día anterior, Enio y yo, habíamos ido al consulado de Perú, en la ciudad de Machala, en la audiencia me dijeron mi situación financiera no era calificable para obtener una visa como turista para ingresar al país, uno de los requisitos más importantes era presentar una solvencia económica de al menos, dos mil dólares y mi presupuesto real no llegaba ni a cien, trate de concientizarlos contándoles como había luchado para llegar en bicicleta hasta ahí y la verdadera finalidad del viaje, que era buscar una oportunidad de educación para mi hija, pero pareció no importar.

Mientras pedaleo, voy pensando en todo esto del día anterior y un sentimiento de impotencia empieza a deprimirme, pienso también en lo extraño del mundo diplomático, ¿Cómo era posible que mi pasaporte era inferior en tierras latinoamericanas? Talvez se basaban en valorar los documentos, dependiendo el nivel de pobreza de una nación, no lo sabía, Enio tenía un pasaporte más inclusivo que el mío, Para muchos países, ya no se diga los euro-

peos, ellos si pueden ir donde quieren, tienen muchas más fronteras abiertas que los salvadoreños, pero es así como funcionan las leyes migratorias, ¿Qué puedo hacer yo? Sin embargo, sigo pedaleando hacia la frontera, talvez sea por inercia.

Voy detrás de Enio, a unos metros, de pronto él deja pasar unos camiones, luego cruza al otro lado de la calle, hago lo mismo y continuo hacia él, me dice que tiene hambre y que es mejor comer antes de llegar, por cualquier atraso, mientras comemos me pregunta el porqué, estoy tan callado, dice que me veo triste, no hay necesidad de responder, él ya sabe que vengo preocupado con el tema de la frontera.

-que bien la hemos pasado, ¿verdad? -

-si, hermano, tantas experiencias increíbles en Colombia y en Ecuador, al cual no traía tantas expectativas, creo que cada país brilla con su propio esplendor- me contesto.

luego inicie una mención cronológica de los eventos más resaltantes en los últimos días, entre ellos el día que terminamos de instalar el techo a don ''pequeñito'' él y su familia habían quedado sin casa a causa del terremoto, como pudieron volvieron a construir las paredes y cuando llegamos nosotros les trabajamos en ponerle toda la estructura con vigas metálicas y atornillamos las cuarenta y cinco láminas de zinc, la tarde que pusimos el ultimo pliego, el señor se subió al techo a bailar de contento de volver a tener casa.

-hermano,¿estas seguro que quieres arriesgarte a entrar así?- me pregunto Enio

- si, voy a entrar de ilegal o por lo menos lo voy a intentar, porque quiero seguir, quiero seguir conociendo más lugares preciosos, quiero encontrarme con más personas maravillosas, quiero llegar hasta el fin del mundo y luego esperar a mi hija en Uruguay, para que estudie en la universidad, hare todo lo posible, podre todo de mi parte para lograr la meta, quiero hacerlo... quiero hacerlo-

-pues vamos ¡carajo! - grito con entusiasmo.

Pagamos por el almuerzo y salimos del comedor, cargados de satisfacción y entusiasmo,

Una hora más tarde, se podía ver a lo lejos, la gran infraestructura de las oficinas de migración, ahí estaba el límite, luego empecé a sentir un dolor de estómago, sigiloso, era el síntoma del miedo, las imágenes de los amigos empezaron a llegar a mi mente, recordé la tarde cuando jovani me regalo la nueva bicicleta, prometiéndome que guardaría a la Delgadina, `par luego enviármela cuando terminara el viaje, los rostros de brillantes de doña malgarita y de don Fredy cuando nos abrazamos la última vez y la última foto enfrente del cementerio, todo los recuerdo venían con migo.

Cuando al fin llegamos a la frontera, el dolor de estómago se hizo más agudo, pero empezaríamos a actuar de acuerdo al plan, llegamos a la entrada de las oficinas y estacionamos las bicicletas a unos veinte metros, lo más normal posible, Enio fue primero a sellar su pasaporte y yo me quede cuidando y haciendo como si reparaba una rueda, al ver que no salía, me recosté sobre la pared de los baños, observando a un perro que se acercó a olfatear las bicicle-

tas, de pronto levanto una pata de atrás se sé orino en las ruedas, de las dos bicicletas que estaban juntas, después se fue caminando, moviendo su cola y cruzo plácidamente la línea divisoria de ambos países con toda libertad y derecho, ahí entendí lo complicado y absurdo que somos como especie humana, entonces tuve claro que yo también tenía el derecho de hacer lo mismo y pensé, si las golondrinas pasan volando sin interrumpir su vuelo por una frontera, si los arroyos y ríos fluyen atravesando países y si este perro también lo hace sin necesitar visa, ¿Por qué yo no?

Al salir Enio, le dije que estaba listo para marchar, fui adelante y puse una cara de alegría, llegamos a la línea donde un tobo cruzado impedía el paso, ahí estaba una señora policía, la miramos y le sonreímos, toco la campanita y le digo, ¡ viva el Perú! Ella nos saluda y levanta el obstáculo, nos desea un buen viaje y pasamos... aun siento miedo, comienzo a pedalear más rápido, voy más de prisa, no quiero arriesgarme, Enio viene detrás a unos pocos kilómetros, pero pronto me alcanza, paramos bajo el gran letrero sobre la carretera que dice -Bienvenidos a Perú- tomamos agua y continuamos sin parar, el terreno a nuestro entorno es seco, árido, y el sol quema nuestros rostros, pero no importa, seguimos hasta llegar a la ciudad de Tumbes, hay mucha basura plástica, por todas partes, un enjambre de mototaxis, hacen sonar las bocinas y nos aturden, autos, camiones, aquello es un caos vehicular en las calles de la ciudad, logramos encontrar un viejo hostel barato y muy cerca de la plaza, nos damos una buena ducha y luego salimos a caminar al parque ya entrando la noche, entramos

a un lujoso bar, y pedimos un litro de cerveza bien frío para celebrar, en otra de las mesa está tomando un viejo solo, parece gringo, nos mira y nos saluda, al poco rato se acerca para charlar con nosotros, es bastante alegre y simpático, termina sentándose con nosotros y nos invita otro litro y brindamos porque la vida es linda y la libertad, me doy cuenta que el dolor de estómago desapareció y pienso alegremente que lo hemos logrado, ya estamos adentro... ya estamos en PERÚ.



Cuando hay amor no hay fronteras

Distancia

Que el presente sea fugas y se apronte nuestro encuentro.

Que se encoja la distancia y se junten nuestros cuerpos.

Así sea pues, cada instante con tu ausencia, como el intervalo deslizándose hacia la esperanza de tu presencia.

Que los pasos del porvenir no desvíen ruta anhelada, ni la memoria cese de repetir, nuestra novela muy soñada.

Aprender de la añoranza que nuestro sentimiento cuela libido de los hilos de la paciencia,

Junto a los versos pregonando ésta, nuestra experiencia.

Con vehemencia hoy asumo, que no hay mejor lecho alguno, que el calor de tu regazo, atrapado cada mañana, enredado con tus brazos.

Fueron las veces que llegué a ti, temblando en furor, y tú, en calma y serenidad me dejaste entrar, envolviendo feliz, el falo con libertad, pación y bondad, emanados del caudal de tus fluidos, absorbiendo el pesar de mis sentidos, y rendido sobre ti, encontré al fin, todo, todo, todo lo que busco, lo que quiero, lo que espero en sí, está dentro... ahí.

Es por ti, que doy mi diamante azul, las alas de cristal,
el polvo de luz, lo apreciado que guardo en mí, ofreciendo
en infinita suplica, a los dioses, al universo, al amor, para
que me devuelvan mi estrella multicolor, tú, para que te
quedes Ceci, conmigo... aquí.

Un oasis para reir y llorar

Desde muy joven sintió que tenía el don de crear, había logrado hacer una pequeñas Réplicas de esculturas de yeso, bustos de difuntos militares, ángeles gordos, budas y diferentes formas míticas de animales, pero ahora que estaba viejo, disfrutaba más quedarse solo por horas en su taller, dándole con el partillo a unas piezas de láminas que ponía sobre un trozo de árbol, con los que formaba esculturas metálicas asombrosas, una cabeza de león, alas de arcángel, máscaras, etc.

En la pared tenía colgados unos cuadros de reconocimientos que le habían dado en diferentes países y fotografías de su arte que quedaron en algunas plazas de Europa y Perú.

En Piura, su lugar de nacimiento, era muy conocido por gente influyente t de mucho dinero, décadas atrás, junto a su esposa, fundaron uno de los más glamurosos campo santo, en una gran parte de tierras heredadas, pero cuando el matrimonio dejó de ser sostenible para ambos, vendieron el cementerio y se repartieron el capital, después él en la otra parte de tierra conservada, inicio lo que sería su hogar, y el galpón donde tendría su taller de arte, donde

fluiría su catarsis de su imaginación, mas no sería fácil este vendría a ser el más difícil de sus proyectos.

La zona del norte de Perú, es de un ecosistema seco, donde esta uno de los desiertos más áridos del mundo, pero también tiene su encanto, los atardeceres son únicos y las noches de luna llena, espectaculares.

Pero Gonzalo Mata, tenía mucho coraje, era de cuero duro, y estaba un bastante loco, no se dejaría amedrentar por nada, hasta convertir aquello en un maravilloso oasis.

Logro llevar la electricidad, construyo las instalaciones con adobe, pero lo más difícil fue lograr encontrar el elemento más valioso, más escaso en aquel lugar... el agua.

Con el agua fue manteniendo pequeño jardín de flores y arbustos, lleno una laguna artificial donde nadarían los gansos y lleno la piscina que la rodeaba un manto verde de pasto y palmeras a su alrededor, pensó que podía intentar abrir un restaurante frente a toda esta obra de arte natural, construyo una cocina, un bar, baños y así al pasar los años hasta que por fin pudo sembrar el gigante letrero a la entrada de su propiedad, la cual le llamo, PORTA VERDE.

Los amigos empezaron a visitarlo y a comer en su restaurante, y conforme fue pasando el tiempo fueron llegando algunos extranjeros, una vez un europeo que andaba viajando en una casa móvil, le dijo que promocionara su negocio a las redes, le explico que había una aplicación que usaban todos los que viajaban en casas móviles, y así lo hizo, a los pocos días empezaron a contactarlo muchos otros que viajaban de igual manera, el año siguiente llego un gringo que recorría el continente en motocicleta, este le

hablo sobre otra aplicación que solo la usaban todos aquellos que viajaban en motos por el mundo, Gonzalo instalo dicha aplicación y empezó a recibir motoqueros, por ultimo había llegado una señora francesa, muy flaca en una rara bicicleta, se quedó encantada con el lugar, la comida deliciosa, la calma y la amistad, antes de irse, le conto a Gonzalo que este lugar era perfecto para los que viajan en bicicletas, porque mucho de ellos andan dispuestos a colaborar voluntariamente a cambio de un espacio para dormir y algo de comer, le explico cómo funcionaba eso en las redes de internet, y le ayudo a descargar una nueva aplicación, pero esta solo para recibir a cicloviajeros voluntarios.

Nosotros veníamos viajando por toda la costa, pasando de largo los lugares turísticos y armando nuestras carpas en playas solitarias y tranquilas, nos desviamos hacia los poblados de pescadores artesanales que sobreviven el día a día, mirando el paradójico paisaje de un enjambre de plataformas petroleras, cruzamos con nuestras bicicletas, las sofocantes salinas y descubrimos una base militar en medio de la nada frente al océano pacifico, transcurridos varios días logramos salir de nuevo a la calle asfaltada y nos continuamos hasta llegar a el puerto de Paita, ahí paramos frente a la estación de Bomberos, cansados, con hambre y sin dinero.

Debido al último flujo de migrantes venezolanos que habían pasado por ahí, los bomberos, no nos quisieron alojar, Enio había gastado el dinero de su cuenta bancaria y debía esperar unos días para el nuevo crédito, pero yo traía mi ahorro de emergencia, así que nos fuimos a buscar el hotel más barato y donde pudiéramos cocinar,

encontramos uno bastante accesible, frente al puerto, con ducha caliente, aire acondicionado y con señal de internet, después de comer y ducharme, me tire en la suave y limpia cama y pude comunicarme por fin con mi madre, mi hija y mi hermana, más tarde Enio me conto que en una aplicación que había instalado en su celular, aparecía que en la ciudad de Piura, había un restaurante que recibía cicloviajeros voluntarios, me mostro las fotos del lugar y eran muy bonitas, solo se tenía que enviar un mensaje al propietario del lugar y esperar que nos respondiera, Enio le escribió, y quedamos esperando.

Por la mañana antes de salir del hotel, nos volvimos a conectar al internet y fue muy alegre recibir la respuesta del dueño del lugar, se llamaba Gonzalo y decía que nos esperaba con mucho gusto, pero que le escribiéramos cuando estemos cerca.

nos fuimos muy contentos de tener un lugar seguro para llegar, para descansar tranquilos y colaborar aprendiendo a la vez, cosas nuevas, al entrar a la ciudad nos dimos cuenta que era muy urbana y grande, también con gestionada con autos, que sonaban y sonaban las bocinas ensordeciéndonos, gritándonos que nos apartáramos del camino, encontramos señal de internet fuera de un centro comercial, Enio envió el mensaje avisando que estábamos llegando, luego tomamos el camino indicados por el mapa satelital en el celular y después de varios kilómetros logramos llegar letrero gigante que decía PORTA VERDE.

Al rato de estar tocando el portón, asomo un sujeto pequeño con gorra y pantalón corto, traía en su mano un

manejo de llaves, y cuando llego hasta el portón nos saludó amablemente diciéndose llamar Alejandro, abrió y nos invitó a pasar, la entrada era una calle de tierra con palmeras en medio y un bosque seco a los lados, poblado de viejos arboles retorcidos y con escasas hojas, subimos una pequeña loma y comenzamos a ver el área más verde, los arbustos, el jardín de flores, la piscina y el restaurante.

Alejandro nos pidió que esperáramos a Gonzalo, quien volvía por la noche, pero mientras tanto nos atendería Feña, un viajero chileno que tenía unos días de estar ahí, Feña era un chico increíble, llevaba varios años conociendo sur américa en bicicleta, nos indicó donde podíamos armar nuestro campamento, y nos presentó a la nanita, una viejita quien había cuidado de Gonzalo desde nacer.

Pusimos nuestras casitas a la par de la de feña y cerca de la piscina, a eso de las nueve de la noche llego una camioneta, era Gonzalo, nos sentamos alrededor de una mesa del restaurante y al poco tiempo empezó a cocinar, nos dio de cenar, fue ahí que nos contó su historia y como había logrado tener ese hermoso lugar, luego se fue a su casa, llevándose consigo a la nanita, aquella noche dormí en la hamaca del jardín asombrado con el brillo de la luna llena y su reflejo sobre el agua de la piscina y la luz de las estrellas que iluminaban todo el firmamento.

Nuestro plan era quedarnos ahí unos tres días, suficiente para descansar, lavar la ropa, y engordar un poquito, pero pasados ya dos días empezamos a involucrarnos en ayudar en el restaurante, Feña, continuo su viaje hacia

Ecuador y nosotros nos fuimos quedando un día más, un día más, hasta que fueron pasando las semanas.

Nuestro trabajo era lavar los platos todos los días, a la hora del almuerzo, los sábados y los domingos llevaban muchos clientes, gente de dinero, que no comían tanto, siempre dejaban en el plato, comida y muchas veces sin tocar, nosotros aprendimos a guardar lo que podíamos, teníamos ya preparado unos depósitos de plásticos y lo-
grábamos guardar comida hasta para tres días, así ayudábamos y comíamos lo suficiente.

Llego el mes de diciembre y nosotros seguíamos ahí, más gordos y contentos, cuando llegaban otros viajeros la pasábamos mejor, bebíamos y jugábamos en la mesa de billar con ellos, un día, mientras lavábamos platos, llega una chica que viajaba también en bicicleta, se llamaba Dana, era de Veracruz México, solo pasaron unos minutos y ya estábamos charlando muy alegres y riéndonos con las bromas, al otro día, ella ayudaba como mesera del restaurante, y cuando todos se iban y quedábamos solos nosotros, nos bañábamos en la piscina por la noche y mirábamos series en la televisión del bar, para aquellos días empezaron a alquilar el lugar para celebrar fiestas de cumpleaños, matrimonios y graduaciones, las noches ya no eran tranquilas, debido al alto volumen de la música y los gritos de los borrachos, entonces tomamos la decisión de movernos de ahí, hablamos con Gonzalo respecto a esto, a lo que él nos contestó que teníamos la libertad de ubicarnos donde nos sintiéramos bien.

Después de mirar varios lugares, decidimos empezar a limpiar una zona, muy cerca del taller y de otros baños, al pie de unos árboles, hasta ahí no llegaba tan violento el sonido de las fiestas nocturnas, cuando teníamos todo limpio de hiervas y hojas trasladamos nuestro campamento y cada día lo adecuábamos más para un mejor confort.

Un viernes llegó todo un equipo de producción, cámaras, escenario, un toldo gigante, muchas mesas con lindos manteles, parecía que sería la boda del año, desde muy temprano empezaron a armar arreglos florales y luces que colgaban de los árboles, llenaron barriles con hielo y cervezas, al final de la tarde colocaron una alfombra roja al centro de todas las mesas donde caminarían los novios, y al pie del escenario colocaron la torta de pastel de tres pisos, el total de los invitados... cerca de trecientos.

Esa noche yo no quise ayudar, estaba muy cansado, habíamos tenido ya una semana bastante tediosa, podando árboles y haciendo leña, esa noche quería acostarme temprano, en cambio Enio estaba muy emocionado, él había colaborado en descargar y preparar los barriles con hielo donde metieron más de ochenta litros de cerveza, se fue temprano y sin comer, me conto que se había hecho amigo de los cocineros y le habían dejado estar en el área de la bebida, se fue muy contento con Dana, quien colaboraría en la cocina, yo me metí a mi carpa y trate de dormir y no escuchar la música de la fiesta, a eso de la media noche Salí a orinar, se escuchaba que la gente gritaban y saludaban por el micrófono a los recién casados, regrese a acostarme y sentí, cuando llegó Dana, escuche que dejó unos platos

sobre la mesa, y se fue a dormir, talvez eran las cinco de la mañana cuando escuche que se alguien abrió el cierre de mi carpa, me senté, vi que era Enio y me dijo que saliera y que viera lo que había traído consigo, Salí y me mostro una caja con llena de litros de cervezas, él estaba muy contento y borracho, nos sentamos a charlar un rato y tomamos hasta que termino de amanecer, estuvimos riéndonos mucho, Enio me contaba cómo había comido y bebido toda la noche y del derroche que la gente tuvo en aquella fiesta, después empezamos a bromear atrapando el llago que llegaba todas las mañanas a cantarnos y a picotear las carpas para que nos levantáramos, cuando se hizo las siete de la mañana los dos estábamos borrachos, pero Enio en un nivel más que yo, sonó el celular y conteste, era Gabriel el cocinero, quien nos pedía que por favor le ayudáramos a encender el fuego con leña, para cuando el llegara, cocinar pronto los pollos de ese día.

Salimos hacia la cocina, seguíamos bebiendo, y bromeando, al llegar allá, le dije a Enio que me ayudara a traer la leña y yo encendería el fuego, pero no quiso hacer nada, fui por la leña y empecé a rajarla con un machete, cuando ya tenía todo listo le pedí que se encargara él de encenderlo, pero tampoco quiso, seguía bebiendo muy tranquilo recostado sobre un barril con hielo, bueno y tuve que empezar a encender el fuego y esta vez no lo estaba logrando, tenía un buen rato de estar agachado soplando y solo lograba tener humo, de pronto siento que un trozo de hielo se desliza por mi espalda hasta llegar a la rajadura de mis nalgas y eso me hizo caer al suelo, entonces mire que Enio se agarraba la ba-

rriga de no poder soportar la risa, y al instante libero una grotesca carcajada burlándose de mí y de la broma del hielo que me había hecho, yo me enfurecí tanto que me pare y logre sacar de mi culo, el trozo de hielo y no pensé cuando ya se lo había tirado, dándole justamente en el labio superior de su boca, lo vi que comenzó a sangrar y él dejo de reírse, se tocó la boca y miro sus dedos con sangre, entonces empezó a putearme en portugués, y yo me moleste mucho más, me agache y agarre un trozo de leña y el machete y lo amenace de que lo iba a matar, pero claro que no lo haría solo quería hacerlo ver que estaba muy molesto con él, pero cuando me vio muy enojado y violento Enio, empezó a llorar, y a pedir-me disculpa, pero no supe que hacer o decirle, lo único que se me ocurrió fue en irme.

Ese mismo día decidió continuar solo, termino de beberse los litros de cerveza que quedaban por ahí, almorzó les dijo a todos que había llegado el día de irse.

Antes de que se fuera le pedí perdón, él también y nos dimos un fuerte y prolongado abrazo, le dije que era uno de mis mejores amigos y que lo quería volver a encontrar en el camino, cuando se fue me entrego una carta escrita en su idioma, después la leí acostado en mi hamaca, recordando los casi seis meses que viajamos juntos, las comidas, las risas, las bromas, todo lo que vivimos juntos, como era posible que nos separáramos así, me había enojado con quien compartió su alegría, su comida, su cerveza con migo, había estropeado la amistad con el mejor brasileño gordito que existía, Con el ángel en bicicleta y hasta había intentado herirlo, fuimos tan hermanos que hasta terminamos peleando.



Un oasis para reir y llorar

Casitas en la colina

Su turno de vigilancia terminaba a las cinco de la mañana, pero en últimos días se estaba yendo para su casa, ya pasaditas de las seis.

Había tenido por casualidad, por suerte o por atrevimiento, de contemplar talvez el más fasinante y erótico espectáculo matutino, que cuál cumpliendo un cronograma, cada día llegaba justo después de los primeros cantos del gallo.

Cuando de lejos la veía asomar, se ocultaba sigiloso detrás de uno de los más gruesos arboles de algarrobos y se quedaba ahí, bien quietito.

Ella, llegaba en un caminar casi danzante, descalza, envuelta en una toalla blanca y con los ojos apenas abiertos e indiferente al entorno, se paraba al borde de la piscina, justo frente a él, aventaba hacia un lado la toalla, cayendo al césped luego se destrababa el sostén, dejando en libertad sus pequeños senos rebeldes ya que cada uno giraba hacia lados opuestos, movía su pecho sacudiéndolos un poco y después se quitaba el ralo pantalón de elefante y ahí parada al borde, cerraba los ojos, juntaba sus piernas y los dedos gordos de sus pies, erguida, lentamente habría sus brazos,

como deteniendo dos paredes y se quedaba así un rato, levantaba sus brazos y los juntaba sobre su cabeza, meditando unos minutos.

Mientras tanto, él, la escudriñaba con su mirada, recorriéndole cada rincón de su piel.

Tenía la piel morena de las rodillas para abajo y sus manos, porque era donde la tocaba más el sol, la demás piel, poseía un tono más claro, su cabello bastante rizado y corto, como el de las axilas y el de abajo, no acostumbraba a depilarse por estos lados, pero eso la hacía lucir bien y autentica, pero a él, le gustaban atrasarse mirando más, sus pezones que eran bastante pronunciados y de color café claro.

A sus cuarenta y cinco años, aún conservaba el cuerpo que cualquier mujer deseara tener, piernas y culo de muchacha, el mirón la veía perfecta, se la imaginaba divina, como una estatua de diosa Azteca, de pronto ella, exhalaba hondo, hinchando su estómago y se tiraba en un delicado clavado, rompiendo el agua y hundiéndose hasta el fondo dejando círculos chocaban salpicando los bordes de la piscina, y se veía nadar en lo profundo como un delfín, sin salir por un buen tiempo a la superficie.

Al alumbrar bien el sol, Dana salía, recogía la toalla, secaba su cuerpo, se vestía y se alejaba despierta, cantando su mantra devocional.

Él soltaba el árbol, caminaba rumbo al portón de salida y se marchaba a casa con los pensamientos húmedos.

Lo supe la noche de navidad, Tristan, el vigilante y yo, jugábamos bola ocho en la mesa de billar, Dana horneo

unos braunies de chocolates, nosotros hicimos pizzas, comimos jugamos y tomamos cervezas, la pasamos contentos... era el cumpleaños del cristo.

Al marcharse Enio, me había quedado con cierta tristeza y extrañes, pero sentía que ya era tiempo que cada uno tomara su camino, tenía claro también que no quería seguir por la costa Peruana y de repente, sucedió la señal que esperaba.

Una mañana de lunes, después de mirar las noticias del mundo, en la televisión del bar, transmitieron un programa nacional de lugares y tradiciones, música, danzas, comidas y trajes típicos, mencionaban la ciudad andina de Cajamarca y la de Pucallpa que estaba en la región Amazónica, quede encantado con las imágenes que vi, y sentí que este sería el rumbo `por donde me llevaría la bicicleta, pero antes de irme de Porta Verde, quería hacer algo en gratitud por el tiempo de estadía.

Esa misma noche hable con Gonzalo, le conté que quería construir un Tipic con varas de bambú y ramas, para ceremonias y alojar a otros viajeros que llegaran, a lo que él se mostró muy contento y me ofreció el apoyo total con los materiales, en esos días llego Charly Zapata, un mexicano que venía en bicicleta desde su casa, en Morelia, era un tipo de experiencia de vida, había trabajado muchos años en los estados unidos, hasta que un día se cansó de venderle sus brazos a los gringos, volvió a su pueblo, tomo la guitarra y la bicicleta y se fue camino a Argentina.

Con Charly, llego la música, por las noches tocaba y cantaba buenas rancheras mexicanas, cuando termine el

Tipic, Dana, tristan, Charly y yo, empezamos a construir una cabaña, donde colocamos la cocina, sillones una mesa, al centro colocamos una fogata, la cual permaneció encendida todo el tiempo, colgamos luces en los árboles y nos preparamos para esperar el año nuevo.

Tengo un amigo en El salvador que su cumpleaños es el último día de diciembre, Adin Zetino, lo llame por la mañana para felicitarlo, la sorpresa fue que él había ganado las elecciones municipales y ahora era el nuevo alcalde de mi pueblo, lo felicite también por eso y luego el me conto que quería apoyarme, prometió regalarme el vuelo de regreso a casa al finalizar mi viaje.

Esa noche esperamos el nuevo año, alrededor de la fogata, cantando y bailamos música disco de los años setenta, Dana, hizo un lindo show con cadenas y fuego, brindamos por otro año lleno de nuevos amigos, alegría, y amigos.

Los próximos días se fue Charly, pero llegaron otros viajeros, Ezequiel y Matías, unos chicos Argentinos, que por las mañanas se ponían la nariz de payaso y se iban a los semáforos de Piura a hacer malabares, para ganarse el pan y su marihuana, junto a ellos hicimos, otros arreglos para el campamento, a los pocos días también se fueron, solo quedamos Dana, Tristan y yo, que cada día ajustaba tuercas, cables de frenos y remendaba mis alforjas.

Decidí salir, el día dieciocho de enero, en conmemoración de mi primer año de viaje.

La última noche que pase con ellos, Gonzalo llego a cenar con nosotros, Tristan estaba triste y Dana para variar, hizo de nuevo su show de las cadenas con fuego, pero esta

vez se emocionó, girando tanto las cadenas que no se dio cuenta cuando su blusa escotada, se le fue bajando hasta mostrar sus pequeños pechos con pezones café claro, dejándonos sin parpadear.

Me levante a las cuatro de la mañana, empaque lo poco que faltaba y Salí, suspirando entre alegría y nostalgia, salte el portón, amarre mis alforjas frente al gran letrero y me fui alejando de aquel Oasis, de los días, los amigos... de Piura, pero me llevaba los buenos momentos, los tristes y alegría momentos, me los llevada atados en la bicicleta, conmigo.

Logre llegar por la noche, hasta el desvío de Olmos, me dejaron armar la carpa en el parqueo de una gasolinera, pero el día siguiente empezó a complicarse la ruta, se acabaron las calles planas, desde ahí, tendría que subir lomas y montañas, hasta llegar a Cajamarca, pero valía la pena y claro, era lo que quería vivir, fui pasando por Pocara, luego a Chiple, pueblos del interior, hermosos con gente amable, de corazón noble, hospitalaria.

Camino al pueblo de Capilla, pare frente, al cerco de una casita para pedir agua, quería beber y llenar mis botellas, salió un joven y muy amable me invito a entrar, hablamos unos pocos minutos, salió su esposa a decir que el almuerzo, estaba en la mesa y no solo eso, también me dieron una bolsa con pan, queso y llenaron mis botellas con agua heladita, para que continuara con mi viaje, lograba pedalear pocos kilómetros cada día, subiendo lento como un caracol, fui pasando por Cutervo y a un pequeño poblado llamado Cochabamba, ahí fui adoptado por unos ancianos campesinos, quienes se quedaron solos, porque

sus hijos se fueron a trabajar a Lima, me llevaron al cerro a cultivar maíz y les ayudaba a cuidar de su crianza de cuy, cuando me despedí de ellos, la ancianita me regalo una vieja alforja que había tejido ella, hace muchos años, para que su hija llevara los cuadernos cuando iba a la escuela, el señor me abrazo y bendijo mi camino, Salí y cuando volví a mirar a tras les vi abrazados llorando.

A los doce días logre llegar a Bambamarca, muy cansado, casi seis cientos kilómetros y había logrado subir la altura de tres mil novecientos metros sobre el nivel del mar, decidí darme el premio de pasar una noche de hotel, para bañarme y tener comunicación con la familia, esta vez logre hablar con el chele, un amigo de hace muchos años y compañero de algunos viajes, me envió dinero, para comida y otra llanta nueva, con eso logre llegar a Cajamarca.

Por medio de la ayuda de otros viajeros logré contactar a Edgar Valiente, quien alojaba a motoviajeros, pero estuvo dispuesto a recibirme en su casa, y conocí su familia, me trataron como un hermano, me dio de comer, me llevo en su motocicleta a conocer la ciudad y me acompaño a la salida para despedirme, cuando me fui.

Me aleje de la ciudad y fui pasando por pueblitos, y después por pequeños caseríos, donde la gente sale a tomar el sol, tirados en la hierba, tocando instrumentos de viento y cantando música Andina a la orilla del camino, seguí adentrándome a la cordillera hasta que llegue a un entorno más natural y desolado, era lo que buscaba, me sentía alegre de andar por esos caminos en bicicleta, no era fácil, pero buscaba motivos para no dejar de disfrutarlo.

Continué por la cordillera de constantes lomas, que parecía estar viajando sobre un serrucho gigante, quedo atrás la carretera asfaltada y me adentre a los caminos que cada vez eran más angostos y de grueso polvo, a un lado, la pared de cerro y al otro el precipicio desde donde se podía ver allá abajo, un diminuto río, pero me asuste cuando logre rodear y llegue al pie de otro cerro, donde el camino subían, en forma de un zigzag interminable, era evidente que estas calles las hicieron a fuerza humana, a puro pico y pala, pero decidí continuar y mi impertinencia hizo que comiera tarde, aunque lo que me quedaba, era poco, lo único que logre armar, fue un sándwich de cebolla con mayonesa y media botella de agua con azúcar, me tire a descansar un rato y luego continué, confiando que conseguiría agua, con alguien que pasara en auto, pero en toda la tarde solo paso un camión minero y me encontré con un señor que bajaba a caballo quien ni me saludo y apenas me miro con cierta suspicacia, seguí subiendo un cerro tras otro hasta sentir que ya no podía más, así que desistí y pare.

Me sentía muy agotado, me dolía un oído y las manos me temblaban, la sed me estaba deshidratando, pero seguí y al llegar en una vuelta al otro lado de la montaña, pude ver a lo lejos, que el sol se reflejaba en los techos de unas casitas, me alegre tanto y calcule que podrá estar a unos siete kilómetros y a pesar del cansancio fui pedaleando con emoción, sin embargo, al poco tiempo no pude pedalear más, así que, me baje y camine empujando la bicicleta, me venía dando ánimos, pensando que al llegar lo primero que aria, seria beber agua o una gaseosa bien fría, com-

praría frutas y si había ahí un comer, pagaría dos platos de comida caliente... uf, me imaginaba tomándome una rica sopa, por suerte ya casi para llegar se ocultó el sol y empecé a escuchar los ladridos de los perros, risas de niños y sentí el olor a pan recién horneado, pero al llegar al pueblo, me di cuenta que en las ultimas casitas, había caído un pedazo de cerro, seguí entrando al pueblo y comencé a saludar,

-hola, hola, ¿hay alguien por aquí? –

Toque la primera puerta de una casa y nada, continué tocando otras puertas pero nadie salía, fui a ver el área del derrumbe y mire casas aterradas, de algunas solo habían quedado pedazos de pared y columnas, la mitad de una casa, sus masetas al frente con plantas muertas, entre a esa casa que ya no tenía techo ni puertas y mire que en un clavo de la pared, colgaba un olvidado retrato matrimonial, sentí que estaba solo, sentí un gran silencio, vacío... abandono, salí de la casa y me senté en una grada, al pie de la puerta y deje que mi alma sucumbiera en llanto, se oscureció todo y me sentí en total desilusión, no podía creer que había oído los niños, los perros, y había olido a pan, talvez era el hambre que hace estas cosas, talvez sean paranoias y pensando en eso, me quede dormido.

No sé a qué hora de la noche, me despertó un fuerte ruido, me levante y descubrí que había sido el viento que empujo la bicicleta, tirándola, la levante, busque mi abrigo, me arrincone a una esquina y me dormí.

A la mañana siguiente, ya un poco recuperado, seguí en ayunas, empujando la bicicleta despacio, llegando a la vuelta de la montaña mire qué en la siguiente subida, sobre

una loma rumbo al este, estaban otras casitas de madera, como recién construidas, logre llegar hasta ahí, cuando entre, salió, un señor a hablar conmigo, le conté esta historia que te estoy contando, y al rato, estaba rodeado de más gente, niños y perros, me dijeron que nunca habían visto pasar a un peregrino por esos lados, me regalaron agua, algunas frutas y pan recién horneado, me alegre que al final, no estaba tan loco como pensaba yo, claro, era de ahí de donde salía el olor y los ladridos y las risas de los niños, había llegado tan cerca, había logrado dormir tan cerca... tan cerca del paraíso.

Chepe

Por aquellos días en los caminos duros y despoblados, empecé a sentir cierta necesidad de algo que no tenía claro que era, si bien es cierto que siempre disfrute conocer a otras personas, por ese tiempo, fue surgiendo una necesidad de tener mi compañía, quería por un tiempo estar solo.

Me había alojado en la casa de un amigo de Edgar, en la ciudad de Huamachuco, era un joven mecánico de motocicletas, quien tenía su taller en su casa, y vivía en el segundo piso, fui afortunado en conocerle a él y a su familia, cada día la esposa me preguntaba que quería yo comer, para ella cocinar, una familia que personificaba la humildad con corazón humano.

Al despedirme, su hermano me remachó en la mano, un trozo de cadena de motor de motocicleta como pulsera y aun traigo ahí, me recomendaron continuar por una ruta con pocos tránsito de camiones, eran caminos hechos por los mineros, advertido que no sería fácil cruzarlos, decidí ir por ellos.

Era conocida como la ruta del oro, donde cada día pintaba, subidas tras subidas, polvo y sed, frío y cansan-

cio, pasaban la noche, acampando donde la oscuridad me abrazara, pero no me quejaba, porque esto satisfacía mi obstinada urgencia de soledad.

A fuerza de pulmón y encaprichado, empujando de a ratos la bicicleta, logré llegar al pueblo minero de LLa-cuabamba, gigantescos camiones entraban y salían de la planta procesadora de minerales que estaba a la entrada, pasando por ahí, encontré a una señora que estaba sentada sobre un bolso, a la orilla del camino, acercándome a ella le pregunté si en el pueblo había una estación de bomberos, pero no me respondió nada, bajo la mirada, con timidez, se me ocurrió preguntarle si me aceptaba que le diera unas frutas que traía guardando, y me respondió que sí, entonces me baje de la bicicleta y saque la bolsa de frutas y me senté a su lado, así logre hablar un poco con ella.

Luego se levantó del bolso donde estaba sentada y saco unas piedras con partes brillantes, me dijo que eran de su terreno donde vivía, junto a sus padres empezaron a escarbar un pequeño hoyo, fueron pasando los años, murieron sus padres, ella y su esposo, siguieron escarbando, quedo viuda con dos hijos y continuaron escarbando lo que ahora era una hoyo profundo, me mostro las rocas que traía en su bolso y me conto que esto era el trabajo de varios días, los traía a vender a la planta por casi nada, lo que me dijo después me sorprendió mucho, dijo.

-nosotros aquí somos tan pobres que lo único que tenemos es oro-

Cuando empezó a caer la lluvia fría, cargo con su bolso y me entrego unas piedras con fragmentos dorados, nos

despedimos, fui subiendo hasta llegar al mercado, donde cene y dormí sobre un camión de verduras, por la mañana me aleje del pueblo con mis alforjas livianas, no me dio para comprar mucho, por el camino encontré otras minas, donde la gente hacia largas filas, esperando ser contratados, algunos me miraron al pasar, hablaban en su lengua y se reían de mí, alcance a oír que decían en español, que yo estaba loco, cuando llegue al pie de otro gran cerro, mire que el camino subía, serpenteando casi vertical, fueron doce curvas, las que hice para llegar hasta arriba, entonces entendí el por qué se reían de mí los mineros, al mirarme pasar con mi cargada bicicleta.

Reconozco que las subidas dejaron de ser divertidas, ya no lo estaba disfrutando, pero seguí y por la tarde logre subir otras dos más, esa noche arme la carpa detrás de una gran roca, a la oriya de un arroyo seco.

Esa noche no podía dormir, a pesar del cansancio había un lio de inquietudes dentro de mi cabeza, talvez debía reorganizar el recorrido.

Al amanecer, hice un café, comí un trozo de pan y continué por la carretera, más adelante cruce un puente y llegue a una cruz de calle, debía de tomar la calle de la derecha, pero me llamo la atención, una vereda que salía del centro de la cruz, estaba se veía que lo llevaba a uno, hacia un cerro pequeño con arbustos verdes, sentí la intuición de ir por ahí, quería alejarme un poco de la carretera, de los camiones y de la gente.

En el trayecto encontré un riachuelo de agua cristalina y aproveché para beber y llenar mis botellas, llegue al

pie del cerro bonito y me baje de la bicicleta, fui subiendo despacio, buscando la soledad, horas después logre llegar a la cima donde desaparecía la vereda, desde allá arriba, mire que había otro cerro hermoso, al pie de otro que era el último, este segundo cerro estaba vestido todo, con un pasto amarillento, y algunas rocas blancas, sabía que aún no era el medio día y pensé subir hasta allá para almorzar, esta vez tarde para subir, agregue azúcar y avena en una botella de agua y descanse, me gustaba ese punto de altura, el aire puro y la vista espectacular, pero aún se escuchaba el ruido de los motores de camiones mineros, después de pensarlo mucho rato decidí subir hasta el último cerro, este no tenía arbustos ni pasto, estaba cubierto de rocas, pequeñas y gigantes, me levante convincente que antes de que se ocultara el sol podía estar en la cima, caminar con la bicicleta era imposible, tuve que ir cargándola hasta que no pude más, para continuar, se me ocurrió soltar las alforjas y llevar la bicicleta primero y luego regresar por lo demás y así lo hice, hasta llegar a unos pocos metros de la cima, me di por vencido y deje la bicicleta escondida detrás en una zanja, tome las alforjas y camine por la parte más empinada, hasta llegar arriba donde encontré una cueva que tenía en la entrada, dos piedras inclinadas, tire las alforjas y me acosté me deje caer al suelo, cerré los ojos y sentí la suave brisa que secaba mi rostro sudado, abrí mis brazos sentí que había encontrado por fin, el silencio.

Cuando me entere ya había oscurecido, no tuve tiempo para armar la carpa, busque el bolso de dormir y entre a

la cueva y enrollado como un gusano, dormí tranquilo y profundamente.

Cuando volví a abrir los ojos, ya el resplandor del nuevo día, entraba por la puerta de la cueva, permanecí acostado hasta que vi el sol asomarse, levantándose detrás de la cordillera, me senté, mirándole, dejando que su luz, calentara mi cara, este era el día, El día que le daría de beber a mi alma.

Pasaría en ayuno, de alimento y de palabra, solo bebería un poco de agua, ese era el plan para consagrar el milagro de estar ahí, conmigo y mi existencia, Salí a sentarme afuera, sobre un pequeño manto de hierba, con ojos cerrados, en dirección al sur, hasta que se me durmieron los pies, me levante y fui a tomar agua, tratando de no investigar la hora era, eso hice todo el día, mientras meditaba, me sumergí, en mis pensamientos, retrocedí la película, de mi vida, me imagine dentro del vientre, con la tripa del ombligo comiendo de mi madre, trate de revivir el instante del parto, de mi alumbramiento y mis gritos, recordé mi etapa de bebe, cuando miraba a todo el mundo gigante, volví a sentir el miedo del primer día de escuela y luego el temblor del primer beso, me vi, embarazando a a la madre de mi hija, mire como corría cruzando la frontera de los estados unidos, contemple las nubes desde el avión, y me envolvió la ternura del abrazo de rencuentro con mi hijita bebe, sentí el peso del cadáver de mi padre muerto y me vi salir en bicicleta dejando a mi madre triste, al final escudriñe el día anterior, la noche y ahí fue que abrí los ojos... era tarde, ya pronto llegaría la noche.

Lo extraño fue que cuando me levante, y al caminar al otro lado de las piedras, encontré un manojo de leña ceca, lo lleve a la cueva y juntando cuatro piedras hice un fuego justo antes que se ocultara el sol, salí de la cueva, levante mis brazos al cielo y deje salir un grito que venia del fondo del alma.

-¡Libertad! Jajaja libertad, gracias vida-

Entre y me senté frente al fuego, cantando, improvisando mantras, luego empecé a sentir otra vez el sigiloso movimiento y rugir del estómago, pero no me dispuse a dormir, armando mi carpa estaba cuando una brisa fría entro a la cueva apagando el fuego, dejando solamente las brasas encendidas, prepare mis abrigos y entre a la carpa, baje el cierre, y arropado, en posición fetal empecé a dormir.

Talvez fue por la madrugada cuando comencé a escuchar un sonido leve, un ruido distorsionado, como el de una radio buscando una emisora, y aló lejos, al fondo otro sonido, este era como la risa de un niño, ahí, abrí los ojos y me tapé las orejas con las manos, pero los sonidos seguían dentro de mi mente, me puse boca abajo y algo se calmó, estaba ya volviéndome a dormir cuando escuché muy claro que me dijeron.

-Chepe... chepe-

Y respondí,

-¿Qué, quién es?- y me dio miedo cuando me acorde que estaba en la cima de un remoto cerro, solo y vulnerable, ahí quise estar abajo, cerca de la gente, pero no queriéndome abandonar en el pánico, me dije, tranquilo, es la mente, tengo que ignorar estas cosas, cerré otra vez los ojos

y me dormí, pero desde el sueño volví, a escuchar una vos de niño que dijo.

-Chepe, estoy aquí-

Me senté y pensé en salir de la cueva, aunque sentía frío y escuchaba el viento, creí que el niño podía estar detrás de las grandes piedras, pero no me anime, me acosté y empecé a llamarlo.

-ven aquí, quien eres, donde estas, carajo, déjame dormir tranquilo-

-Soy chepe- dijo

-¿mi abuelo? Eres el espíritu de mi abuelo Chepe- pregunte a la nada

Me quedé esperando que respondiera, pero no volvió a sonar la vos dentro de mí, y fue que acostado, analizando todo, entendí, que podía ser mi vos interior, claro que era mi mente jugando conmigo, como siempre, desde pequeño lo hizo, me senté, uní las palmas de mis manos frente a mí, a pesar que no veía nada y empecé a hablarme.

-eres tú, pensamiento de mierda, el culpable de que este esta noche aquí, eres tu quien me convenció a venir a hacer este maldito viaje, desperdiciando mi tiempo, sufriendo y dando lastima, me has hecho pedir caridad, migajas, ¿ y mi muela? Y la muela que perdí la semana pasada, me has humillado, me jalas a seguir aunque ya no aguante más, eres un desconsiderado con migo, que no ves que estoy enfermo, me arde la gastritis y me han salido ampollas en el culo, apesto mucho, mi pelo esta enredado, al igual que mis emociones, por tu culpa deje llorando a Hilda, la chica que me amó, ¿que quieres de mí, hasta cuando me vas a

dejar de hablar?- me tape los oídos y me puse a llorar como un niño. Hasta que quede dormido.

Soñé que iba caminando un sendero de tierra celeste, en medio de un bosque, me encontré un anciano cargando un cesto con lana de ovejas, cuando nos cruzamos, me saludo y me dijo que, hace tiempo, me estaba buscando, que me había perdido, hace tiempo, sabía lo afanado que he vivido todos estos días, me dijo que le siguiera, que no me volvería a perder, fui con él y en el camino me fue contando, maravillas de palabras que olvide, solo recuerdo que me decía. -te llevare a lugares de gente como tú, descubrirás otro estilo de ser, tomaras de la fuente de luz, le encontraras tu propio sentido a la vida aprenderás hacer arte con ella, luego ayudarás a otros a salvarse, yo te perdí cuando eras niño, cuando dejaste de ser feliz, pero los caminos te han traído de vuelta a mí, yo soy la fuerza que te trajo aquí, yo soy quien te guiara hasta el fin del mundo, yo soy la razón y el porqué, soy quien vive dentro de ti-

Es lo que recuerdo, entre muchas otras cosas que olvide.

Cuando desperté, me había orinado, me cambie de ropa, doble mi sabana, desarme la carpa, ordene todo en las alforjas y sin comer nada, inicie el descenso, con ansiedad, saque la bicicleta de la zanja, seguí bajando hasta llegar al segundo cerro, donde me encontré a un pastor de ovejas, corrí hasta él y lo abrace, hablamos unos minutos con él, me conto lo complicado que era cuidar de un rebaño, le pedí que me tomara una foto abrazando a una de sus ovejas, y le confesé que me había perdido, que no encon-

traba la vereda por donde había subido, él chico me indico el sendero y por ahí fui bajando hasta llegar de nuevo a la carretera, a eso del mediodía, me subí a la bicicleta y en el camino fui encontrando los camiones que me bañaban de polvo los camiones, la calle me llevo por otra loma, y desde ahí, empezaron las rutas de bajadas, una tras otra, baje y baje un aproximado de diecisiete kilómetros hasta llegar por la tarde a un puente grande, donde al otro lado estaba un caserío, ahí comí y me bañé en el rio, pero seguí, hasta el pueblo de Toyabamba, a eso de las seis de la tarde llegue a la plaza muy cansado, pero contento, ahí sentado empecé a ver que el rostro de las personas brillaban, los rostros de los niños también y el de los ancianos, brillaba con intensidad, sospechaba que me estaba volviendo loco más de lo que siempre sospeche, todos eran realmente brillantes, y el parque era de colores maravillosos, pensé que era una lástima que solo yo sintiera eso, sentía que les amaba a todos, quería ir a decirles a cada uno – te amo- quería que supieran que eran mis hermanos aunque no me conocieran, me pare y gire contemplando todo mi alrededor, había un grupo de muchachos, que tocaban unos instrumentos y la música era bonita... alegre.

Mire que había un hotelito, frente a la plaza y sentí deseos de dormir, descansar ahí, fui para allá y al entrar un joven de cabello rizado me saluda muy amable diciéndome,

-maestro, al fin viene, su habitación está limpia y preparada- pero, al ver la bicicleta, se dio cuenta que se había equivocado, luego me indico la habitación disponible, le

pague, solté las alforjas y subí a darme una ducha caliente, fui a la habitación y secado mi cuerpo, me acosté a dormir, y en mi letargo, desde lo más profundo de mi conciencia, escuche una vos que me dijo, suave al oído.

-¡escribe!-

Desperté en un sobresalto y me levanté, encendí la luz y ahí empecé a escribir esta historia.



Si un día vuelves

Todo es bonito, cuando tú, lo quieres ver así.

Tuve la suerte de ser adoptado por una familia al llegar a la selva, el misterioso sendero del milagro me guio hasta ahí, con ellos.

Al terminar de bajar la cordillera de los andes, el panorama que me rodeaba, se iba enverdeciendo, volví a encontrarme con los árboles, flores, las aves y mariposas y calor.

En el parque de Uchiza, me dijo una señora.

-este es el pueblo de la frontera biológica, de aquí para allá muchacho, ya estás en la selva peruana, no te metas en los caminos delgados de tierra, no te salgas de la pista de asfalto, esas veredas, llegan hasta donde viven los nativos y ellos comen gente-

Fue un aproximado de mil cuatrocientos kilómetros los recorridos desde Piura, por los cuales fueron veinte y seis días los necesarios para llegar, pero cuando saque la cuenta de esto, estaba sentado sobre el tronco de un árbol, arriado al rancho de una familia numerosa de nativos en las afueras de Pucallpa, desde ahí, se escuchaba el caudaloso río, quién con su sonido constante, serbia de fondo musical, a los gritos y risas de los niños.

La madre, anciana pero potente aun y el padre, el más viejo, era el que menos hablaba, un hijo mayor con su esposa y tres hijos, luego otro hijo soltero, luego le seguía, la primera de las hijas, que tenía tres hijos con un señor de piel blanca que hace mucho vino de la gran ciudad, otra hija con dos pequeños, cuyo padre estaba preso y la menor de las hija que recién se hacía hogar con un joven nativo de otra comunidad, todos en un mismo terreno, excepto el hijo mayor de todos que vivía al otro lado del río.

Vivian do lo más natural, ropa sencilla y casi todo el tiempo, descalzos, menos el señor blanco, lo que me animo, a mí también a guardar mis zapatos.

Fue el hecho de ir adentrándome por los delgados caminos de tierra, cruzando puentes y pasando por comunidades indígenas, donde me encontré, personas muy simpáticas qué al verme pasar, me llamaban, para darme frutas de sus árboles, me invitaban a comer, luego me preguntaban porque andaba en esa bicicleta, algunos me convencían de que darme en sus casas, argumentando que era tarde para seguir y Así fue como llegue a conocerles a ellos, los que se hicieron mi familia, maravillosa personas de la selva, con quienes pase, buenos momentos.

Vivian en un territorio bastante boscoso, donde se proveían de casi todos sus alimentos y el de sus animales, materiales para construir sus viviendas, el ambiente natural y pacificó.

Por ser su huésped, me dejaron dormir en una camita de madera con mosquitero, dentro de la choza de los padres, y comía con ellos cada día, descubriendo los sabores

de sus comidas típicas, cada mañana, luego de tomarnos el café, acompañaba a los niños, a lo más espeso del bosque, donde estaba una variedad de árboles frutales, como, papayas, mangos, cocos, caimitos, chirimoyas, aguacates, guama y otras frutas exóticas que olvide sus nombres.

Los niños trepaban a los árboles, con sorprendente práctica y rapidez, estando arriba comenzaban a cortar y a lanzar hacia abajo el fruto, mi trabajo consistía en atraparlos sin dejarlos tocar el suelo, metía mis brazos, dentro de un costal, y me paraba en dirección de ellos y trataba de hacerlo bien, luego reuníamos cada tipo de fruta y llenábamos las bolsas, regresábamos a la choza, bromeando y riéndonos, al llegar tirábamos todo al patio y llegaban las mujeres con unos canastos, nos regalaban, refresco de aguaje, ellas, separaban las frutas maduras y dañadas, lo mejor de lo recolectado sería para llevarlo al mercado, donde se cambiaba por aceite, azúcar, o platos para cocinar, se hacía esto, dos veces por semana.

luego del almuerzo, los adultos se iban acostar a sus hamacas, y dormían, más tarde se escuchaba sonar el hervor de la olla en el fogón de leña, el olor a café invadía todo el rancho, el padre se levantaban y arrastraba unos sacos de frijol y otros de maíz o yuca, y sentados desde sus hamacas empezaban la tarea de desgranar o limpiar aquello, mientras tomaban su tasa de café... riendo y hablando en su dialecto.

Dos tablones de cedro, y cuatro patas de guayabo, era la gran mesa familiar, al centro la olla de barro, con una sopa de yuca, arroz, y plátanos, alrededor los platos de peltre,

antiguos, y vasos de plástico, cenábamos temprano, antes de oscurecer, al terminar de comer, venían las preguntas, que como era mi país, que comíamos allá, como viste la gente, las costumbres, como era Dios... etc.

Una vez, a eso de las dos de la madrugada, llego a despertarme el joven marido de la hija menor, la que estaba embarazada, me comento que su suegro había murmurado que tenía el deseo de tomar sopa de pescado, y este, demostrando ser un buen yerno, quería sorprender al anciano, concediéndole lo anhelado y claro, su idea era que yo lo acompañara al río a pescar.

Me levante todo adormitado y con frío a esa hora, me lave la cara, Salí con él, le ayude a llevar la atarraya y comenzamos a bajar hasta el río, el agua fluía rápido y fría, meterme no fue fácil pero ya en unos minutos estaba aprendiendo de que se trataba.

Estuvimos recorriendo buena parte del río, pero no pescábamos nada, el tiraba la atarraya y yo le alumbraba con una lamparita.

-el río quiere coca- me dijo

-hay que masticar coca, luego nos cruzamos al otro lado del río y probamos suerte volviendo de donde empezamos-

- bueno, está bien- le respondí

Y nos sentamos en unas piedras a masticar las hojas de coca en silencio, mirando la luna reposando detrás de las palmeras, en un horizonte oscuro, en seguida el joven, me conto de lo mucho que amaba a la chica y lo emocionado que estaba por ser padre por primera vez, también lo

duro que es trabajar para los suegros, que esperan siempre mucho de los yernos, le estaba escuchando y masticando, cuando de reojo vi algo, sobre una gran roca a mi lado izquierdo a uno metros, gire la cabeza y fije la mirada, mire que sobre la roca estaba una figura gris con aspecto de persona, parecía tener unos brazos colgando y un cabello largo hacia adelante, que tapaba un rostro, volví a mirar al chico que hablaba en tono romántico y le dije.

.héy, mira eso, ahí en la roca-

-¿lo ves?-

-no, no hay nada- me contesto muy sorprendido

Al parpadear, la imagen se disolvió y ya no había nada y pensé que no era conveniente estar los dos asustados y le dije que podría ser una garza, o un gran pájaro.

-voy a tirar la atarraya ahí- dijo, y fue, la tiro y al intentar sacarla parecía que se había trabado en una rama o tronco que estaba bajo del agua, pero de pronto vimos saltar varios peces, y comenzó a gritar de alegría, logramos sacar la atarraya a la orilla y en la arena, soltó la red y cayó una gran cantidad de pescados, saltando y entre ellos uno que era muy grande y pesado,

-te dije, te dije, jajajja hoy si, tomara sopa de pescado, mi suegro- gritaba contento.

Salimos del rio, subimos la loma y caminamos hacia las chozas, y por el desayuno vimos el rostro del anciano, se arrugó de felicidad, disfrutando del detalle de su yerno, la joven embarazada también tomo sopa de pescado con banana verde cocido, mientras, veía a su marido y se sobaba la pansa.

Por la noche, mientras estábamos sentados afuera en el trozo de árbol, les conté lo que había visto en el río, todos quedaron cayados, al rato fue la madre quien me dijo.

-usted lo que miro, fue a Florcita-

Me contó que hace muchos años, cuando los hijos eran pequeños, habían ido a pescar al río y su parido encontró ahí, al pie de esa roca, unos pies que salían del agua, era el cadáver de una mujer, con uniforme militar, cuando la jalaron, descubrieron que le habían arrancado los ojos y los pechos, pero que en el hombro de su uniforme tenía bordado un nombre, Flor del Carmen.

Supieron que fue una guerrillera del ''sendero luminoso'' que seguro el ejercitó, la habían, violado y torturado hasta matarla.

La sacaron y la llevaron al bosque para enterrarla, nunca le contaron a nadie, porque los soldados no perdonan eso.

-entonces fue Florcita la que me mando los pescados-dijo el anciano.

El otro día, le ayude a la madre a llevar a la carretera, al otro lado del río, unas canastas de frutas que llevaría a vender al mercado, para cruzar teníamos que subir a una caja de madera que colgaba de un cable de acero, el que atravesaba el río.

Por la tarde la hija mayor, quien tenía tres hijos con el señor de piel blanca, me pidió que le acompañara a un cerro a traer unos costales de yuca para alimentar a los cerdos que criaba su marido.

Allá arriba me conto que esas tierras eran suyas, su marido las había comprado con lo que gano, haciendo los caminos, me conto que se hizo mujer de él, a los catorce años, él había llegado de la gran ciudad a trabajar, él era quien conducía la gran máquina que habría los caminos, donde su padre trabajo también, se hizo amigo de su padre y después llegaba a visitarles y luego hablo para que ella viviera con él, me dijo que era un buen hombre, que había comprado ese cerro, donde sembraron café y plantas de coca, pero que ahora el marido ya estaba enfermo y viejo, sus hijos estaban pequeños y le tocaba hacer casi todo a ella sola, ella tenía que sacar adelante el hogar, me conto que unas amigas la criticaban por que vivía con un viejo que ya no le hacia el amor, pero ella lo quería a su manera, prefería tener un marido viejo quien le compro tierra y le hizo una choza, a tener un joven que solo bueno solo para el sexo, luego de charlar, llenamos los costales de yuca, lavamos unos granos de café, y al terminar, me pregunto si tenía hambre, yo le respondí, que casi siempre tengo hambre y nos pusimos a reír, de pronto la veo que se está subiendo a un arbolito de chirimoya y lo hizo con gran facilidad, era una mujer fuerte ágil como una mona, estaba joven y fuerte, me tiro la fruta y después se tiró del árbol, se acercó a mí y comimos la fruta dulce juntos sonriendo, antes de levantarnos la abraza, agradeciéndole.

Ella cargo con el costal de yuca más grande y descalza fue delante de mi bajando tranquila hasta llegar a las chozas, llegamos a su casa y dejamos la carga en el corral de cerdos.

La última noche que pasé con mi familia en selva, salimos todos y nos sentamos sobre el tronco del árbol a masticar hojas de coca, les hice reír, contándoles unos chistes picaros que me sabia, mientras liquidábamos a palmadas los mosquitos que nos picaban por todos lados.

Por la mañana, después de tomar una buena taza de café, fui a sacar mis alforjas y la bicicleta, la anciana madre me entrego una bolsa con comida para llevar, el anciano padre me dio una bolsa pequeña, verde con hojas de coca machacadas en cal, para la fuerza en el camino, luego fui a despedirme de los niños, la joven preñada y su marido, fui a la choza de la hija mayor pero no estaba, en una hamaca encontré al marido, el viejito blanco que llegó de la gran ciudad, se levantó y salimos al corral de los cerdos, estaba cocinando en una gran olla, yuca y plátanos maduros.

-chepe, yo quiero que sepa algo, antes que se valla, le quiero pedir algo-

-claro, mi hermano, ¿en que le puedo ayudar?-

-yo quiero pedirle un favor, ya usted ve mi situación, chepe, yo estoy al borde de la muerte, la diabetes me come cada día, pero no es eso lo que más me preocupa... no es eso, son mis hijos, todavía son unos niños, el más grande apenas tiene once, y mi mujer todavía es joven, mire, el hombre lo hace hasta cuándo puede, la mujer a cambio, lo hace hasta cuando quiere, ¿me entiende? Ya hace mucho que yo no le hago el amor a mi mujer, por eso chepe, cuando termines de viajar, y si un día vuelves por aquí, cuenta con una familia, mi familia, y si ya no me encuentras aquí, por favor, quédate con mi mujer y mis hijos, vive con ella,

ayúdale a criar a los niños, mira, toma este papelito, aquí ésta el número de teléfono de un hijo que tengo en Lima, llámalo cuando puedas, y deja ahí información tuya, por donde vas y cuando vuelves por aquí-

Me dio el papelito y me abrazo, y lloro en mi hombro.

-usted no se va a morir todavía hombre- le dije

-usted se va recuperar y pasara mucho tiempo con su mujer y disfrutaran sus hijos, ellos crecerán y cuando yo vuelva a venir, lo voy a encontrar vivo ya vera- y lo apreté fuerte en nuestro abrazo.

Me aleje de las chozas con la garganta apretada de emoción, sorprendido de las cosas de la vida, de lo que el camino te enseña a valorar, los amigos, la familia.

Llegue al rio, desarme la bicicleta, subí todo al cajón de madera que cuelga del cable de acero, jale el cable y me deslice sobre el rio, mirando la gran piedra de la otra noche, al llegar al otro lado, arme todo, fui saliendo de los caminos delgados de tierra, cruce el puente de madera, pase por el caserío de las comunidades indígenas, por la tarde, llegue a la pista de asfalto, y me fui pedaleando... recordando todo lo vivido.

Un nó, era otra puerta abierta

Tomando en cuenta a uno de los más valiosos poderes que los seres humanos tenemos, el cual á demostrado lo útil que es cuando se usa para hacer el bien, quedando evidentemente demostrado en la historia de nuestra existencia, me refiero pues a la comunicación, el medio de entendernos usando los sonidos de nuestras cuerdas vocales, donde los pensamientos se transmiten con coherencia racional.

Fue entonces que sabiendo entendiendo lo grandioso que es esto y valiéndome de su poder, fui encontrando la fórmula de organizar mejor las palabras para hacerme entender o solicitar algo sin tener la necesidad de pedirlo literalmente, porque un conjunto de palabras ordenadas adecuadamente, arroja un mensaje con sentido, esto me ayudó mucho a sobrevivir.

Ya pasado un año viajando en bicicleta, y mientras volvía a recorrer por las rutas del altiplano andino, fui tratando de adquirir el hábito de comunicarme con las personas, de la manera más amable y elocuente, tocando la puerta de los prójimos a mi paso, los ancianos, las damas, los niños, parecía resultar que la simpatía fluía con las palabras, me devolvían a cambio, sonrisas, saludos, comida, amistad, hogar... amor.

Así, con ese nivel de energía positiva y un léxico neurolingüístico de felicidad, llegue una tarde a uno de esos maravillosos lugares de los que uno piensa que no son tan relevantes y terminas viviendo de todo.

Fíjate, que dicha ocasión, lo único que quería era encontrar un rincón para pasar la noche en ese pueblo, empezaba a oscurecer y estaban en mí, disminuidos los ánimos para continuar, además sentía que me estaba meando, así que, pare, un poco antes de la entrada y dejando la bicicleta apoyada sobre el letrero que decía, Bienvenidos a Tarmatambo, me adentre un poco al monte y pegue una buena orinada, acompañada de un gemido desahogador, dichos placeres, se disfrutan más cuando se vive en austeridad.

De reojo, veo las primeras casitas, que se propagan al contorno de un cerro y allá, más arriba, algo que parece una plaza, ya con las lámparas encendidas.

-jajaja, - me río a solas,

-esto será fácil- me digo a mí mismo.

Decido subir al poblado, caminando y empujando la bicicleta, claro para dar la impresión del cansancio que venía arrastrando, lo primero que miro es, a una anciana que lucha por meter un asno cargado de leña, al verme ella, me lanza una mirada de auxilio, aviento la bicicleta por ahí voy y le ayudo con la tarea, luego resuelto el asunto, le pido que me haga el favor de darme un lugar en su patio para armar mi carpa y para la noche, ella frívolamente, me dice que no, tranquilamente me despido de la anciana, voy, levanto la bicicleta y sigo subiendo la empinada calle hasta la plaza, ahí encuentro a unos chicos que están sentados

mirando sus celulares, les pregunto si se puede dormir ahí, ellos mirándome con cierta discrepancia, me contestan que no, pero me sugieren que vaya a preguntarle al alcalde, que vive a cuatro cuadras rodeando el cerro, voy hacia allá, llego a su casa, toco y toco la puerta, al fin escucho que se abre una ventana y veo asomar de ella, la cara amargada de un señor, le hago la misma petición, pero esta vez, con más suplicas, sin embargo el caballero no muestra benevolencia, con la que debería de caracterizar a los ''políticos''

-en la plaza, no ésta permitido- me responde, lo único que me propone, es ir a buscar al consejo de ancianos que estarían reuniéndose esta noche en la casa azul, a un costado de la plaza.

Regreso y siento el frio calándome hasta el esqueleto, me duele un oído y la panza, pero esta es de hambre, entro a la casa azul, ahí hay un tumulto de señores discutiendo en su lengua, quechua y no me paran bola.

Me resigno y pienso volver a la ruta para continuar, esta vez, no estaba funcionando, no había sido fácil como pensé, mientras decido que hacer, observo a una señora, que vende salchipapas en un carrito, en una de las esquinas de la plaza, voy le pido permiso de sentarme en su banca, para pensar que hacer, me dice que sí y ahí me quedo, luego un poco más noche, llega un carrito, de esos que tienen la mitad de una motocicleta en la parte delantera, y dos llantas atrás, con un espacio para cargas, del carrito, salen, un señor y una señora, compran salichipapas y se sientan en la banca a comer, a mi lado, me miran, me sonríen, (tal vez tenía yo la apariencia de un Lazarillo de Tormes) me

regalan un plato de papas fritas y después de explicarles mi situación, me llevan.

La pareja de señores, me abrieron las puertas de su casa, me brindaron un lugar calentito, para dormir y me quedo ahí, con ellos, ayudándoles a reconstruir su casa, conozco a su hijo, sus amigos y vecinos y disfruto vivir en ese mágico lugar por dos semanas.

La última noche, el pueblo ésta de fiesta, la música de orquestas, suenan por doquier, las personas bailan en la plaza luciendo sus trajes tradicionales, voy y mi corazón se alegra de estar con ellos, les hablo y me abrazan, me fundo en la muchedumbre y me emborrachan de alcohol, en el centro de la plaza han sembrado un ciprés, y lo an adornado de regalos, me llevan a bailar alrededor de él, la rueda de bailarines, se comparten una hacha y cortan de apoco el trozo del árbol, es la típica danza del ''arranca monte'' el ciprés cae, y logro atrapar una toalla, bebo más cerveza, pero... pero miro a una niña, que tiembla de frio sentada en las gradas, voy y le regalo la toalla.

Regreso a la casa, a las cuatro de la mañana y correteo al perro que siempre quiso morderme cada vez que pase por ahí, entro a la casa y me acuesto, pero no me puedo dormir, porque no paro de reírme solo.

A las siete y sin despertar a nadie, me marchó de Tarmatambo una mañana lluviosa, sorprendido de lo paradójica, que es la vida, contento de conocer a don Diego y a doña Amanda, gracias a que otros me dijeron que NO.

El amor tenía trece años

La niña estaba sentada en una piedra, con su hermanito dormido, envuelto en una manta, atada en su espalda, Parecía triste, mirando fijamente hacia la nada.

Tenía yo una semana de haber llegado a ese pueblito, buscando un trabajo y como suele ocurrir avece, una cosa lleva a la otra, pues conocí a esta familia de campesinos, que vivía a la oriya de un lindo arroyo, que bajaba serpenteando de los cerros nevados.

A una hora caminando esta su chacra, donde cosechaban el choclo, la alfalfa, las habas, y donde también tenían una crianza de cuy.

-Hable con ella- me dijo el tata.

-en estos días á estado desganada y la hemos visto como aburrida, talvez a usted le dice que es lo que le pasa-

Y conforme fueron transcurriendo los días, de a poquito, como de acucharadas, entre palabras y gestos, la niña, me fue contando.

-Me siento enamorada, pero me da vergüenza que mis padres se enteren, me gusta un compañero de clases, pero él ni lo sabe, en la escuela ratos y ratos solo mirándolo y

Él, pasa ratos y ratos solo mirando a Carmelita, la niña que vino de la capital, ella tiene un celular, es alta, viste bonito, huele rico y es más bonita que yo, pero yo, con la misma ropa vieja de siempre, ya casi cumpla los catorce y sigo viéndome pequeña, me huelo y siento que huelo a papa, a papa recién arrancada de la tierra, pero bueno es lo que me han puesto hacer desde los siete años, eso y cargar a mis hermanitos, para dormirlos y dejen a mi mama, lavar los trapos en el río.

-no te pongas triste por eso, tú vales por lo que eres- le dije tratando de animarla un poco.

Me conto, que le había escrito una carta al chico, confesándole su amor, pero nunca se atrevió a entregársela, y me dijo.

-el otro día, escuche a la maestra decir que el amor es sutil, ¿usted sabe qué significa eso?- me pregunto.

-no importa- le conteste.

-ya no quiero sentir esto, ¿usted sabe cómo se quita?-

-no, aun no lo sé, pero se cómo te sientes, te aconsejo que esperes pacientemente, unos años, talvez tú, lo descubras por ti misma-

-huele a mierda- dijo

-sí, creo que es tu hermanito que ya se cago- le comenté.

Se levantó y fue a cambiar el pañal al niño que lloraba.

Conversando con la niña, me acorde de mi infancia, cuando tenía más o menos esa misma edad.

No sé, si a ti que lees, te sucedió algo similar, en esa etapa del despertar de la feliz inocencia, cuando de repente

ese incomodo sentimiento llega y te sientes por primera vez, confundido en la simpatía, en el amor... enamorado y te sientes así.

Después con los años, cuando nos vamos haciendo más viejos, el tema del amor, como que se pierde su misteriosa fuerza, deja de tener sentido y encanto, luego de varias experiencias fallidas, dejamos de tener expectativas de quien te dice que te ama, nos volvemos desconfiados, no queremos arriesgar y evitamos a toda costa de volver a ser vulnerables y sentirnos así... enamorados.

Luego de unos días, encontré trabajo de cortar trigo en otra chacra, ahí, pase otra semana, antes de marcharme del pueblo, pase a despedirme de la familia campesina.

El padre y otros amigos, levantaban un muro de adobe, la niña estaba parada mirándoles, cargando a su hermanito en la espalda, cargando también, el amor, la tristeza y sus trece años.

Un arbol con frutos de colores

-Sube con cuidado, atento con la cabeza, no te vayas a golpear con las ramas, haaaa! Mira, tienes mucha suerte, la cama con ventana y la más bonita ésta disponible, aquí durmió una chica francesa, dos semanas, marchó esta mañana... bueno, este será tu lugar en la casa y recuerda siempre, dejar las sandalias abajo-

Abel, el chico que me recibió en Huancayo, me contó que había escuchado hablar, sobre alguien que hospedaba viajeros, en un árbol.

El abuelo de Abel, fue un chino inmigrante que había llegado en un barco, al puerto del Callao, en Lima, hace unos cien años, junto a muchos otros asiáticos, me mostro la pequeña fotografía en blanco y negro, que la madre guardaba en un cuadro que colgaba, en la pared, había estado ahí desde que hicieron la casa.

Encontré a Abel, gracias a una aplicación en internet, la que Enio, me descargo y enseñó a usar, el segundo día, que estaba en la casa de Abel, llego otro viajero en bicicleta, era un chico de Canadá, se llamaba Walter, a los pocos minutos de charlas ya percibía que seríamos buenos amigos, la siguiente mañana, Abel nos llevó al mercado a desayunar,

y a conocer las artesanías del lugar, encontré una señora que vendía sandalias, hechas de llantas de camión, era de estas, las que usaban la mayoría de campesinos, porque duraban muchos años y eran muy baratas, la señora que me las vendió, me advirtió que las primeras semanas de uso, sufriría daños en los pies, pero que después me iría acostumbrando, también me dijo que tenían cinco años de garantía y si a los cuatro años se me arruinaban, ella me regalaría otras sandalias nuevas.

Días más tardes me fui de la casa de Abel, muy agradecido con él y sus nobles padres, Walter, dijo que, si nos encontramos de nuevo en la ruta, viajaríamos un trecho juntos.

Me marche de Huancayo, pensando en los constantes encuentros con personas maravillosas, que un viaje te regala y qué gracias a ellos, se carece de necesidades, sin embargo, pensaba en algo más, en lo lindo que sería conocer a los amigos que nunca iba a poder conocer, a los dos días logre llegar a Andaguaylas, con el eje de la rueda trasera, tronando, lo que me había obligado a caminar los últimos kilómetros, con los pies lastimados por mis nuevas sandalias, logre que me la reparan en un taller de motocicletas y el día siguiente, salí, rumbo a Abancay, en busca de la casa del árbol.

La ruta seguía siendo de una topografía montañosa, pero ya algo venía acostumbrado, a eso de las dos de la tarde, mientras bajaba una loma parado en la bicicleta y gritando, escuche a unos niños que me llamaban, pare y me baje para ver si era a mí, y sí, era a mí, lo más bello que

los niños y sus padres me llamaron para regalarme muchas papas cocidas, ricas y calientes papas con sal... y yo que ya traía hambre.

La tarde que llegue a la gran ciudad de Abancay, preguntando llegue al mercado, y comí, luego, preguntando, preguntando, logre ubicar a lo lejos, el grande y viejo árbol del que me había hablado Abel.

Estaba a la orilla de un río, había que cruzar un pequeño puente para llegar, antes de pasar el puente, había unos cajones de madera, lleno de libros y un televisor arruinado qué en la pantalla, tenía un letrero escrito, ‘‘apaga la tele y enciende un libro’’

Al llegar al pie del árbol, se notaba la creatividad y la imaginación con la que hicieron todo y era muy bonito, Octavio, el anfitrión, era un niño, cuando hospedo al primer viajero, como la casa de sus padres era muy pequeña, ofreció para dormir en las tablas que había puesto sobre las ramas del árbol donde jugaba con sus amiguitos, los viajeros siguieron llegando con el tiempo y fueron ayudando a mejorar hasta que hicieron una verdadera casa arriba del árbol de aguacate, hasta logar colocar, ocho camas y tres hamacas.

Me recibió muy contento y me invito a entrar, diciendo.

-sube con cuidado, atento con la cabeza, no te vayas a golpear con las ramas, haaaa! Mira tienes mucha suerte, la cama con ventana y la más bonita ésta disponible, aquí durmió una chica francesa dos semanas, marchó esta semana... bueno este será tu espacio en la casa y recuerda siempre dejar las sandalias abaljo-

Octavio, me conto un sinfín de anécdotas, y maravillosos momentos que había vivido con personas de muchos países, parecía que era un árbol mágico, que atraía la música, los sabores, sonrisas de todas formas, y personas de todos los colores.

Los pocos días que estuve ahí, nos organizamos para limpiar el río, sacamos muchos desechos plásticos y sembramos otros árboles de aguacate, Walter, el canadiense, llevo y salimos juntos, viajamos unos kilómetros, nos despedimos en un cruce de calle, él, seguiría hasta la ciudad de Cusco, yo quería conocer, una ciudad antigua de los incas, que la habían encontrado en lo más alto de unas montañas, pero tuve que dejar la bicicleta guardada en un hostel, y camine por dos días, subiendo hasta llegar a la asombrosa y mística ciudad, que parece detenida en el tiempo, negándose a mostrar su secretos.

Regrese caminando otros dos días y pase a traer la bicicleta al hostel, muy cansado, adolorido y con hambre, tuve la suerte que la dueña, me dejo usar su cocina y prepare medio kilo de pastas en salsa de tomate, comí lo que pude y guarde lo demás para llevar, y Salí rumbo a Cusco, la gran ciudad de los incas, dándome cuenta en el camino que el hambre y el dolor son los gritos del cuerpo.

...Y vive en Juliaca con un perro

-¿cómo estas chepito, te sentís bien, tienes comida?- decía le mensaje de vos, que mi hermana me había enviado por Whatssap, ella vive en Whashintong DC. En los estados unidos, desde hace muchos años.

-hermana, que bonito escuchar tu vos, después de tanto tiempo, pues, sinceramente ya hace varios días que se me acabo el dinero, pero todos los días estoy comiendo, claro, siempre con la ayuda de la gente que encuentro en el camino, por ejemplo, ayer, te cuento que ayer, llegando a u pueblito, mire que los niños estaban saliendo de clases, me acerque para hablar con uno de ellos, quien me conto como sus abuelos, le enseñaron a conservar las papas por veinte años, congelándola en lo más alto de los cerros, luego me llevo a conocer a sus padres y almorcé con ellos, luego que seguí el viaje, al subir a una cuesta, fui a una casa a pedir agua y no ves que la señora me sentó a tomarme una sopa con papas, de las que minutos atrás me había hablado el niño, le llaman, chuño, y es muy rico, pero no vas a creer, que unos kilómetros más adelante, estaban unos señores rajando leña, a la orilla de la carretera, al verme pasar, me llamaron y para que fue, jajaja para invitarme a comer con

ellos, yo estaba a punto de reventar, ya ni me podía subir a la bicicleta, pero lo que no pude comer, lo guarde y es con eso que estoy hoy desayunando, así logre llegar hasta aquí, sentado, en la entrada del mercado de Cusco, confiando que todo seguirá saliendo bien-

Luego que envié el mensaje de vos, seguí, revisando mi Facebook, aprovechando el internet gratis de la municipalidad, encuentro un mensaje de texto de Walter, donde me avisaba que había llegado a Cusco y había encontrado un hostel bonito y a buen precio la noche, también me deja la ubicación del lugar, estos dos mensajes me hicieron sentir contento y con esperanza.

De pronto miro que tengo frente a mí a dos muchachos parados, con ropa elegante, casual.

-¿quieres recibir a Dios en tu corazón?- me pregunta uno de ellos.

-hola, bueno... creo que ya vive ahí- le respondí.

- que bien amigo, y ¿ a qué iglesia perteneces?-

-A ninguna- le respondo,

-desde que leí la historia de Jesús, guardé lo leído en mi corazón y no volví a pertenecer a ninguna otra iglesia, no hubo necesidad de buscarlo ahí, lo fui encontrando en la gente-

-nosotros somos testigos de Jehová- dijo el otro que usaba lentes, unos zapatos bien lustrados, una corbata que combinaba con él sombrero, y tenía una biblia abierta en su mano, con párrafos subrayados de colores, parecían eruditos y fieles a su fe, empezó a decir textos bíblicos de memoria, luego hablo sobre temas teológicos, argumentando tener la verdad de Dios, los dos estaban tan obsti-

nados en convencerme a querer anhelar vivir en el paraíso terrenal, luego que viniera el armagedon, al final me invitaron a venir con ellos a una reunión esa misma noche, para conocer la los misterios de la biblia y encontrar la luz del entendimiento.

Chicos, ¿ustedes creen que el pastor de su iglesia me dé un rincón para armar mi carpa y pasar esta noche, luego de la reunión?-

-no, eso creo que no- me contestaron fulminantemente, mirándose.

- pero ustedes aman a Dios-

-claro, que sí, amando a Jehová, amas a Dios- dijo el más joven.

-¿me lo puedes demostrar?-

-si, hablándote de su palabra-respondió el del sombrero.

Me levante, lo abraza, y le dije

-te amo, porque eres otro yo, eres mi hermano, si amas a tu hermano amas a Dios-

Se fueron sin decirme nada, me volví a sentar y sentí que sonó el celular, lo miré y encontré otro mensaje de mi hermana.

-chepito, decime donde estas, voy a enviarte dinero, quiero ayudarte en tu viaje-

Era increíble, la energía era tan linda, que después de estar mencionando a Dios, mi hermana me respondía de esta manera.

-gracias Damaris, mi hermana querida, estoy en Cusco, Perú, eres un milagro y mi heroína- enviando este mensaje

estaba cuando, observo a dos señores que estaban mirando con curiosidad mi bicicleta, que estaba recostada sobre la banca, a mi lado, vestían de traje y corbatas, los dos traían portafolios de cuero color café, se me acerco uno de ellos, quien parecía tener problemas con su sobre peso.

-¿que tenemos aquí? Otro mochilero sin futuro, de dónde vienes- me pregunto.

- soy de El salvador, centro américa-

-¿Dónde?- pregunto el otro que era de piel más blanca.

-es de esos paisitos, cerca de México- dijo el gordo.

- ¿has venido huyendo, buscas trabajo, refugio, como los Venecos?-

- no mi hermano, voy de paso, tengo la intención de llegar a Argentina y ver como ayudo a mi hija a estudiar en una universidad en Uruguay, también aprovecho de conocer las tradiciones y costumbres, ancestrales de los países por los que voy pasando, me gusta la antropología cultural-

Y el obeso, empezó a burlarse de mí, diciendo.

-mira este vago, trata de engañarnos, jajaj, bueno como te gusta la antropología que es la ciencia que estudia a el hombre, entonces, estúdame el pene, jajaja porque con esa facha, y ese pelo largo, seguro eres homosexual-

-si tengo el pelo largo, porque soy de descendencia indígena, los cabellos son extensiones de las membranas del cerebro, sirven para pensar con libertad... es mi identidad, ¿comprende? y uso estos pantaloncillos apretados, porque es cómodo para viajar en bicicleta, pero no soy homosexual, tampoco los desprecio.

-nosotros somos abogados, conocemos a los mentirosos, aquí a los maricones, los quemamos y tiramos bajo el puente y no iría a la cárcel por eso- dijo el calvo molesto, sin motivo.

-jajaja deja de hablar tonterías, vámonos ya, que llegaremos tarde al juicio- dijo el otro, y se fueron, dejándome las orejas calientes por no decirles más, en mi defensa, y aun alejándose, escuche al gordito decir.

-que sabe un indio gay de estudios, si en esos paisitos, apenas saben leer-

Vuelve a sonar el celular y era el mensaje donde mi hermana enviaba un código para que fuera al banco a sacar el dinero.

Uuuu Salí con la bicicleta gritando alegre, por las calles empedradas de Cusco, fui al banco, saque el dinero y luego guiado por el GPS, llegue al hostel, donde estaba, Walter, al entrar me atiende una amable señora, le pregunto si ha visto a un alto y flaco chico canadiense, me dice que sí, pero que salió a un tur, por Machu Picchu, decido pagarle tres noches, entro al edificio, veo a una mujer, de cabello castaño y me sonrío al pasar, entro a la habitación y me quedo bañándome en la ducha por un largo rato.

Más tarde, a la hora de la cena, voy a la cocina, preparo algo esquinado y voy al comedor, donde hay otros turistas cenando, me siento en una de las mesas redondas y al poco rato estoy hablando y riéndome con ellos.

Ahí conocí a Sandra, la mujer que me sonrió al entrar, era de Holanda, llevaba ya varias semanas de estar en el hostel, estaba también un señor, que estaba viajando en

una motocicleta era turco, otro de Colombia y el ultimo de Argentina ellos también viajaban en bicicleta, luego de cenar, Sandra comento que tenía ganas de bailar, el turco, dijo que conocía un buen lugar en la zona rosa de Cusco y así que más noche, salimos todos.

Dimos un paseo nocturno por la linda ciudad y después entramos a una calle muy concurrida y bulliciosa era ahí donde estaba la alegría y el libertinaje, donde los gringos se drogaban con cocaína, para no dormir toda la noche, nos metimos a la discoteca, donde todos bebimos cerveza y bailamos música electrónica con Sandra, hasta que la dejamos bailando sola por que no paraba de girar como loca, se le veía tan contenta.

Regresamos al hostel como a las tres de la mañana, y por la tarde del otro día, regreso Walter de su paseo turístico, salimos a caminar y cenamos en un restaurante típico, le conté, que saldría por la mañana, rumbo a la frontera de Bolivia, él, seguiría la ruta hacia Chile, así que ya no teníamos certeza de volvernos a encontrar.

Por la mañana, mientras preparaba mi equipaje, llego Sandra a mi habitación y me dijo que si me quedaba un poco de tiempo para charlar, quería hablar con alguien, alguien que la quisiera escuchar, le dije que sí, le invite a que nos acostáramos a la cama, para que la conversación fuera más amena, la escuche por un largo rato, ella se sentía muy deprimida, su infancia le fue arrebatada, pero quería sentirse feliz, al final se desmorono en llanto, busque las mejores palabras de aliento para ella, y le dije que la quería mucho, que quería ser su amigo, aunque no nos volviéramos

mos a ver, al salir de la habitación nos abrazamos y me dio un beso en la mejía, destripando una lagrima, antes que cayera al suelo.

Me dispuse a despedirme de los demás y Salí de ahí, un poco triste por la situación de Sandra, tome la calle que me sacaría de la ciudad de Cusco y retome mi rumbo, hacia La ciudad fronteriza de Juliaca, en el camino fui pensando diferentes planes para lograr salir de Perú, tomando en cuenta mi ilegalidad, pero al final, sentía que preocuparme antes del tiempo nunca ayudaba en nada, decidí guardar una parte del dinero, algo como un ahorro para solo utilizarlo en casos de emergencias, como pasar ilegal otra frontera y evitar ser deportado, entonces volví a retomar de nuevo mi usual método de viaje, invocando milagros con la campanita, para encontrar gratis, algo de comer y un lugar para dormir.

Aquella noche llegué a una aldea sin electricidad, rodeada de una neblina, caía una llovía fría, después de hablar con el señor de un pequeño almacén, fui a armar mi carpa bajo el techo de la entrada de la iglesia católica, era el único sitio seco que encontré, esta vez dormiría en la ''casa de Dios''

Muy temprano, Por la mañana llego a despertarme el presidente de la comunidad, yo pensé, qué para sacarme de ahí, pero no, me pregunto que si necesitaba ayuda, si, tenía hambre y se ofreció para llevarme a su casa, me dijo que le contara de donde venía, tuve que dibujarle un mapa del continente y le fascino la idea de salir algún día a ser lo

mismo, le agradecí por lo ofrecido, pero le explique que me sentía muy emocionado de llegar a Juliaca.

Calculando llegar en dos días, con ritmo de pedaleo constante, me dispuse a no descansar, hasta el mediodía, así, le fui metiendo ganas y entusiasmo por la ruta solitaria, subiendo las lomas y dejándome deslizar por ellas, con alegría, cantando improvisaciones, gritando cuando veía pasar el tren a mi lado, detrás de un manto de flores, blancas y amarillas, el tren seguía pitando, bordeando los cerros, y me quedaba pasmado, mirando cuando encontraba las manadas de vicuñas que comían pasto en las colinas.

A pocos kilómetros para llegar a otro pueblo, me encontré con una pareja de franceses, que venían en bicicleta, paramos y nos saludamos, eran de esos chicos extraordinarios, estaban recién casados, habían decidido disfrutar de su luna de miel, viajando por latino américa, en bicicleta, haciendo el amor en cada pueblo a su paso, preferían esto, a quedarse en su diminuto departamento en parís y aburrirse del sexo y la monotonía, al despedirnos me contaron que se habían encontrado con Danae, una chica peruana, quien también viajaba en bicicleta acompañada de una muñeca, le había escuchado decir que iba hacia Juliaca, esto me animo a continuar hasta llegar al pueblo donde talvez me encontraba con la chica que viajaba con su peculiar compañera.

Cuando llegué, me di cuenta que ya había cumplido mi cuota de viaje, y también que pasaba de la una de la tarde, por eso sentía en la panza, el hambre de un perro, di unas vueltas por la plaza y el pueblo, buscando un lu-

garcito para comer, gracias a la bondad y la plata de mi hermana, localicé un comedorcito en una esquina y sentí que era ahí donde quería comer, estaba a bajándome de la bicicleta cuando me fijo, que de una cuadra, sale una chica en bicicleta con alforjas y con una bonita muñeca sentada sobre el manubrio.

-¡Danaaaaaa,Danaaaaa!- le grite

-ven acá, ven acá- le decía levantando mis brazos para que me viera.

Ella llego y nos abrazamos, como es de costumbre en este rubro, almorzamos juntos y me contó la historia de su proyecto de viaje, tenía muchas convicciones de querer influir a otras mujeres a reivindicar sus derechos de libertad, a viajar por viajar, por vivir, por una igualdad... era especial y una dicha haberla encontrado ese día.

-¿Puedo acompañarte, puedo viajar contigo?-le pregunte.

-si claro, para mejor, ¿sabías que en Juliaca hay una casa para ciclistas?- dijo

-no-

-pues hay una casa, donde podemos llegar, por ahí han pasado muchos cicloviajeros del mundo, el anfitrión es un como un ángel para muchos, es una buena persona, escriben muchos comentarios buenos sobre él, en las redes sociales por internet, se llama Geovani... y vive en Juliaca con un perrito-

Y salimos hacia allá, con la panza llena, Danae, yo y la muñeca viajera.



... y vive en Juliaca con un perro

¡Kamisaky!

Lo primero que recuerdo que hice al entrar a Bolivia, fue buscar un almacén, y que alguien me dijera como se decía – hola- en el idioma Áymara, la simpática anciana que atendía el almacén me respondió, -Kamisaky- así se dice aquí en Bolivia, rápido anoté la palabra en mi librito y le dije.

-Kamisaky mi señora, ¿me puede vender un litro de cerveza, y nos presta cuatro vasos, por favor?-

-también recuerdo la mañana, en la casa ciclista de Juliaca, cuando muy temprano, escuche a de Geovani que hablaba con alguien con acento de España, me despertó su entusiasta charla, porque hablaban, afuera, frente a la puerta de la habitación donde yo dormía, el día anterior había trabajado en la casa de unos amigos de Geovani, eran unos ancianos, de los que se quedan solos, cuando los hijos se van a trabajar a las grandes ciudades, necesitaban construir un muro, pero lo más difícil era hacer la zanja en la tierra, porque por esos lados la tierra es dura, por eso fui a ayudarles, sin importar la paga, yo aún me sentía cansado esa mañana, me dolían los brazos y la espalda, pero al escuchar la conversación afuera, decidí levantarme, Salí y

mire a geovani con un chico blanco un poco flaco y con un gorro de lana de oveja, era el español, fui directo a la cocina y me hice un café, luego escuche que geovani me llamaba, resulta que el chico se llamaba Alberto cuenca, y había llegado esa mañana a pedir alojamiento y en cierto modo a pedir ayuda también, era para él, el inicio de viajar en bicicleta, había recorrido buena parte de sur américa de mochila, pero desde Juliaca quería experimentar lo de la bici, dado que en un lugar turístico, había conocido a Nico, un chico colombiano que hacia bicisetitas de alambre para financiar su viaje, él le había dicho lo maravilloso que era viajar en dos ruedas, Alberto había comprado la bicicleta en un hostel, y quería fabricar alforjas de bidones de plástico, geovani, ofreció prestarle la herramienta y yo le ayude un poquito, pero después me fui a la casa de los viejitos para terminar la zanja, cuando regrese por la tarde encontré a Alberto contento porque había terminado de hacer sus alforjas, estaba charlando con Danae y un italiano que tenía minutos de haber llegado a la casa, por la noche cenamos todos juntos, el italiano había hecho unas pastas riquísimas, y geovani hizo un trago muy popular para los peruanos, (pisco sour) después nos quedamos hablando y al final conectamos tanta simpatía entre todos que decidimos salir juntos hacia la frontera de Bolivia, pero yo quería salir de Perú, sin antes de conocer a el pueblo de los uros, una comunidad de personas maravillosas que vivían flotando en islas artificiales, en el enigmático lago de Titicaca, desde que Salí en la barca desde el puerto de Puno, fui asombrado de la cultura de los uros, almorcé

con ellos en una de sus islas y pude conocer un poquito de su historia, esa tarde regrese a la casa de geovani muy feliz, encontré a Danae y su muñeca, a Alberto y a Simone, el italiano, preparando sus bicicletas para salir por la mañana del siguiente día, así me dispuse también a preparar la mía.

Luego del desayuno del otro día, y entre fosos y risas, nos despedimos de geovani y su perrito, todos agradecidos con su hospitalidad y cariño a los viajeros, era loco pensar que después de haber pedaleado en solitario, por la cordillera y la selva peruana, ahora seguía mi camino junto a un italiano, un español y una joven peruana con una muñeca, fuimos en fila por la orilla de la carretera de Juliaca yo venía atrás, al final disfrutando de viajar con ellos, habíamos formado un extraordinario equipo de viaje.

Simone, el italiano, era el más experimentado, le gustaba ir de prisa y sumar muchos kilómetros por día, le encantaba viajar comiendo maní, Alberto a pesar de ser principiante, iba con un ritmo de viaje, bastante bien, Dana y yo nos acoplábamos normalmente.

A los días, logramos llegar a una aldea de campesinos, a orillas del lago Titicaca, después de pedirles alojamiento nos dejaron acampar junto a los sembradíos de papa enana, hicimos una fogata y cocinamos papas, por la mañana unos niños nos llegaron a visitar y luego nos invitaron a conocer el sitio arqueológico de la comunidad, al medio día, continuamos con el viaje, pero no pudimos avanzar mucho, debido a que Simone, empezó a tener diarrea, y sospechaba que el maní lo había aflojado los empaques, aquello se agravo más, cuando ninguno de los tres papel

higiénico y fue por la noche, que en su última diarrea, le tuve que dar una páginas de mi cuaderno donde venía escribiendo este libro.

Seguimos viajando sin ningún otro inconveniente digno de compartirles, logramos llegar a el límite fronterizo de Perú, dormimos en un hostel, cocinamos una buena sopa para hidratar a Simone y nos preparamos con más papel higiénico, esta tuvimos una buena charla de colegas, Alberto nos confesó que le venían ardiendo las nalguitas, pero que venía disfrutando de viajar con nosotros, Danae nos contó de sus días de ciclista en Lima, hablo de su fascinación hacia los ''anunnakis'' y luego hablo sobre su equipo de viaje, se sentía alegre de traer lo necesario en sus alforjas, su muñeca, su cámara, su computadora para editar videos y subirlos a su canal de you tube, sus licras con almohadillas para evitar los daños del asiento de la bicicleta, y hasta dijo que traía condones, por si en el camino se daba la oportunidad, Simone no hablo, porque se quedó dormido, escuchando, yo les conté que había viajado cuatro meses ilegal en Perú, y que pensaba entrar ilegal también a Bolivia, recuerdo que Alberto me dijo que él me acompañaría a cruzar la frontera.

Por la mañana me levanté más temprano que ellos, Alberto fue rápido a sellar fu pasaporte y vino conmigo, cruzamos y salimos de Perú, sin ningún problema, más adelante esperamos Danae y a Simone, ya dentro de territorio boliviano, les conté lo primero que quería hacer era invitarlos a tomar una cerveza para brindar por el éxito de la libertad que daba la bicicleta, por eso paramos en

el primer almacén que encontramos, compre la cerveza y brindamos, por la vida y los caminos abiertos, luego continuamos rumbo a la gran ciudad de la Paz, pero por la tarde, Alberto, nuestro novato cicloviajero, empezó a quedarse atrás, lo esperamos y cuando llego, le vimos que traía su cara, arrugada como que se había comido un limón, y nos dijo.

-Chavales, siento que ya no puedo seguir con vosotros, pues la verdad que no doy más, me arde demasiado el culo, lo traigo amolado, es que, no voy más-

-todos pasamos por eso- le conteste.

-pero lleva tiempo- dijo Danae.

-si, luego te saldrán cayos y ya no sentirás el ardor- comentario Simone.

Alberto se bajó de la bicicleta y la tiro, luego fue a acostarse sobre el pasto,

-coño, es demasiado, me siento violado, maldito sillón de mierda, quizá no sea el apropiado, que asco... ¿queréis darle un vistazo a mi culo? ¿queréis mirarlo como lo tengo, os lo muestro?-

-no, no, no- dijimos todos, riéndonos,

-vamos marico, no seas marico, solo nos faltan trece kilómetros para llegar al pueblo- dijo Simone y lo levantamos entre todos, lo pusimos sobre su bicicleta y a regaños y a empujones, lo hicimos que avanzara, aunque el pobre solo podía sentarse de ladito, y pedalear parado, logramos llegar, al municipio de Colchani, a la entrada de la ciudad había un retén de militares, pidiendo documentos, me sentí halado al verlos, pero por suerte solo nos saludaron y nos

dejaron pasar, fuimos alojados en casa de Milton, gracias a que Danae lo conocía, Simone, dijo que se esa noche sería él, el jefe en la cocina, y que nos prepararía una rica pasta con ajo, Milton estaba muy alegre con nosotros y puso música andina, cantaba,

-¡ojalaaa no te hubiera conocido nuncaaa!-y empezó a bailar como un trompo.

Comimos y también invitamos a una pareja de chilenos y a una chica argentina que estaban viajando, Alberto se fue a acostar temprano, renqueando al caminar, Simone se levantó de prisa al baño, cuando subí a la terraza buscando mi habitación, lo encontré maldiciendo en italiano y pegando palmaditas en su panza.

-que paso, mi hermano- le pregunte.

-haaa, piuta pario, piuta pario, tengo muchos pedos, estoy sacando pedos, creo que es la altura, si, la altura me afecta-

-¿no será el chingo de ajo que le pusiste a esa pasta? porque yo ando igual- le dije, de pronto paso la chica argentina y también se le sentía un tufo similar.

Danae siguió sola con su viaje rumbo a la Paz, nosotros nos quedamos unos días más, porque nos gustaba meternos a la sauna de la casa de Milton, luego continuamos nuestro viaje juntos, Alberto estaba mejor de su culo y Simone de sentía sin pedos, ya en la carretera fuimos rumbo a los cerros nevados, cerca de otro pueblo, Alberto empezó a vomitar, eran los efectos de la altura, estos caminos están a más de tres mil metros sobre el nivel del mar, y no es fácil adaptarse a eso, nos quedamos en la plaza del pueblo, que-

riendo hablar con la gente para ver si encontrábamos donde dormir, pero solo había un grupo de señores indígenas con sus trajes tradicionales y látigos sobre sus hombros, bebían cerveza a fuera de un almacén, nos contaron que el padre de la iglesia, era italiano y que talvez nos alojaba en la iglesia, esa idea le gustó mucho a Simone, talvez por ser su paisano nos daba hasta de cenar, los señores dijeron que nos querían invitar a beber cerveza y bueno, nos quedamos con ellos bebiendo, pero después, al rato, empezaron a enojarse con nosotros, empezaron a reclamarle a Alberto por ser español, le pedían que le devolviera la plata que sus abuelos les robaron en la época de la colonización, a Simone que era italiano le decían que no querían tener el catolicismo en sus tierras, estaban hartos de ese imperio religioso, y a mí me preguntaban qué carajos hacia yo siendo un indio americano viajando con dos europeos saqueadores, la cosa se estaba poniendo fea, y antes que se animaran a darnos con sus látigos nos fuimos de ahí, a buscar la casa del padre italiano, pero aunque después de encontrarla nunca nos abrió, y terminamos durmiendo en una casa en construcción, y por la fría mañana, nos hicimos un café, salimos a la carretera, y seguimos rumbo a la paz, donde nos habían dicho que también existía otra casa de ciclistas.

El mar de Bolivia

Deduzco que nuestra estadía en la ciudad de la Paz, fue breve, pero a un buen nivel de satisfacción, había que aprovechar de visitar los sitios más emblemáticos con prisa, por una parte, porque en la casa ciclista se pagaba por día y el dueño quien ya llevaba décadas de recibir viajeros, había restringido la llegada a latinos americanos, por muchos casos de irresponsabilidad, ahora los ciclistas europeos eran de su preferencia, tuve suerte de que conmigo hiciera una excepción.

Cuando llegamos los tres, el dueño no estaba, el mensaje de texto decía que una chica ciclista no abriría la puerta, cuando Simón, toco la puerta, al momento escuchamos que alguien bajaba corriendo unas gradas, y al abrir, ¡sorpresa! Era Danae.

El siguiente día, salimos a caminar, conocimos el mercado de las brujas, subimos al edificio más alto de la ciudad y terminamos bebiendo singani, en un boliche para locales, donde nos volvimos a encontrar con la pareja de chilenos, la Paz, es una bonita ciudad, me encantó, pero sentía un gran deseo de continuar la ruta, el dinero empezaba a escasear, quería llegar a Uyuni, a la casa ciclista pingui,

talvez allá encontraba un trabajo, Danae quería quedarse unos días más, para editar videos, Alberto también se quedaba por que le había nacido la necesidad de comprar una trompeta, pero, fue Simone, quien me dijo que seguiría conmigo.

Salimos un domingo, con surte, porque no nos cobraron el viaje del ascensor para llegar a la ciudad del Alto, por ser el día del ciclista en Bolivia, al salir de la ciudad, pasamos frente a muchos comedores, que exhibían su menú a la orilla de la carretera, cerdos partidos a la mitad crucificados asándose en brasas lentamente, a la medida que seguíamos, todo el panorama a nuestro alrededor, era basto y desierto de árboles, Simone me dijo que al llegar a los cien kilómetros, acamparíamos, y a eso de las cuatro ya lo teníamos, porque no paramos ni para orinar, dormimos en un hotel de media vida, barato y sencillo, por la mañana, mientras salíamos del hotel, encontramos, para mí, unos admirables cicloviajeros, eran una pareja de colombianos, Iván y Gloria, le habían instalado unos remolques a sus bicicletas con un letrero que decía, ''Guerreros del asfalto'' y tenían recorrido muchos kilómetros desde Medellín, otro colombiano llamado Nico, les había enseñado hacer bicisetitas de alambre y con eso venían sobreviviendo, les acompañaba, Ángel, un viajero de estados unidos, al verlos nos alegramos y fuimos a abrazarlos y nos preguntaron si traíamos mariguana, les contestamos que no, luego se pusieron a contarnos sus extraordinaria experiencias, nos tomamos unas fotos y continuamos mirando todo más árido y sintiendo más frío, pero los días fueron de aconteci-

mientos fabulosos, encontramos una rebaño de vicuñas y corrimos junto a ellas, atardeceres de cielos color violeta, los niños curiosos que llegaban a mirar como cocinábamos en nuestras, estufitas raras de gas, encontramos por la carretera a eso de las dos de la tarde cuando el sol pega fuerte, a un camión de cervezas que había volcado por que el conductor se durmió, por surte solo salió levemente herido, nos acercamos para investigar y encontramos a los señores del seguro que nos dijeron que podíamos beber lo que pudiéramos, de las botellas que no se quebraron, pasamos por los cultivos coloridos de quinua, las charlas divertidas con las personas menos tímidas del camino, como la señora que vendía helados en la parada del autobús, en un frio caserío, me pregunto que, por que andábamos así, viajando como locos, en bicicletas y sufriendo todos los días, le conteste que me había cansado de hacer lo mismo por muchos años y quería vivir algo nuevo cada día de mi existencia, como por ejemplo, encontrarme a una amable señora vendiendo helados en la parada de bus, en un frio caserío, pasamos por la famosa ciudad de Oruro, solo almorzamos y seguimos, preferíamos dormir en los llanos y no gastar lo poco que me quedaba, otra noche logramos llegar a un bonito pueblo que tiene un cementerio de trenes, donde muchos viajeros del mundo pasaron las noche, maravillados mirando el cielo astral, por la mañana vivos en el mapa que estábamos muy cerca del salar, el camino tenía muchos kilómetros de trocha, pero eso hacía interesante la ruta.

Confieso que no llevaba tantas expectativas del mentado salar, pero la tarde que llegamos hasta la orilla de aquello, sentí entrar por mis pupilas una imagen que jamás había imaginado, la energía que de ahí emana, me llevo de golpe al alma, no aguantamos la tentación de entrar y dormir nuestra primer noche pero antes fuimos a un pequeño almacén por algunas provisiones, porque según los datos, se necesitaban dos días para cruzarlo en bicicleta, descubrimos que en el almacén, los precios de los productos eran altos, debido a la distancia de la ciudad, entonces no compramos mucho, después de pagarle a la señora, le comente que era bonito vivir en un lugar como ese.

-Si, toda mi vida é vivido aquí, y soy feliz por ello, los bolivianos nos sentimos muy orgullosos por tener el salar más grande del mundo, en la época de lluvia, esto se convierte en un océano, este es nuestro mar, los políticos chilenos se burlan de nosotros, porque nos quitaron a Bolivia la costa del océano pacifico, pero esto no lo tiene otra nación, este es nuestro mar salado, y es el espejo del mundo- me dijo con vos firme y de entusiasmo, Simone y yo quedamos sorprendidos, de sus palabras, su declaración de sentimiento, la pasión con la que aquella mujer expresaba su amor, por aquel horizonte blanco e infinito que había contemplado desde niña.

Salimos del almacén aún más emocionados y cuando entramos a aquella blanca y enorme superficie, empezamos a escuchar el crujir de la sal, al pasar sobre ella, con las ruedas de las bicicletas, logramos entrar unos kilómetros siguiendo las líneas del rastro de los autos de turistas, era

una sensación única, estar armando la carpa y saber que dormiría sobre tanta sal, no había un arbusto, una hoja, ni tan solo una roca, era sal y más sal, al caer la noche, dejamos una luz intermitente sobre las bicicletas, para evitar ser atropellados por los autos de los turistas, antes de entrar a nuestras carpas, quedamos pasmados al mirar la luna llena y las estrellas tan cerca de nosotros, tan lumisentes, tan mágico, era como pasar una noche en otro planeta, dormí pensando en la posibilidad de no volver a vivir, por eso de aquí en adelante, quería sentirme feliz, trataría de exprimir, la vida que me quedaba y por la mañana, desperté temprano y al salir de mi carpa, en ayunas, el espectáculo, que vi, me embriago de alegría, uno de los mejores momentos que me había regalado la madre naturaleza, fui a buscar mi celular porque quería documentarlo, para compartirlo con mi madre, mi hija, mis amigos y contigo, anhelaba que todo el mundo sintiera por unos segundos la sensación de estar vivos un domingo más de pascua, encendí la cámara y empecé a gritar como un loco en libertad.

-hey, miren, quiero compartir este momento con ustedes, vengan a ver lo que está pasando a fuera de sus casas, de su burbuja, afuera de sus deprimidas vidas, la luna... y el sol, los dos astros se están viendo la cara y yo les estoy viendo juntos en un salar por primera vez, ¡uuuuu es maravilloso! El maestro á resucitado, es un domingo de pascua y ¿saben que? Este es un día maravilloso porque tú y yo estamos vivos, y podemos correr en este salar, por este planeta y por este universo, transmitir la felicidad, porque somos libres de sentir, de reír, podemos ver, podemos oír, hablar

respirar, dormir tranquilos y todo eso significa que somos más que millonarios, esto vale mucho, miren la luna llena y allá, en el horizonte salado, el sol brillante ¿acaso hay algo más que podemos pedir, que más, se puede querer? Si tenemos, libertad, felicidad que fluye de nosotros mismos, ¡un día más que estamos vivos, un día más... es increíble!-

Fueron tres inolvidables días, los que pedaleamos por el salar de Uyuni, Simone, documentaba con su cámara todo lo que podía, yo solo venia pensando de cómo había logrado llegar hasta ahí en bicicleta, aunque lo estaba viviendo no lo podía creer y fue la constancia de eventos milagrosos, los que me habían ocurrido desde que salí de mi casa y de mi humilde caserío, de Garita Palmera, aquella mañana de enero, gracias al amor y la buena energía de muchos amigos.

Cuando salimos del salar, al tercer día casi anochecía, llegamos a la carretera asfaltada y dormimos en un terreno baldío del pueblo de Achacachi donde por la mañana encontramos las botellas de agua congeladas, por las bajas temperaturas, luego le agradecí a Simone por haber cocinado el desayuno con lo último que teníamos, dos tomates, un trozo de pan y un poquito de aceite, comimos sentados en el suelo helado, me levante, le serví un poco más de café y lo abrase dándole gracias por cruzar el salar juntos y por ser mi amigo, camino a la ciudad de Uyuni, toque la campanita para agradecer lo vivido, y para pedir un milagro más, no fue comida ni trabajo, esta vez pedí con todo mi corazón, un amor... una chica.

Amigos

Ahora tengo claro el porqué de aquella ansiedad y una especie de ardor que sentía en mi pecho.

Hoy entiendo la incomodidad que me provocaba dejar pasar los días, yo sin empezar, sin acercarme más al borde y arrojarme a esta locura.

Siempre iba a la playa por las tardes, quedaba observando el infinito del horizonte, justo ahí en el punto, donde el sol se suicida, ahogándose en el océano a cada atardecer, sus últimos rayos como prismas de luz, tocaban mi alma en un presagio de momentos del alegre porvenir, toda esa fuerza que me impulsaba a ir, era pues la energía de ellos.

Porque somos más que carne y huesos, más que un par de ojos y una bola de sesos, porque estamos hechos del mismo material del que tejen los sueños... que suerte qué al fin, me animé y solté los mis caballos salvajes de la libertad, las liebres de la curiosidad, saque de las jaulas las aves azules del deseo y empecé a pedalear por el tejido mágico de la vida en busca de ellos y uno a uno, los fui encontrando, me sumergí en sus abrazos, descanse en sus confianza, me embriague con sus risas hasta llegar al lumbral y descubrir juntos feliz, que donde recibas amor es tu hogar y donde encuentres amigos, es tu país.

En Uyuni hay amor

Bienvenidos a la casa ciclista Pingui.

Pueden entrar, por acá suelten sus alforjas, luego, cuelguen sus bicicletas en los ganchos de ese tubo, arriba de la pared.

Les mostrare las instalaciones y a continuación les comentare las normas de la casa, el baño compartido, esta, allá y junto a él está, la primer habitación, contiguo a esta, la otra habitación que es la más grande y aquí la más pequeña y última, que fue la cocina de los abuelitos, como ven, hecha de adobe y tiene un techo con bigas de Cactus, amarrados con cuero de llama y está cubierto de paja, es la favorita de los viajeros, bueno, esta es la cocina y el comedor, y por ultimo les muestro ese gran cuarto, ahí, funciona la panadería donde yo trabajo y claro también la pueden usar los huéspedes, les comento que todas las tardes horneo varias canastas de pan y los primeros, son para los ciclistas que estén aquí, pueden permanecer el tiempo necesario, solo se les pide que antes de marcharse, dejar escrito en la pared, su nombre y el país de donde son.

Macarena y Luis, son los propietarios de la casa, ahora no están, pero es probable que lleguen por la noche, mien-

tras se instalan voy a llamar a Mirian, la madrecita, para que les conozca y firmen el libro de asistencia, está prohibido fumar marihuana, se les pide colaborar en la limpieza del baño, permanecer en armonía con los demás, cualquier trabajo voluntario en mejorar el ambiente será de gran beneficio para todos y los que vendrán.

De mi parte, encantado de recibirles y abrirles la puerta de esta que ahora será su casa, mi nombre es Max... a las órdenes.

Simone y yo estuvimos de acuerdo de quedarnos en la pequeña habitación antigua, se notaba en sus paredes que muchos durmieron ahí, dejando sus nombres y dibujitos de bicicletas y banderas de su país.

Salí y fui a acostarme a la hamaca bajo el árbol que estaba en el patio de la casa, mirando las bonitas pinturas de rostros y paisajes que algunas viajeras hicieron en las paredes, la satisfacción de ser alojado en un lugar así, era de alivio y orgullo.

Éramos los únicos en la casa aquella tarde, se miraba que los últimos en partir, dejaron todo limpio y ordenado, casi de noche. Llego la madrecita Mirian, era muy simpática y sencilla, se le notaba la nobleza de corazón, se sentó con nosotros a tomar un té y nos contó la historia de la casa ciclista y porque del nombre de Pingu, dijo sentirse agradecida de los viajeros, porque le dan la oportunidad de ayudarles, toda su familia estaba alegre de formar parte de los viajes de los demás, y por eso veía a los ciclistas como hijos.

Al otro día llegó otro viajero, por la tarde una pareja y a los tres días ya éramos nueve los hospedados, y por la noche llegaron Luis y Macarena, los creadores de este proyecto, Simone, hizo quince pizzas a la napolitana, cantamos en Karaoke y esa misma noche conocimos a Ebert, el esposo de Mirian, quien me dio que necesitaba que le trabajara en soldadura con la fabricación de unos portones, a la semana llegó Alberto, contento de haber hecho noventa kilómetros, nos contó que salió de la Paz con Danae, y se encontraron a los guerreros del asfalto, con quienes continuaron por dos días, luego se separaron, cada quien tomó diferentes rumbos y él, sabiendo que nosotros estábamos en la casa pingui, se vino directo, la noche siguiente llegaron los guerreros y Ángel, al otro día llegó Danae, y Arthur un catalán, fotógrafo profesional, así, volvimos a estar todos juntos, pero no podía creer cuando recibí un mensaje de Sandra, la holandesa que conocí en Cusco, Perú, que decía que llegaba el día siguiente a Uyuni, era loco, mágico, parecía que Uyuni tenía una energía magnética, parecía que todo el mundo quería conocer el salar, los siguientes días que estuvimos juntos fue muy divertidos, la casa, se llenaba cada día más, también aparecieron la pareja de chilenos que conocimos en Colchani en la casa de Milton, una noche muy fría llegó un ciclista portugués, de nombre Manuel, como ya casi no había espacio en las otras habitaciones tuvo que quedarse en la nuestra, donde ya estábamos bastante apretados, junto a Alberto y a los guerreros hicimos una figura de metal, un pingüino en bicicleta, que

pedaleaba con el viento, Mirian, la madrecita, quedo muy contenta por el detalle.

Simone, se despidió de nosotros una mañana, se dirigía hacia Chile, cruzando por la ruta de los lagos de colores, todos lo extrañaríamos, a él y a sus comidas italianas, luego marchó Alberto rumbo a Coroico, para viajar un trecho con una amiga, de Ecuador, lo fuimos a despedir en caravana a la terminal, por la noche, casi lloraba de alegría.

Danae, dijo que quería ir a bailar la última noche antes de seguir su ruta hacia Argentina, Ángel, Max, Manuel, Arthur y yo la acompañamos y esa noche bailamos y bebimos hasta vomitar, se fue Danae, pero siguieron llegando otros, mientras pasaban las semanas, el invierno se puso más cruel, el agua de la pila, amanecía congelada y la ropa lavada perecía de piedra, Arthur se enamoró y dejó de tener frío abrazado todo el tiempo con Claudia una chica de Bolivia, muy amable e inteligente, durante una cena rodeando la fogata, Manuel me contó que antes de hacer su viaje en bicicleta, había sido soldado de las fuerzas especiales de Portugal, lo habían enviado como mercenario a la guerra del medio oriente, ahí vio como mueren los niños y mujeres, sin sentido, todo por arrebatarles su riqueza, se hartó de vivir al servicio de los poderosos, y renunció a su ejército, a los privilegios mal ávidos, y viajó en bicicleta por el medio oriente, pasando por los mismos lugares donde había ido a matar, contó con vergüenza, que la gente lo recibió con mucha amabilidad y le dieron de comer lo poco que tenían, Manuel sano su alma, les pidió perdón desde su corazón y ahora solo quería ser feliz y libre, esa noche

me fui a dormir, pensando en todo lo que Manuel hablo y en lo capaz que puede ser un ser humano si solo le da una oportunidad a sus emociones de conciencia.

Un periodista de mi país me contacto, quería hacerme una entrevista, me envió una lista de preguntas, después de pensarlo varios días, decidí hacerla, le pedí a Arthur, que me filmara con su cámara y me hiciera las preguntas, luego enviamos el material al periodista, no sabiendo cuando la podía ver.

Pasábamos las noches de frio calentándonos en la fogata del patio, a veces con trozos de leños que encontramos en la calle y a veces quemando cartones de huevos, Mirian tenía un restaurante a la par de la casa y los fines de semana les iba a ayudar a pelar papas, así me ganaba el almuerzo, también me pidieron que les ayudara a ubicar a los viajeros en la casa, a recibirlos porque Max, se atrasaba con la panadería y cocinando en el restaurante.

Un domingo, mientras estaba en el restaurante pelando papas, Max se acercó a mí, a pedirme que fuera a la casa, a recibir a una ciclista que estaba llegando, la madrecita me comento que ya no había espacio para recibir más, los casi veinte ciclistas alojados, habíamos abarrotado las habitaciones, pensando en eso fui hasta la recién llegada y hable con ella, se llamaba Marica, y era de Holanda, le ofrecí el espacio junto a mi rincón, donde tenía mi bolsa de dormir, en el cuartito antiguo, donde también dormía Arthur con Claudia y Steffi, una chica alemana, ella respondió que no había ningún problema, las noches siguientes fueron más frías, la temperatura bajaba a cero grados, pero todos co-

laborábamos para sobrevivir las noches, siempre haciendo fogata, Nathan el chico de Australia con Ismael de Argentina buscaban madera en las construcciones abandonadas, cenábamos rodeando la fogata y cantábamos bebiendo licor de uva, Marica se sentaba siempre a mí lado y fue naciendo un cariño, bonito, limpio y bromeando y cantando, fue a sentar su enorme trasero en mis piernas.

En una noche de esas llego Enio, mi querido hermano brasileño, llego muy flaco, con el pelo más largo y enredado bebimos hasta la media noche, cagados del frio y de la risa, por la mañana continué trabajando en los portones de don Ebert, Marica, fue a fotografiarse al salar y por la tarde me escribió para que fuese a dormir con ella, pasamos la noche en un hotel construido con bloques de sal, todo era de sal hasta la cama, fue la noche que tuvimos sexo, donde sentí una parte de mi cuerpo caliente y el culo frio, pero fue bonito, fue una experiencia única.

Enio, se fue sin podernos despedir, ya habíamos hablado que teníamos que volver a encontrarnos, por el camino, en Chile o en Argentina, los viajeros no paraban de llegar y casi no salían, por el frio que nos tenía a todos arrinconados, yo termine alojándolos en la panadería y hasta en el comedor, recuerdo un brasileño que tuvo que armar su carpa en el patio, a pesar del frio, habían bicicletas por todos lados y teníamos que hacer fila para entrar a cagar, también para cocinar, pero nadie se molestaba por eso, al contrario todos decían que estaba viviendo en el paraíso de los ciclo viajeros, fue ahí donde conocí las bicicletas más modernas que había visto jamás, los europeos viajaban con

ellas, eran muy caras, pero eficientes, también su equipo de viaje era de primera, las alforjas, abrigo y equipo para acampar y dinero en sus tarjetas de crédito, en cambio yo y los otros latinos que viajábamos, lo hacíamos con cualquier bicicleta y apenas algunos tenían alforjas buenas, la mayoría ellos mismos habían fabricado sus alforjas de bidones plásticos y se ganaban los pesos vendiendo artesanías, de saltimbanquis en los semáforos, o vendiendo sus brazos como yo, mientras unos viajaban con tarjetas de crédito, otros viajábamos con una cartera llena de sueños.

Cuando termine de fabricar los portones, me prepare para continuar mi ruta, no quería irme de Bolivia sin antes conocer el lugar donde mataron al che Guevara, desde niño había admirado su vida, pero no tanto como un revolucionario, me gustaba más bien su parte aventurera, fue un viajero ejemplar para mí y creo que para muchos, por la noche mientras estábamos sentados alrededor de la fogata, les conté a todos que me iría de la casa, Mirian, la madrecita, se puso triste, porque ella quería que le ayudara a remodelar su cocina, así que le prometí volver luego de un mes, ya tenía más de dos meses de no pedalear, ya quería seguir, al escuchar esto, Marica me dijo que quería ir con migo a esa ruta, quería experimentar como viajan los latinos, deseaba agregarle a su viaje un toque de aventura, desde entonces empezamos a dormir juntos, ya no aguantaba más frío por las noches, ahora tenía una compañera de viaje talvez era el amor, que pedí al universo, la última vez que toque la campanita.

Salimos juntos de Uyuni, todos los otros ciclistas fueron a la calle a despedirnos y a tomarnos fotografías, pasamos por el mercado donde siempre compraba mis verduras y masticaba las hojas de coca que me regalaba una de las señoras vendedoras, nuestra primer noche, la pasamos a cuarenta kilómetros de Uyuni, no era fácil subir lomas después de tanto tiempo, pero cada día avanzábamos un poco más, era muy bonito viajar con ella, la dejaba que fuera adelante, en la ruta cuando la veía que iba pedaleando cansada o aburrida, me le acercaba sin hacer ruido le pegaba una buena nalgada y pasaba delante de ella riendo, ella se asustaba y maldecía en holandés, pero no se enojaba, a los pocos días llegamos a Potosí, la ciudad histórica donde ésta el cerro rico, de donde sacaron la plata para fabricar las monedas en la época colonial, luego salimos rumbo a Sucre la capital de Bolivia, y nos quedamos en un lindo hotel, siempre conocíamos los mercados de las ciudades y comíamos en un bonito restaurante, mis días de hambre habían quedado atrás, pero tampoco pensaba ilusionarme con este tipo de vida, podía olvidarme de seguir pedaleando sobre mi realidad.

Cada día que viajábamos juntos, tratábamos de darle un toque de emoción y alegría, eso hacía que pareciera que cada día era un milagro, de mi parte me sentía honrado de estar viajando con esta admirable mujer, que había recorrido continentes en bicicleta, había escrito varios libros contando sus andanzas y dado conferencias en muchos lugares, ella era muy reconocida e importante en su país, pero también era humilde y mucha fuerzas de voluntad

para continuar viajando, eso era lo que más me gustaba de ella, siempre me sentí agradecido de viajar a su lado, nuestro cariño fue creciendo y comenzamos a hablar sobre vivir juntos y hacer una casita, talvez en panamá o vivir en Holanda, dentro de la carpa acostados, imaginábamos viajar juntos por, áfrica o la india, y dormíamos soñando estas cosas.

camino a la higuera el lugar donde mataron, al che, una ruta dura sin asfalto, bajando a gran velocidad en una vuelta Marica se calló, yo venía a varios metros atrás, la encontré tirada en el suelo, llena de polvo, llorando, la levante y le abrase tranquilizándola, le pregunte si le dolía algo y me respondió, que solo se había lastimado su orgullo, quería demostrarme que era fuerte y más rápida que yo, le dije que no era necesario que hiciera esas cosas, levante su bicicleta y sus alforjas y seguimos hasta llegar a la higuera ya por la noche, descansamos, conocimos el museo y encontramos nuevos amigos, luego continuamos la ruta hacia la selva boliviana, hacia Santa Cruz de la cierra, mientras pasábamos unos campos, cultivados con flores de girasol, me dijo que quería pasar la noche ahí, y así lo hicimos, esperamos que no viniera un auto por la carretera y nos metimos a escondidas, y armamos nuestro campamento al centro del cultivo, era lindo ver caer el atardecer desde el interior de la carpa, rodeada con flores de girasol, esa noche me conto sobre cuando era una niña, sus años de escuela y sus paseos a la playa con sus padres en las vacaciones de verano, yo le conté de mi infancia, la primera vez que vi una bicicleta, tenía unos cuatro años cuando vi a

un señor gordo con un traje rojo y barba blanca, era santa Claus que llegaba a regalar juguetes a los niños que vivían en los campos de refugiados en Guatemala, pero que yo me emocione más por la bicicleta en la que llegó el señor que por el carrito de plástico que me regalo, de pronto me di cuenta que ella estaba llorando y le pregunte por qué, me dijo que nuestras vidas eran muy diferentes, luego de estar un buen rato en silencio me pregunto si me quería casar con ella, y le di un beso en señal que sí.

De ahí en adelante todos los días era de alegría y bromas divertidas, cada pueblo, cada ciudad ue pasamos juntos lo vivíamos al máximo, en Santa Cruz fueron hermosos momentos, hacíamos el amor sin protección teniendo la esperanza de construir un nuevo milagro juntos, seguimos la ruta y una tarde entrando a la ciudad de Trinidad, un señor paso en su motocicleta regalándonos agua fría en botellas y dándonos la bienvenida, dormimos en otro lindo hotel y empezamos a sentir, el momento de la separación.

Una mañana, mientras seguíamos rumbo al puerto donde ella tomaría el barco que la llevaría hacia Brasil, me dijo que la esperara, que sentía ganas de orinar, sujete su bicicleta, tomo su rollo de papel higiénico y fue tras un arbusto, cuando volvió, me miro con un rostro de apariencia susceptible y me dijo.

-Ya no seré madre... me vino la regla-

No supe que decir, ella tenía la esperanza de que un ser con nuestras sangres, nos llenaría de esperanzas para volvernos a encontrar y vivir juntos.

La última noche que estuvimos juntos, me pidió que volviéramos a hacer el amor, teníamos tres días de estar acampando en el puerto frente al gran barco que la llevaría, estábamos adentro de la carpa, desnudos y se oía que lloviznaba un poco, la tristeza o el desagrado de la despedida me habían afectado al punto de no poder tener una erección, me avergoncé y le pedí que me disculpara, también ella sentía muy lastimada su vagina por el constante roce del asiento de la bicicleta, pero en el fondo queríamos volver a sentirnos juntos por última vez, nos quedamos acostados en silencio mirando la luz que entraba por un hoyito del techo de la carpa que parecía una estrella, puse mi brazo detrás de su cabeza como almohada, y ella se apegó a mi pecho, luego sentí la suavidad de sus dedos rozándome la piel de una de mis piernas, sobándome suavemente, en seguida comenzó acariciarme los testículos, moviéndolos de un lado a otro, la mire y le di un breve beso, con mi otra mano tome una de sus tetas, y empecé a mordisquear el pezón y percibí el trémulo de su piel, aquello comenzó a responder, se levantó y hurgo entre sus bolsos y volvió a acostarse, me dio un pequeño frasco de crema, se relajó y abrió todo que pudo sus piernas, mostrándome su vagina enrojecida que se abría como una flor delicada, después que unte con delicadeza, se acostó de lado para luego colocarse en posición de perrita, entonces me incorpore detrás arrodillado, le agarre sutilmente su trasero, y sentimos la lujuria, el amor, entrar en nuestra vidas, uniéndonos el alma, lo hicimos así, por mucho rato, riéndonos y llorando, gimiendo en placer y por fin después de haberlo in-

tentado tantas veces, tuvimos juntos al mismo tiempo, un prolongado y maravilloso orgasmo, levanto sus manos y sujeto mis nalgas empujándome hacia ella, despacio y procurando no despegarnos, estiro sus piernas y se acostó, y me acosté sobre ella, quedando mi sudado pecho sobre su espalda y así nos dormimos, deseando que algo de nosotros quedara dentro de nuestros cuerpos.

Me veo parado en medio del gran puente, sobre el río que fluye hasta Brasil, allá abajo, unos hombres cargando bultos, suben la escalera del barco blanco y azul, otro señor revisa la curda del ancla mientras que el capitán enciende el motor, el mecánico grita que acelere para calentarlo, luego revisa la maquinaria, y aun lado del puerto bajo un árbol frondoso estas tú, con tu cámara, tomándome la última fotografía, luego la dejas colgar de tu cuello y me lanzas un beso, abrazas el árbol y luego con una mano te secas los ojos, los dos nos fuimos anhelando volvernos a encontrar en otra ruta, en otro continente... en otra vida, mientras tanto será esta la última imagen que tengo de ti.

Dakje, por todo lo vivido, ik zal altijd de jouwe zijn.

Marica van der meer.



En Uyuni hay amor

Las subidas

Al principio las detestaba (no es sencillo sin previos conocimientos en el asunto)

Me frustraba al llegar al pie de ellas, el encanto y la alegría de viajar en bicicleta disminuía.

Con recelos observaba como los autos y las motocicletas lo hacían, tres, cuatro minutos y ya los miraba que llegaban arriba, el sonido forzado de sus motores enmudecía, simplemente descendían.

Las primeras veces al verlas de lejos me apuraba, agarraba el mayor impulso que podía, pero a los pocos metros del principio lo veía casi en vano y me fundía.

Fueron entonces las subidas, quienes me enseñarían tantas cosas de la vida, luego fueron después esas duras rutas de montañas como divertidas compañías, al darme cuenta que causaban un efecto más emocional que físico en mí, se me ocurrió, (por suerte) inventar métodos psicológicos para vencerlas o disfrutarlas, me decía.

-vamos chepe, si la subes de dos tirones, te comes la galleta y la manzana que traigo en las alforjas-

Y así, dándome premios, empecé a sacarle brillo al coraje, qué por no usar, se me oxidaba.

Pinchaba o me llovía mientras subía, y a veces me salían esos perros que piensan que las patas de los ciclistas son de pollo.

Serpenteando para lograrlo, sentía el corazón casi salir saltando de mi pecho, justo ahí me daba cuenta de lo cargado que venía, de cosas que al final no eran tan necesarias.

Después de varios meses sudando las subidas de Colombia, Perú y Bolivia, tener frente a mí una larga y empinada loma, aquello se volvía como un cortejo.

-que linda eres- le decía... la enamoraba.

Despacio y convincente, iba por su conquista, metro a metro, a lo más alto de su grandeza, su ego.

Allá arriba, ella me daba la verdad de que todo se puede en esta vida, la satisfacción de sentir que pude hacerlo, porque solo desde arriba de un alto cerro, podía contemplar lo bello que es el mundo, allá arriba el aire es más puro, el cóndor vuela a mi altura, los pueblos son diminutos los camiones parecen hormigas.

Después vienen los gritos y la risa, tu pelo guiñado por la brisa, cuando te desmoronas en el regalo que te dio la subida... LA BAJADA.

¡uuuu la vida es lindaaa!

Salir gritando

Era inmensa mi alegría, regresar a Uyuni, transitar por la carretera principal, a mi derecha, la majestuosa belleza del salar, al otro lado, el tren que va tranquilo, desgastando las líneas férreas que lo llevan a la Paz, el maquinista, me mira, hace sonar la bocina, saca la mano por la ventana saludándome y pienso, que tengo suerte de estar aquí otra vez.

Me introduzco pedaleando a las calles, desérticas y polvosas de la ciudad, me desvío tomando atajos por callejones para llegar pronto, cuando ya estoy afuera, me bajo de la bicicleta, empujo la puerta trato de no hacer ruido, pues aún es temprano para los viajeros que duermen cansados, coloco la bicicleta al lado de la pileta, voy a la hamaca y me recuesto, recordando la primera vez que llegue aquí.

Cierro los ojos y me duermo, pero me despierta el aroma del pan recién horneado, que Max está envolviendo en los canastos, y me vuelvo a dormir, percibiendo la satisfacción de sentirme como en casa, Volver a abrazarles, a la madrecita Mirian, Luis, Macarena, al pequeño Ebert, estar de nuevo con la familia.

A Max lo encontré feliz, porque por fin había tenido sexo, fue con una cicló viajera argentina, claro, era esa la razón por la que los panes tenían un sabor dulzón y forma de corazón.

Las tres semanas que pase de nuevo en la casa pingui, fue más trabajo que charlas con viajeros, y fue así para lograr construir en ese corto tiempo, la nueva cocina para el restaurante.

El último fin de semana, antes de continuar mi ruta, hizo un frio intenso, por la mañana encontré en mi celular, un mensaje de texto de alguien cuyo nombre era Noé Martínez,

Un salvadoreño que vivía en new york, me decía que había visto mi entrevista por you tube, y que estaba conmovido con mi historia, además quería apoyarme con el viaje y para empezar me enviaba cien dólares, aquella noticia me emocionó mucho, en ese momento busque la entrevista por las redes, la encontré y la mire varias veces, luego pregunte donde estaba Andrés Jaramillo, un ciclo aventurero y loco de verdad, lo encontré en el restaurante y le pedí que me acompañara al banco, fuimos, retiramos el dinero, luego pasamos al mercado y llevamos lo suficiente para hacer una cena con todos los ciclistas y la familia de la casa, pasamos también por unas botellas de vino y singani, recuerdo que el chico de Brasil junto a su joven esposa francesa, fueron los que se encargaron de preparar el esquicito menú, esa noche fue, nuestra noche, cenamos comida rica, calientita y con alegría, una docena de viajeros de distintas partes del mundo, junto a la fami-

lia, comiendo, enviamos un video de agradecimiento al samaritano Noé Martínez.

Al terminar de cenar salimos al patio encender la fogata, charlar, reír y tomar vino caliente, sentados entorno al abuelo fuego, viéndonos el rostro brillar, cantado coros en inglés, acompañando al gringo que tocaba la guitarra, el fuego, las carcajadas, la música me hizo sentir en una atmosfera de paz, confianza y en un verdadero estado de ánimo, ya no había frio ni tristeza ni soledad, era notable que todos percibíamos la misma sensación de estar vibrando en una misma sintonía.

Conforme fueron pasando las horas, algunos se fueron levantando con sus parejas, hacia las habitaciones, el grupo reducido que aún quedábamos, decidimos salir a la calle en busca de más alcohol, al regresar borrachos y felices, nos metimos a la cocina para seguir hablando de los momentos maravillosos de nuestros viajes, a recordar las personas extraordinarias del camino, hablar del ser divino, de la libertad, del amor, de las tragedias, de nuestras vidas vividas.

Al final del crepúsculo, solo quedábamos, Max, el brasileño, su esposa, Raphael el pirata francés que viajaba con una chica de Tailandia, y yo, cuando nos uno de nosotros miro por la ventana el resplandor, salimos todos a recibir la mañana de un nuevo domingo, no había amanecido bebiendo, nos abrazamos y se fue cada quién a su rincón, en busca de reposo, pero mientras me dormía, pensé.

-este es el momento-

Me levanté de golpe, me repuse y fui al baño a lavarme la cara quedándome temblando hasta los dientes del frío, metí todas mis cosas a las alforjas, Salí de la habitación con cuidado de no hacer ruido, coloqué todo bien en la bicicleta y sigilosamente, salí de la casa pingui, sin valor de mirar atrás, dejando allí, todas mis horas, mis días, mis noches, con ellos, ellos con los que había marchado, los que llegaron, los que quedaban y dejé una buena parte de Chepe... porque así me complació.

Al terminar de subir la loma más alta que ésta saliendo de la ciudad, mire desde arriba, todas las casas con el salar de fondo, trate de mirarlo todo con intensidad, en cada detalle del paisaje, tratando de fotografiarlo en mi memoria, luego, mire hacia adelante, puse la velocidad más dura y me deje ir en la bajada, gritando, ¡gracias, gracias! ¡Por tanta vida!

Iba borracho aun sin ponerle atención al frío que me hería las mejías y los labios, ni al desvelo de mis ojos cansados, colorados por la soldadura, porque iba feliz, triunfante, hacia la continuación de mis días y así fui.

Al medio día, sentí de golpe la resaca, ya no aguantaba más, ya no quería pedalear, me termine de beber toda el agua de las botellas, vomité y empecé a temblar, pero encontré capricho y regañándome logre llegar a un pueblito minero, negocie a precio bajo pasar una noche en un mesón, solo quería dormir.

Los otros días posteriores, conseguí continuar a buen ritmo, inicié el descenso de la altura, de los andes, llegue a Tarija, bajo una linda nevada, y pare unos días ahí para

reparar la bicicleta, fui empujado con el viento hacia los pueblos aledaños a la frontera, quedándome a dormir en baratos hostales y comiendo bien, gracias al pago que recibí en Uyuni, por el alquiler de mis manos y así fue que una tarde llegue nervioso al control migratorio en la aduana de Bolivia.

Esta vez entre sin miedo, a la oficina de migración, les conté la verdad, les dije la razón por la cual venía viajando ilegal por los últimos dos países y lo dispuesto que estaba a someterme a cualquier sanción, con tal de recuperar mi legalidad transitoria, quería ingresar por las buenas a Paraguay, ya no quería seguir sintiendo intimidación al ver un policía en la calle, pero tuve suerte, aquellos caballeros, fueron cerios y tranquilos, cuando me dijeron que simplemente tenía dos opciones, una era, pagar la multa de cincuenta dólares, para salir y tener derecho de ingresar nuevamente a Bolivia, y la otra era firmar una auto expulsión, sin pagar nada, con la restricción, de no volver a entrar a Bolivia durante los próximos tres años, yo estaba dispuesto a pagar la multa, a darles dinero, porque aún traía guardado, pensando en estos casos, pero el superior de migración me aconsejó, que mejor firmara mi expulsión y que usara ese dinero para seguir comiendo en mi viaje, así lo hice, después de casi una hora de estar firmando papeles, y dedicarle a la canciller de la república de Bolivia, una carta de disculpa por mi ingreso ilegal a dicha nación, me sellaron la salida legal, del país.

Fui al único almacén que había en la frontera, llene una bolsa con jugos y galleta, volví a entrar a la oficina y se las entregue a los señores, los abraza y les agradecí por su comprensión, era increíble que hasta en el último instante, este país y su pueblo, habían sido tan especiales conmigo.

Después entré a la oficina de migración de Paraguay, luego de dos preguntas, recibí mi sello en el pasaporte de ingreso a Paraguay, por tres meses legales para permanecer y recorrer todo el país.

Recuerdo que eran casi las cinco de la tarde, me pare frente a la estructura fronteriza y le pedí al señor del almacén que me hiciera el favor de tomarme una fotografía con la bicicleta con el letrero de fondo que decía, -Bienvenido a Paraguay-

En seguida, cruce plácidamente, la línea divisoria, me subí a la bicicleta y a los pocos kilómetros no pude soportarlo más y exploté en carcajadas eufóricas, mientras seguía pedaleando y gritando, ¡libertad, libertad... jajajaja! ¡gracias Boliviaaaa! ¡holaaa Paraguaaay!

Dándome a los pedales, sobre la recta carretera, gritando y cantando, manteniendo fija la mirada en el sol anaranjado que se ocultaba detrás del auténtico y basto llano del chaco paraguayo.



Salir gritando

Tan pequeños cual polvo

En un universo que gira a velocidades vertiginosas, en un conjunto de esferas que conocemos como sistema solar, el cual avanza hacia, no sabemos dónde.

En medio de toda esa misteriosa masa espacial, se encuentra nuestro pequeño y particular planeta, el cual según dicen, viaja a una velocidad de mil setecientos kilómetros por hora, formando parte así, del efecto colateral de una explosión.

Y ahí estas tú... en medio de todo aquello que desconocemos, en esa infinidad de estrellas, como una diminuta partícula de polvo, pero existes, gracias a esa fuerza divina, e inexplicable.

Eres un ser orgánico, que fabrica pensamientos y tienes en tus manos la mayor obra de arte que pudo crear todo esto-

-tienes vida-

-¿la percibes?-

-¿eres consciente de ella?-

Puedes sacarla de tu interior y darla al mundo a cambio de libertad, porque libertad es lo que necesitas, no dinero.

No te limites en preconceptos y en fronteras.

No te defines, por un estatus social, intelectual o financiero, tú vales más que eso, tu eres más de lo que te imaginas.

El estar hoy aquí, te hace especial, único, no te dejes morir vacío, viejo, patético y amargado.

Rejuvenece a cada instante, con la alegría de estar vivo.

Que nada te obligue a malgastar tu vida, deja de buscar cosas vanas y superfluas que acecinan lentamente tu interior.

Solo basta que creas en ti, basta solamente una idea para crear algo que afecte el universo a tu favor.

Encuentra tu libertad, no la busques en tu marido, tu mujer o tu amante, la felicidad depende de ti, deja que fluya, que eche raíces y riégala, con obstinada sabiduría, aquí ésta el sentido de tu vida.

-toma esto-

Empieza desde hoy, amándote un poco más, encuentra esa chispa en tu interior, se libre, se feliz cada día y serás como polvo brillante en el infinito Cosmos

El abrazo del Chaco

Silencio... flotando en el más fino y dulce silencio.

Había conseguido también apaciguar las voces inquietas de mi mente y me introduje a un trance que no todo el tiempo suele pasar... sí.

Era mi cuarta noche en soledad, disfrutando plácidamente de mi propia compañía, cada día lograba pedalear más kilómetros y cada noche me animaba a dejar lejos la carretera, para explorar la espesura, rustica e intacta naturaleza del chaco, al lado de un gigante samu'ú (palo borracho) armé la carpa, casi rayando la noche, recosté la bicicleta, solté las alforjas, fui directo a dentro de la carpa, tendí la sabana, coloqué la almohadita y me acosté, sentía calor así que me desnude, preferí no bajar el cierre de la entrada, pensando que un poco de brisa sería primordial, por eso la deje abierta.

Era tan placentero estar ahí, tranquilo, en soledad y en absoluto silencio, desde adentro podía contemplar como la oscuridad de la noche, fue envolviendo todo, entonces empecé a recordar el día que Salí de casa, el último abrazo de mi madre y mi hija, recordé los primeros lugares a los fui llegando, las ciudades, luego los países y pensaba en

tantos momentos vividos en el viaje, pensaba esto y miraba en el oscuro cielo, cuando las primeras estrellas empezaron a brillar, a tientas encontré la caja de vino barato, tome prolongado trago y encontré un nivel más puro de silencio guiado por una muda melodía sublime de la imaginación.

Imagine qué en una de esas diminutas estrellas, podía existir un ser que también está acostado de noche, mirando brillar una pequeñita estrella, la cual es este planeta y que piensa que puede ser que ahí hay alguien que viajo de lejos solo para dormir en un lugar como este, imagino que yo solo soy el pensamiento de otro pensamiento, luego me pregunto si existe y que sospecha, que pienso en él... puede ser.

Busco de nuevo la caja de vino, pero esta vez bebo con decencia, me recuesto en posición fetal, y siento que floto en un vacío de razonamientos, tomando en cuenta que la mayor parte de nuestras vidas, transitamos habitualmente por los senderos de la ignorancia, que moriremos en esto, de pronto, suavemente, despacio, me deslizo a un profundo y místico sueño lucido.

Por la mañana estoy como nuevo, siento como que é vuelto a nacer, bebo lo último que queda de vino y sonrío por el hecho de estar vivo, es como tener el mundo en mis manos, recojo todo y minutos más tarde estoy haciendo girar las ruedas de la bicicleta por la carretera, voy anonadado, mirando las formas de los arbustos y árboles que están plantados a las orillas del camino, cual curiosos espectadores.

Al mediodía, comienzo a escuchar un ruido dentro de los pedales, pero no le presto mucha importancia, de pronto un pequeño armadillo, sale disparado, asustado de un hue-

co, y corre al lado mío, parece confundido, paro y se me ocurre ir por él para atraparlo y devolverlo a su cueva, temiendo que un camión lo aplaste, corrí tras él, pero fue imposible atraparlo, se escapó metiéndose más al monte, continué y aquel sonido dentro de los pedales fue aumentando, trate de ir despacio, pero al poco rato pedalear era más difícil, hasta algo adentro se quebró, tenía en frente el resplandor de un sol fulminante y el calor era intenso, pero no me quedaba de otra que seguir, más adelante sentí que se movían las tripas de la pansa, era diarrea, solo eso faltaba, camine algunos kilómetros y se me ocurrió intentar pedalear con un solo pedal, y algo funciono, aunque de vez en cuando se salía la cadena, avanzaba más que ir caminando, así logre llegar a una colonia de menonitas dentro del desolado chaco paraguayo, gracias a un niño que andaba en bicicleta, logramos llegar a pedir auxilio a un taller de autos.

Recuerdo a los dos mecánicos que miraban la estropeada bicicleta, la pusieron patas arriba y la desarmaron, encontrando el eje de los pedales quebrado.

-que piensa mi amigo, ¿se puede arreglar?- le pregunte.

-no hay nada que un paraguayito no pueda reparar- me contestó y eso me dio mucha esperanza.

Me dijo que la única opción de conseguir el repuesto era ir a otra colonia a cinco kilómetros de ahí, pero que su hermano iría en una motocicleta.

-mientras tanto, lo esperamos, sentémonos en las sillas del corredor a tomar terere- dijo mirándome con una sonrisa en su rostro manchado con grasa de motor.

Me senté a charlar con él, luego llego su esposa y empezaron a preguntarme sobre mi nacionalidad, también les

conté algunas anécdotas divertidas y les hice reír, al poco tiempo estábamos hablando como viejos amigos, reconozco que ellos fueron mis salvadores, aquella tarde esos mecánicos hicieron milagros para dejarme la bicicleta en perfecto estado, me insistieron que me quedara a pasar la noche con ellos, arme la carpa a un lado del taller, me dieron de cenar y la clave de su internet, mire al cielo y era otra linda noche con el firmamento estrellado y al encender mi celular, la sorpresa que encontré, era que Alberto me había escrito, contando, que tenía varios días de haber entrado a Paraguay, me enviaba su ubicación y al revisar el mapa, descubrí que estábamos a cuarenta kilómetros de distancia, esa noche descanse y dormí tan placenteramente.

Por la mañana, me levante muy temprano, me bañe y descubrí alegremente que ya no tenía diarrea, espere que ellos se levantaran para agradecerles, desayunamos juntos y tomamos mate caliente, luego les abrase y les dije que gracias al problema de la bicicleta les había conocido, ellos eran el bien que vino después del mal.

Era tan bueno volver a pedalear, me sentía muy contento de tener la bicicleta en buen estado, de cierto modo se había convertido en mis alas, y reconocí que las diferentes circunstancias del viaje, me estaban enseñando a mirar la vida desde una cosmovisión más profunda y lucida, fui comprendiendo muchas cosas, analizando como ahora si todo encajaba, mientras seguía penetrando cada vez más en aquella zona misteriosa del gran chaco.

A eso del mediodía, pedaleando por la interminable plana y recta carretera, mire a lo lejos una persona cami-

nando a media calle, ya, a unos pocos metros, me entero que se trata de una mujer, estaba desnuda y caminaba con sus pies descalzos, cabello castaño, largo, liso y bien peinado, piel blanca pero muy bronceada, arrastraba una maleta de viaje, con rueditas, como las que usa la gente en los aeropuertos, era de color violeta, esta mujer caminaba por el centro de la calle, sin ningún miedo ni con rasgos de ambigüedad, parecía hipnotizada por el albedrio de sus anhelos, cuando la tuve a mi lado, me fascino su mirada fija, mirando solo hacia adelante, como en un dulce trance de libertad.

-apártate mujer, hazte a un lado, que los camiones vienen y te pueden matar- le grite.

Ella, sin tan siquiera mirarme, sonrió y con vos de súplica dijo.

-házmelo... ven y házmelo y no me digas tu nombre- luego soltó una deliciosa carcajada, entonces pensé.

-es un alma dueña absoluta de su albedrio- y seguí con mi camino, antes de que me convenciera a cumplir su demanda, a eso de las dos de la tarde llegue a una gasolinera, entre al baño, cague y me cepille los dientes, al salir me di cuenta que había un pequeño comedor al lado de atrás de la gasolinera, y pensé en ir a investigar los precios, pero cuando me dijeron el barato costo del menú, me sentí con más hambre, comí, me dejaron cargar el celular y hasta me dieron agua fría para llenar mis botellas, al salir del comedor, encontré a uno de los trabajadores de la gasolinera, tomándole fotografías a la bicicleta, me acerque y me dijo, que hace una hora habían visto pasar a otros dos que an-

daban con unas bicicletas igual de cargados que yo, le pregunté que como eran.

-hablaban diferente a nosotros y los dos son medios calvos, siguieron recto- respondió.

Le dije que tal vez uno de ellos era quien yo pensaba, fui con toda mi fuerza, me parecía una idea emocionante continuar esta buena ruta, al lado de otros viajeros locos como yo, dos horas más tarde, mire a la orilla de la carretera unas bicicletas paradas, y bajo un gran árbol, sentados en unas piedras estaban dos tipos cocinando con leña, uno de ellos era Alberto, este al verme, se levantó y corrió a abrazarme, sin dejar que me bajara de la bicicleta, gritamos de alegría por el encuentro, era maravilloso encontrarse de nuevo con un hermano del camino, me presento a su compañero, quien dijo llamarse Nico, y venía desde Colombia, y fue muy loco caer en cuenta, que este Nico, era el mismo Nico, quien había enseñado a los guerreros del asfalto a fabricar bicisetitas de alambre y quien había influenciado a Alberto en un hostel de Perú, a viajar en bicicleta, me sentía tan honrado de encontrarme con este gran personaje, nos abrazamos los tres y hablamos de los amigos en común que teníamos, a los que habíamos conocido en lugares y tiempos diferentes, y nos quedamos sentados ahí, en las piedras, a la orilla del camino, esperando que se terminara de cocinar, el arroz, contentos de recibir un fraterno y ecuaníme abrazo del chaco paraguay, luego llegamos a un acuerdo de seguir viajando juntos hasta la capital, de seguir juntos, como astros alineados.

En la casa de Tahuy

Una tarde que intentábamos cruzar un alambrado en la entrada de un terreno privado, en el momento de estar pasando las bicicletas, fuimos sorprendidos por dos tipos, que llegaron en una motocicleta, se bajaron y se nos acercaron, uno de ellos traía un balde lleno de carne cruda, parecía de vaca, cuando los teníamos enfrente, Alberto y Nico les saludaron muy tranquilos, luego explicamos que estábamos entrando por que buscábamos un espacio seco de tierra para dormir, al escucharnos ellos se pusieron a reír de nosotros y porque sabían que estábamos asustados, porque ellos nos habían descubierto entrando a su propiedad, luego nos contaron que no era recomendable dormir por ahí, una por los caminos pantanosos y otra era por el peligro de ser comidos por los lagartos, empezaron hablar entre ellos en guaraní, y después uno de ellos nos dijo que siguiéramos más o menos una hora de viaje, sobre la calle, y que a lado derecho, bajo unas altas palmeras, miraríamos una casita de madera, nos aconsejó entrar al terreno y que al llegar a la casita gritáramos el nombre de Tahuy, era el señor que vivía ahí, solo nos advirtieron tener cuidado con

los perros, al escucharles esto, nos despedimos de ellos, alegres y nos marchamos entusiasmados y confiados.

Cuando llegamos, fui yo quien entro al terreno, llamándole, Tahuy, Tahuy, y avanzando con cautela, dos perros flacos, salieron a mi encuentro, ladrándome, pero una vos infantil, les hizo callarse y mover la cola, era un niño de que aparentaba tener unos doce años, quien se asomó por la ventana de la humilde vivienda, note que cargaba en sus brazos a otro niño más pequeño, en seguida un viejo canoso, en pantalones de vaquero, salió por la puerta poniéndose una gorra, luego de saludarle, le comente lo de los tipos de la motocicleta y le solicite en seguida permiso para pasar la noche en su terreno, y me dijo.

-ustedes son los primeros ''andarine'' que entran, hace muchos años, vimos pasaron a otro por la calle, pero nunca había hablado con uno, claro, pasen y no les voy a permitir dormir afuera, les doy permiso de entrar a mi casa- dijo con vos alegre y entusiasta.

Nico y Alberto, entraron en seguida y lo saludaron agradecidos, de la casita salió corriendo otro niño, de unos siete años, nos abrazó, gritando palabras en guaraní, cuando venimos a darnos cuenta, estaba subido en la bicicleta de Nico, reflejando su alegría por nosotros.

El viejo Tahuy, nos invitó a entrar a su patio, saco unas sillas de plástico e iniciamos una bonita charla, sobre el lugar, luego nosotros le contamos de donde éramos, y hasta donde pretendíamos llegar con las bicicletas, luego él, fue contando como era su vida cotidiana, nos habló de las bestias del chaco, los meses de sequía, los inviernos en-

fermosos, la pobreza, el abandono gubernamental, de los fantasmas y de la muerte por mordeduras de víboras, de pronto escuchamos el llanto de un bebé, vimos salir de la casita a una joven mujer, con rasgos indígenas muy marcados, fue para el lado de atrás de la casa y cuando volvió traía unas rajadas de leña.

-ella es mi mujer, se llama, Ángela de la cruz- dijo

Tenía veinte y tres años, y era madre de cuatro hijos, el mayor de doce, luego otros dos y la bebita de meses, Tahuy, pasaba de sesenta años, sin embargo, aún se le notaba la energía de un tigre y claro a simple vista era más vigoroso que muchos a su edad.

-la vida aquí no es fácil, hay que tener mucho valor, saber que planta y fruta se puede comer, cuales son las hierbas sanadoras, saber llegar a los ríos donde hay peces, saber casar animales del monte y no tener miedo a los espantos nocturnos, la vida aquí no es fácil, muchachos andarines, pero es bonita y cuando el espíritu del chaco lo observa a uno que es malo, el chaco lo abraza y no lo deja ir, el chaco se lo come, pero si uno es bueno y amable, el chaco de da de comer y te deja vivir-

Nos contó qué en una fiesta tradicional, monte adentro, en una gran comunidad indígena, conoció a su mujer, el hecho de ser dueño de un terreno a la orilla de la carretera, donde pasan autos, ser blanco, entender guaraní, español y tener un caballo, le habían servido como carta de confianza hacia los suegros, para darle permiso de vivir con su hija mayor, y llevársela, aunque esta apenas tenía catorce años, Alberto, hizo una cara de tristeza al escuchar esto,

creo que todos, luego cuando hubo oportunidad le pregunte a Ángela sobre el tema y quien tímida me respondió que sus padres estaban orgullosos por dejarla ser mujer de un hombre responsable y que a pesar de ser viejo le había dado ya cuatro hijos, que confiaba en él que no la dejaría abandonada, porque siempre conseguía algo para comer, pero Alberto el europeo, seguía sorprendido por lo disparate del asunto, esa noche nos dejaron cocinarles algo de nuestras provisiones y nuestras recetas, hicimos bastante para que los niños comieran lo suficiente, la cocina era, tres piedras grandes en el suelo y todos nos sentamos en círculo alrededor del fogón, comimos casi a oscuras, solo con el resplandor de las llamas, Tahuy, cargaba la bebida, Ángela daba de comer al de tres años y el de doce comía junto al de siete, bromeando y cagándose de las risas, nosotros ahí, con ellos felices.

La idea principal fue dormir en las hamacas, a la par de Tahuy, pero la nube de mosquitos que nos cayó, asiéndonos la guerra a eso de las once, nos hizo armar nuestras carpas y meternos en total derrota.

La sorpresa de la mañana fue que Ángela de la cruz, había encendido el fogón y el niño mayor se había levantado muy temprano para ir lejos a traernos leche de vaca, ahí probamos por primera vez el riquísimo, mate cocido quemado con leche, fue riquísimo, más con la energía del detalle y el lugar que lo hacia todo tan especial, antes de marcharnos nos tomamos unas fotografías con ellos, Nico les regalo una bicisetitas de alambre, Alberto unas galletas y azúcar, yo solo escribo esta historia para ellos, abrazamos

En la casa de Tahuy



a los niños y a Tahuy, Ángela se reusó, pero nos dijo adiós, con las manos cuando salimos a la carretera.

Por el camino, Alberto fue quien rompió el silencio que dejan estas experiencias, fuimos debatiendo por el camino, el tema del chaco, el valor, la pobreza, el machismo y el racismo, pero resaltamos más la hospitalidad, la alegría y el amor, con el que sentimos en la casa de Tahuy... la risa inocente de los niños, subidos en nuestras bicicletas, viajando con su imaginación, aún de vez en cuando antes de dormir, suenan esas risas en mi mente, cuando estoy a punto de dormir o cuando estoy hartado de la cotidianidad monótona, me concentro y los escucho reír, incluso la escucho ahora, la puedo escuchar, mientras estoy escribiendo esto.

(Tahuy significa hormiga en lenguaje guaraní)

Aquí la historia huele a muerto

Habíamos visto por la ruta a un oso hormiguero enorme, habíamos cruzado un gran puente sobre el río Paraguay, habíamos descubierto la bebida popular de los pueblos nativos, un aguardiente llamado tres leones, el cual nos inspiró a llamar así a nuestro equipo de viaje, éramos los tres leones que recorrían el gran chaco en bicicletas, nos salvamos de morir en balaceados o macheteados en una pelea de cantina, todo por buscar como beber y dormir gratis, pero todo esto era espectacular, era la vida, era la libertad, pasándonos todas estas cosas, logramos llegar a descansar a la rotonda de la ciudad de Concepción, ahí estábamos ese día, cansados u sin saber qué hacer, así que hicimos lo más lógico, que fue, dejarnos llevar por lo que querían nuestras barrigas, montamos a las bicicletas y nos fuimos para el mercado municipal.

Traíamos cargando un hambre de leones vagos, ya en el mercado localizando donde estaban los comedores, les sugerí a los chicos, que buscáramos la cocinera más gordita, recordando a Enio, quien siempre afirmo que las cocineras gorditas eran las que hacían las comidas más ricas y casi todas eran generosas con los hambrientos, dándoles comi-

da en abundancia, la buscamos un poco y la encontramos, tal cual, efectivamente.

-muchachos, pobrecitos, ustedes comen como lima nueva- nos dijo riéndose, mientras nos echaba más arroz en nuestros platos, ya con la panza en forma de sandía, salimos rumbo al puerto.

Alberto, había leído por internet, que de esta ciudad salían barcos, navegando por el río hasta llegar a Asunción, la capital, pero al llegar al puerto no habían barcos grandes, solo unos dos que cargaban mercaderías y chanchos, decidimos ir a investigar a las oficinas de la guardia naval, y nos dijeron que hace muchos meses que no salían barcos a dicho destino, bueno, no quedaba de otra que resolver donde dormir, y sin pensarlo tanto, empezamos a preguntar dónde estaba la estación de bomberos, no nos fue difícil encontrar la estación, ni tampoco conseguir que nos alijaran, nos permitieron armar carpas en la sala de reuniones.

Por la noche, luego de turno, una joven bombera, muy simpática y amigable, aquella noche ella nos ayudó a cocinar y probamos el delicioso platillo típico, que es el mandiochchururú, después de cenar, nos quedamos conversando con ella, y nos contó sobre la historia, de esa ciudad.

-hace muchos años, esta ciudad fue muy prospera, nuestro puerto también era uno de los más importantes y modernos del país, además, por aquí pasaban barcos de los países vecinos, por aquella época el Paraguay, estaba considerada como una potencia económica de toda la región, también era el país donde casi todos podían leer y escribir, habían, muchas industrias del estado que funcio-

naban muy bien, cooperativas agrícolas, era el único país que no tenía deudas con los bancos de grandes potencias, pero eso fue lo que atrajo los conflictos, de repente nuestros países vecinos y aliados nos hicieron caer en la provocación de la guerra, de la envidia, solo por ser un pueblo con soberanía internacional y estar con un funcionamiento autosustentable, Argentina, Brasil y nuestro país Hermano del Uruguay, se unieron, financiados por Inglaterra, y nos invadieron, entraron a matar a nuestros abuelos, a nuestros padres, niños y madres, a matarnos la esperanza y la libertad de superarnos por nosotros mismos, nos robaron todo, hasta el valor de recordar, saquearon hasta los cementerios, nuestros militares resistieron valientemente hasta el final, el presidente de aquel entonces, fue asesinado defendiendo su honor, luego del crimen, enterraron nuestra historia en una fosa de silencio, dejando la brutalidad de los hechos en el olvido de las nuevas generaciones del continente americano, pocos en otros paises saben del Paraguay, mucho menos de su hedionda historia, porque nuestro pasado huele a muerto, solo quedaron las viudas y las huérfanas, fueron las mujeres las que sobrevivieron, quienes no se dejaron matar, ellas son las heroínas de este pueblo, de nuestra nación, las que levantaron los escombros, las que labraron la tierra e hicieron pan caliente, y volvieron a parir vida, esperanza y el perdón, pero no el olvido, los hijos del Paraguay, nunca olvidaran la sentencia de no volverse a levantar, ahora como los demás países vecinos, estamos endeudados con los bancos mundiales, hemos heredado la derrota junto a nuestros hermanos,

solo por querer ser independientes, solo por querer ser un ejemplo de prosperidad, sin embargo, en nuestros corazones, fluye sangre de conciliación y amor, no podemos ser indiferentes con las necesitados, aun con muchas limitaciones, en el Paraguay queremos ayudar a los extranjeros, a los viajeros, a nuestros prójimos-

Cuando ella dejo de contarnos todo esto, nos levantamos y le agradecemos por la cena y por compartir con nosotros la historia de su país, nos levantamos, lavamos los platos y nos fuimos a meter cada uno a nuestras carpas, en silencio y conmovidos, seguramente esta reseña histórica, hizo que apreciáramos con más cariño, el hecho de seguir recorriendo este país en bicicleta, fijándonos de aquí en adelante en cada persona, en cada detalle arquitectónico de sus ciudades heridas.

Por la mañana, nos reunimos en la mesa del comedor a tomar café y a planear una nueva ruta, en lugar de seguir recto a la capital, subiríamos rumbo al noreste del país, pasando a conocer esos lugares y puntos históricos, queríamos indagar más en la historia de este pueblo, de la que poco se menciona en nuestros pises, quería tener más encuentros con ellos, los bisnietos de los supervivientes de la guerra de la envidia... de la ambición.

Salimos con rumbo nuevo, guiados por nuestros corazones, fuimos así, fijándonos en cada detalle histórico, vestigios del dolor, en los antiguos edificios, en las ruinas de las abandonadas industrias, en los empobrecidos caseríos y en la mirada cansada de los rostros de las mujeres más ancianas.

Entrando al pueblo de Horqueta, un chico nos grita, llamándonos hacia él, vendía chorizos asados a la orilla de la calle, cuando llegamos hasta donde estaba, nos explicó que su prima, la joven que estaba parada a su lado, quería darnos un beso a cada uno como gesto de bienvenida y claro que encantados le permitimos el deseo, asombrados y agradecidos por tal detalle, no en todos los pueblos te reciben así.

La suerte seguía cuando nos dejaron saber que la municipalidad nos dejaría dormir en el gimnasio, ya por la mañana salimos al parque con la intención de vender bicicle-titas de alambre, Nico y Alberto fabricaron unas de estilos antiguos, muy bonitas, las exponían sobre una manta en el piso, a la espera de que alguien comprara, pero pasaron las horas y a nadie les interesaban las bicicle-titas, tuve la idea de tomar unas cuantas y salir a intentar venderlas, me fui por la avenida, por donde estaban todos los locales de negocios, entre a cada local y nada, hasta que se me ocurrió mejor ofrecer cambiarlas por comida, en un supermercado el dueño ofreció cambiarme una por tres huevos y lo acepté, pero justo antes de salir del lugar, el señor me llamo y me recomendó ir a la radio del pueblo, asegurando que ahí, nos ayudarían, cuando volví al parque les entregue los tres huevos a mis amigos y les comente sobre la idea de ir a la radio, una hora más tarde estábamos allá, no sabiendo que más podíamos hacer.

Estuvimos esperando un buen rato, sentados afuera de la radio, de pronto se nos acerca un tipo de edad madura, nos saluda con elocuencia y una voz áspera, fuerte, nos

pregunta si nos puede entrevistar, luego de mirarnos entre nosotros le respondemos que sí, el tipo saco una pequeña grabadora del bolsillo de su camisa, encendió y acercándose hacia nosotros nos pregunta.

-¿ustedes creen en el SIDA?-

Las depedidas

-Tres ciclistas de diferentes nacionalidades se unieron en el chaco y llegaron ayer a horqueta, su objetivo ahora es partir rumbo a cerro corá, para investigar datos históricos del país y recorrer esa zona del Paraguay.

Nicolás Guzmán, de Colombia, Alberto cuenca, de España y Chepe Ruiz, de El salvador, comentaron como desarrollan el ciclismo por sur américa, coincidieron en señalar que no pernotan en hoteles, si no, en camping y se mantienen con víveres que tienen para el efecto, Chepe Ruiz dijo que empezó su viaje en enero del dos mil dieciocho, recorriendo por centro américa y entrando a sur américa, señalo que durante su periplo en Perú, se encontró con Alberto, también manifestó que le sorprende la cultura paraguaya, principalmente el bilingüismo y destaco la belleza de las zonas naturales de nuestro país, pero lamenta que se hayan deforestado miles de hectáreas de bosque, por otra parte destaco, la amabilidad de los paraguayos, por la forma en que los han recibido durante en los lugares que han llegado.

Por su parte Nicolás Guzmán, comento que en febrero de dos mil dieciocho, partió desde Bogotá en su bicicleta,

pasando por Ecuador, Perú, Chile y Bolivia, desde donde junto a Alberto ingresaron al chaco, llegando hasta Concepción y ayer a Horqueta, manifestó que de aquí partirán mañana, con destino a Yby yaú, cerro corá y luego a Asunción.

A su turno el español, Alberto Cuenca, dijo que desde Madrid vino al Brasil y colaboro ahí, en labores humanitarias y estudio técnicas de cultivos orgánicos en una ONG del país vecino, expresó que en Brasil empezó con su recorrido por los demás países y fue en el chaco paraguayo que se encontraron junto al ciclista salvadoreño, quien se unió para continuar.

Consultando como solventan los gastos del ciclismo, Cuenca, respondió que realizan trabajos de acuerdo a sus oficios, a través de los cuales adquieren ingresos económicos y que también reciben la ayuda de los lugareños, en ese sentido indico que él es ingeniero naval, Chepe Ruiz, se dedica a la herrería y el colombiano Guzmán, es ingeniero ambiental-

Esto fue lo que apareció publicado en un periódico la mañana siguiente, luego de la entrevista en la radio, donde también nos habían dejado pasar la noche en un salón abierto y nos compartieron un rico desayuno, nos bañamos y cargamos los celulares, tuvimos señal de internet y hasta dimos otra entrevista a un canal local de televisión, pero lo mejor fue que la familia dueña de la radio se hicieron nuestros amigos, nos despedimos con mucha alegría y al salir nos tomamos unas fotografías con la madre el

padre, el reportero y con la hija, Jaquie Rojas, una simpaticuísima mujer.

Aquel día, fuimos viajando tranquilos y sin prisa, pedaleábamos una hora y parábamos en algún kiosco a descansar y a tomar una cerveza, lo curioso era que la gente que nos veía pasar, nos saludaba con admiración y alegría, hasta que una señora de una venta de frutas, nos dijo que nos había escuchado en la radio, ahí fue que nos enteramos él porque de todo aquello, Nico murmuro sonriendo que ahí éramos famosos, pero a Alberto no le pareció tan cómoda la idea, de ese modo fuimos hacia los otros pueblos, dejándonos llevar por el reconocimiento de algunos que pasaban en sus autos y nos bocinaban o se paraban para tomarse una foto con nosotros y Nico aprovechaba para venderles sus bicisetitas de alambre, cuando llegaba la tarde, entrabamos a una estancia a preguntar si nos dejaban pasar una noche, rápidamente nos decían que sí, y que también nos habían escuchado en la radio, era de cierto modo confortable dejarse llevar por la confianza que la gente ya nos tenía, gracias a la fama que aquel medio de información nos había dado.

Una tarde a un día de llegar a cerro corá, viví algo bonito mientras pedaleábamos, Nico iba adelante, yo atrás a unos diez metros de Alberto, a quien ya lo notaba exhausto, era un trayecto bastante asolado de casas y de autos, casi solo se escuchaba el sonido de las cadenas de nuestras bicicletas, frente a nosotros la carretera que en perspectiva que terminaba desapareciendo adelgazándose en la distancia hasta desaparecer, a nuestra derecha, muy lejos,

estaban unos cerros con formas extrañas, pero hermosos, a nuestra izquierda, un horizonte plano y detrás de una altísimas palmeras centenarias, se estaba ocultando el sol, era una bola de color rojo fuego, como que estuviera dándonos una demostración de su opulencia y belleza, salpicando las nubes con colores de diferentes tonalidades, las mismas que se esparcían a todo su entorno haciendo una imagen, como de un bello lumbral a otro mundo, fue como caer en un hechizo, en ese instante, me sentí, tan atraído hacia allá, al punto que deje de escuchar el crujido de las cadenas, también deje por un instante de sentir el suelo y como si estuviera pedaleando en el aire, levitando con la percepción de mi inconsciente y me convencí por primera vez, que estaba girando dentro de un universo inmenso, basto tan solo fijarme en la luz del astro, para que encendiera mi luz interior, no podía creer como mis compañeros, no lo notaran, no podía entender como el mundo no aprovechara de mirar este milagro, parecía absurdo, como que los demás estaban cegados o en un tipo de estado soberbio de indiferencia a la vida y sus detalles, pero reconocí que habían muchos aspectos mal intencionados adyacente alrededor de nuestra existencia, nos forman con muchas deficiencias a la contemplación, pero recordé a mis amigos, así con el apego a ellos, salí del encanto y me di cuenta que estaba solo, ya no les veía, me apure y fui más rápido y a pocos kilómetros los comencé a ver que allá iban, cuando les alcance no dije nada.

En un terreno baldío, al lado de una gasolinera, armamos nuestro campamento, a la mañana siguiente, paso Ja-

quie, en un auto, con sus padres, iban hacia otra ciudad, nos dejaron pan, abrazos y un aroma de un perfume suave, impregnado en nuestros brazos, ese día logramos llegar a buena hora al parque del cerro histórico, acampamos a la orilla del rio, hicimos una gran fogata y bebimos el licor "tres leones" y no sentimos miedo, por estar sobre la tumba de miles de difuntos, quienes nos rodeaban en formas de luciérnagas, en insectos y aves nocturnas, estábamos en el lugar, donde se a cabo la guerra, donde mataron a los últimos, junto al más valiente de los presidentes de este pueblo, daba rabia y daba pena, sin embargo éramos dichosos de estar ahí en tierra sagrada, como todo el resto de nuestro continente, se sentía el olor de un pueblo, se respiraba el valor, los árboles, el rio, las rocas sin duda alguna tenían micro partículas de muertos, de héroes, de valientes, era evidente que ahí se caminaba sobre muertos, se duerme y se sueña con ello, sus lamentos aún están en los cantos de las aves que se comieron la fruta que dio el árbol que se nutrió de la humedad de la tierra donde se pudrieron sus cuerpos, el ave negra canta por la madrugada, con silbido suave, dice en su canto.

-a los hijos del mundo, que lo sucedido aquí, no se repita en ningún otro lugar, jamás-

Fueron las tropas brasileñas, el verdugo de los últimos en resistencia, fueron sus mismos... hermano.

Por la mañana caminamos por una delgada vereda, hasta llegar al sitio donde mataron a Francisco Solano López, después regresamos al campamento, empacamos todo y salimos, con hambre y dolor, pero, ¿Qué podíamos

hacer? Si ya lo que podíamos hacer, ya lo habíamos hecho y era, el no ser indiferentes al dolor ajeno.

Como que el camino de regreso se nos acortó, talvez por venir hablando del tema, cuando nos dimos cuenta ya estábamos llegando a Yby yau, parecia muy tranquilo, como todos los pueblos del interior de Paraguay, muy de campo, con gente simpática y amable con nosotros, como siempre al llegar al destino del día, buscábamos un lugar para beber algo frio y si tenía alcohol, sería mejor y nos fuimos directo a la gasolinera, porque casi siempre ahí puedes encontrar una nevera con latas de cervezas frías, casi al entrar nos dimos cuenta que al otro lado de la calle estaba un bar, bastante prometedor, con sillas y mesas en la acera, sin pensarlo tanto, en seguida cruzamos la calle y entramos al bar, entre nosotros logramos llegar a un acuerdo colectivo, el cual consistía en pedir un litro de cerveza y tres vasos, el primer litro lo pagaría yo, el siguiente Alberto y el otro Nico, nos salimos a beber afuera para estar pendientes de las bicicletas, brindamos por la vida, y al poco rato, empezamos a notar que pasaban muchas personas conduciendo cuadríciclos, haciendo mucho rudo al acelerar, pero aquello no nos arruinaba el momento, de pronto vimos que fueron entrando al bar más sedientos, hasta estar casi lleno, entre los muchos hombres veo caminar a una jovencita, un poco alocada, me llamo la atención al verla que se acerca a un viejo barrigón de bigote y con sombrero, que estaba charlando con el cantinero, ella le habla al oído y el viejo instantáneamente, saca de la bolsa de su camisa una cajetilla de cigarrillos, toma uno y se lo da a la chica, luego

se lo enciende, ella lo abraza y se sienta en sus piernas, lo ira y luego se ríe levantando su cabeza y soltando dos bocaradas de humo, yo la estoy viendo desde afuera, a través del cristal de la ventana.

Alberto me habla como para que ponga atención a nuestra charla, pues tenemos que decidir donde pasaremos esa noche, Nico, sugiere que busquemos el parque del pueblo, hoy se siente asoleado, yo estoy de acuerdo con él, Alberto se levanta para traer otro litro, busco la chica con mis ojos y la encuentro poniendo música en la rockola, sigue fumando, se le acerca a un joven flaco que esta, bien vestido y bien peinado, parado frente a la barra del bar, ella lo sala de un tirón y empiezan a bailar una zamba brasileña, en eso regresa Alberto diciendo que la cerveza ésta muy buena y más barata que la coca cola, mientras miramos que algunos autos llenan a estacionarse al otro lado de la calle, con música alegre y mucho volumen, de pronto veo pasar a la joven como en estampida, corriendo, lleva un vaso de cerveza en la mano, sele del bar, llega a la esquina, dobla y no la veo más, seguimos hablando el tema de donde dormir esa noche, en eso Nico se levanta, es su turno de ir por el otro litro, ya estoy sintiendo calientes las orejas y adormitadas las mejías por el alcohol.

Salí hacia la gasolinera en busca del baño público, y aprovecho para investigar si nos dejan armar carpa ahí, en un rincón, pero el señor que atiende, me responde que de su parte, no habría ningún problema, pero el solo es el empleado, me recomienda ir mejor, a preguntarle a la señora, dueña de la estación, quien vive al fondo, regreso con mis

compañeros y les comento esto, terminamos de beber y fuimos juntos a la casa de la señora, la encontramos sentada, en el patio, tomando terere y charlando con otra mujer, después de pedirle el favor, ella nos pregunta.

-¿ustedes creen en Dios?- a lo que nosotros le respondimos, que sí

-lo que sucede es que muchos extranjeros son ateos y eso no es bueno, porque me pueden traer mal agüero, aquí somos una familia muy católica, no me quiero arriesgar que mi negocio sufra maldición por alojar a extranjeros que no creen en Dios-

Esta experiencia fue de las más extrañas que nos había sucedido en la ruta, yo casi busco el crucifijo que una monjita me había regalado en panamá, con tal de que nos dejara dormir ahí, pero por suerte no fue tan necesario, antes que oscureciera, logramos armar nuestro campamento y encadenamos las bicicletas, el ruido de los motores de autos y motocicletas aumentaba, las dos orillas de la carretera, estaban llenas de vehículos, estacionados y la música se escuchaba por todos lados, algunos se habían reunido en grupos sentados en sillas de playa, bebiendo y cocinando, también ya estaban algunas ventas de hamburguesas y papas fritas, parecía una feria, multitud y bullicio por todos lados, el señor que trabajaba en la gasolinera, nos contó que se estaba celebrando el triunfo de los jóvenes del pueblo, quienes habían ganado una competencia de carreras en cuadriciclo y motocicletas, nosotros ya algo borrachines y hambrientos nos fuimos a meter a la muchedumbre para comprar algo para comer y beber.

Pasando frente a un grupo de jóvenes quienes estaban sentados sobre sus autos, ellos al vernos pasar, nos llamaron, invitándonos a tomar con ellos y a comer, del asado que preparaban en una parrilla que habían improvisado a la orilla de la calle, parecían muy amigables, todos hablaban guaraní, español y portugués, con ellos también estaban unas chicas y una de ellas dijo que nos había escuchado en la radio, diciéndonos famosos, y empezaron a tomarse fotografías con nosotros, luego bebimos con ellos, y gritando para entendernos porque el volumen de la música no dejaba hablar normalmente, pero de pronto veo que llega a nuestro grupo la jovencita que había visto en el bar, esta vez venía acompañada con una señora bajita y delgada, al verlas los chicos gritaron alegres y uno de ellos cambio la música poniendo un ritmo de reguetón, y las jovencita y la señora empezaron a bailar con un estilo, bastante sensual, erótico, la gente les hizo un círculo, y les animaban para que siguieran dándoles el show, al buen rato terminaron muy cansadas y se sentaron, las otras chicas le llevaron carne y cervezas, note que la jovencita nos quedaba viendo, se levantó y fue a hablarle a una de las otras chicas, talvez a preguntarle quienes éramos nosotros, luego se me acercó y me saludo con un beso diciéndome su nombre.

-hola, un placer me llamo Estrellita, tus amigos son muy simpáticos, ¿de dónde son?-

-hola soy chepe, soy salvadoreño, uno de mis amigos es de Colombia, el otro es de España-

-me encanta como hablan los colombianos, he visto las novelas de narcos y el español imagino que á de tener mu-

cho dinero, se saben que se llevaron mucho oro de nuestros pueblos-

-jajaja, no lo sé, pienso que este español es igual de pobre que tú y yo-

-si no tuviera dinero, no anduviera de turista, un turista no sabe de miseria, porque tiene plata para pasear por el mundo- me dijo.

-donde vives tú Estrellita- le pregunte, pero en vez de responderme, dio la vuelta y fue a buscar a la mujer que la acompañaba, la encontró y comenzaron a bailar de nuevo, a media canción pararon y pidieron otra cerveza, pero ya nadie les prestaba atención, así que de nuevo volvió hacia mí.

-¿me regalas una cerveza?-

-claro y otra para ella también-

-ella es mi madre- me dijo.

- no puede ser, bueno toma y ve a comprar dos cervezas, cuando volvió traía dos latas de cervezas y venia fumando un cigarrillo y me dijo.

-oye, hazme otro favor, dile al español que puede pasar un buen rato conmigo a un buen precio-

-¿cuántos años tienes, Estrellita?-

-¿yo? Diecinueve, ¿Por qué?- respondió, moviendo la mirada para otro lado.

- tú, me mientes, tú no tienes más de diez y seis años-

-ésta bien, tengo diez y siete, ¿porque, acaso eso te duele?- me pregunto.

-fíjate que sí-

-la verdad es que me gusta divertirme con los hombres y otra cosa, que pasa, que por aquí no se encuentra trabajo-

- tu madre ¿también es puta?-

-si, claro, pero menos activa, ella tiene marido, yo estoy libre, no quiero un marido todavía tengo a tres hermanitos que alimentar-

-¿vives por aquí?-

-oye, esta noche no é ganado nada, hazme el favor con tu amigo español, mira, por cincuenta mil guaraníes, le puedo dar los tres lados-

-No creo que Alberto quiera alquilarte, pero mejor habla tú con él, capas te regale eso o más sin hacerte daño- le dije.

Dio un buen trago de cerveza y fue hacia Alberto lo tomo de la mano y lo puso a bailar al ritmo del reguetón que sonaba, al ver eso, todos volvieron a aplaudir, ella le dio la espalda y empezó a arrimarle el culo, se fue bajando, poniendo sus manos en las rodillas, pero Alberto bailaba un poco avergonzado, al terminarse la canción, lo llevo de la mano al fondo, donde no había mucha luz y ruido, hablar un rato, yo los miraba de vez en cuando, pase la calle y entre al bar, compre otras cerveza y al volver encontré a Alberto parado esperándome.

-¿que paso?- le pregunte.

Me rompe el corazón vivir estas cosas, la joven es linda, es bella y tiene luz en sus ojos, pero yo no puedo hacerle esto, no estoy acostumbrado a comprar amor-

-tranquilo, lo sabía, ¿que se hizo?- le pregunte.

-no lose, se marchó con la señora, un poco molesta conmigo-

- es su madre, ¿le diste dinero?-

-no-

Después de eso los ánimos de la gente se fue enfriando y comenzaron a irse para sus casas, ya pronto iba a amanecer, buscamos a Nico, para avisarle que iríamos a dormir.

Cruzando la calle, camino hacia la gasolinera vimos a Estrellita salir del bar, iba de la mano con el viejo barrigón de bigote y sombrero, él se subió a una motocicleta, ella se subió atrás, se fijó que la estábamos observando, el tipo arrancó y dio marcha, pasaron a unos metros de nosotros, Estrellita nos voltio a ver y nos sacó el dedo, mordiéndose el labio inferior, luego pego la carcajada como de un triunfo satírico y se fue con él... se la llevo.

Era pequeña, de un metro sesenta más o menos, de cabello negro y liso amarrado con una cola y un flequillo en su frente, blusa roja, escotada, usaba minifalda verde y sandalias de playa, tenía la energía de una mariposa, olía a Jasmine, con una risa burlona y un leve tono de tristeza, sus brazos pequeños, flacos, ligeros y una piel que gritaba... auxilio, pero con una fabulosa mirada, brillante, llena de esperanza, así quedo la imagen en nosotros, la imagen de Estrellita, quien revelo en ella, la imagen de la realidad de nuestros pueblos, de muchas de nuestras niñas.

El otro día, mientras íbamos por la carretera, Alberto me dijo.

-cada vez que vuelva a ver a una joven o a una mujer que se esté prostituyendo, me voy a acordar de Estrellita, tan bella, tan víctima, tan ella.

Cuando ya solo nos faltaban cien kilómetros para llegar a la ciudad capital, decidimos hacer un intervalo en nuestro viaje, nos queríamos tomar unos dos días sin pedalear ni estar desarmando equipo, las carpas, habíamos encontrado, por suerte, un gran terreno a la orilla de la carretera, aunque estaba circulado con alambres de púas, se le veía bastante abandonado, pero tenía una parte plana con poco pasto, al lado de un bosquecito de árboles de eucaliptos, pinos y sauces, también el terreno era atravesado por un riachuelo con agua limpia, al fondo se miraba una casita rodeada de naranjos y girasoles.

Primero tiramos al otro lado del cerco, las alforjas, luego entro Nico a recibir las bicicletas, al final entramos con Alberto, ya adentro instalamos nuestro campamento, en medio del riachuelo y del pequeño bosque de árboles, sabíamos que estos serían los últimos días juntos y que también existían muchas probabilidades de que jamás nos volveríamos a encontrar en persona.

La primera noche, no tuvimos mucho de que, hablar, pues el cansancio, compañero constante de los ciclo viajeros, nos dobló del sueño temprano, yo me estaba sintiendo con fiebre desde la mañana, pero no les quise decir nada, lo más probable era que los restos de la borrachera me estaban cobrando factura, por la mañana, muy temprano, llegó un niño a despertarnos, dijo que vivía en la casita de las flores y que su madre mandaba a preguntar si necesitábamos algo, le respondimos que gracias, pero estábamos bastante bien, pero al rato, volvió con su madre y un perro, a dejarnos una canasta de huevos y una botella de leche, le

comentamos lo conmovidos que nos hacía sentir su generosidad y lo maravillados que estábamos, porque a menudo recibíamos estos gestos, desde que habíamos entrado a Paraguay, cuando se fue la señora, el niño y el perro, Nico se ofreció para hacer el desayuno, Alberto fue a bañarse y yo fui por leña, luego de comer, amarramos las hamacas y aprovechamos para leer, dormir y escuchar música folklórica de Paraguay, hicimos de este lugar, nuestro mundo pequeño, sin horarios ni dueños.

La idea para la tarde, fue hacer una pizza a las brasas y salir por unos litros de cerveza, queríamos cerrar nuestra ruta, con elegancia y glamour, no había mosquitos y el viento soplaba suave, moviendo las hojas de los árboles, este lugar era como un premio del camino, Alberto pidió hacer una gran fogata y un círculo de palabras, traía consigo desde Bolivia, una pócima de una sustancia alucinógena.

-¿ustedes quieren participar en el viaje austral conmigo?- nos preguntó.

- yo no, hermano, pero gracias- le respondí.

-Nico, cabeza de huevo, ¿tu si vas a querer?-

-no parece, mejor me voy a fumar mi porrito-

- me estáis dejando solo-

-dale Alberto, mejor para ti, lo disfrutas mas-

Metimos unos trozos grandes al fuego, y tendimos una gran sabana, sobre el pasto, al lado de la fogata y nos acostamos, mirando hacia el cielo estrellado, que tenía un manto brillante rumbo al oeste.

-haber chicos, contadme vuestra historia, ¿porque hicieron este viaje?-

-lo mío es por la educación de mi hija, ya les é contado, también porque me gusta la aventura, intento ser creativo con mi vida, no me quisiera ir de este mundo sin antes saber lo más que pueda sobre nuestra existencia sin antes-

-yo parece, fue algo así como inesperado, estaba en problemas de adicción, usted sabe, líos de familia también, venia considerando muy en serio eso del suicidio, pero me acobarde, ¿su merced me entiende? Entonces, parece, era o matarme o desaparecer por un tiempo, buscar la manera de limpiarme, agarré esta bicicleta y comencé a salir de Bogotá, sin nada, en el camino, conocí a un argentino, él fue quien me enseñó a hacer las bicisetitas de alambre y cocinitas de latas, ahí deje de vender lastima, entre a Ecuador y bueno, usted ya sabe, aquí me tiene, aferrado a la esperanza, guerreándola, ójala, encuentre una señora con plata que me quiera, y ayudarle a administrar su plata, jajajaja...

-¿ y tu historia Alberto?-

-quería conocer latino américa, así que vi la oportunidad cuando me contaron que podía inscribirme como estudiante de intercambio, fue como llegue a Brasil, pero me arte de los protocolos, los jefes y todos esos gilipollas, salí, con la mochila por Venezuela, Colombia y Perú, aprendí a hacer malabares con los días, a tener hambre, conociendo la realidad de la gente, cuando conocí a Nico, me anime a viajar en bicicleta, ahora puedo pensar que es lo mejor para vivir lindas experiencias, bueno lo único que me á faltado, es encontrar una chica que me quiera chupar el culo, jajaja-

Así estuvimos hablando un poco de realidad y un poco de disparates, también de la nostalgia hacia nuestras familias, el amor a la vida y por último se nos ocurrió mencionar, nuestras tragedias.

-a mí aun el pensamiento suicida me persigue- dijo Nico.

-yo sospecho que el abandono, me deja una gran herida- dije.

-a mí me sucedió lo peor que a un niño le puede pasar cuando crece con un padrastro, que asco, no quiero hablar más- dijo Alberto levantándose y camino hacia su carpa, luego nadie quiso hablar.

Las últimas horas que pasamos juntos, fue dentro del aeropuerto de Asunción, ayudamos a Alberto a desarmar la bicicleta y meterla a la caja de cartón, lo abrazamos con tristeza, fingiendo reír, lo vimos entrar al túnel de abordaje y ahí, le tome la última fotografía, luego y yo, salimos del aeropuerto a tomarnos un café en la gasolinera de afuera del aeropuerto, vimos elevarse el avión que se llevaba a Alberto, a nuestro hermano de viaje, iba hacia Quito, a trabajar en la organización de cooperativas en aldeas campesinas, luego del café, Nico y yo, nos paramos y nos despedimos con un fuerte abraso, salimos a la calle justamente cuando llego Jorge un amigo que me alojaría en su casa.

Aquella mañana, fue la despedida, la última vez que estuvimos juntos, les iba extrañar el resto del camino y en los meses posteriores... aún les echo de menos.



Los ojos y mis manos

Los guerreros del asfalto y Nico, fabricaban bicisetitas de alambre para vender, así de ese modo financiaban su viaje.

Lucí, hacia ‘‘ magia ‘‘ en los semáforos de las ciudades, Matías y Ezequiel, malabares.

Enio, Dánae y Simone, documentaban su recorrido en video y lo subían a las redes, creo que algo recibían por ello.

Arthur, era fotógrafo profesional, imprimía las imágenes y las vendía en las plazas de los pueblos a su paso.

La otra mayoría eran ciclo turistas, casi todos europeos, unos pocos contaban con patrocinadores, otros gastaban sus ahorros, como Alberto, los demás eran viejos jubilados.

Yo salí con poco, ya sabes la historia y además, venía afinando la intuición para encontrar comida gratis y un rincón donde pasar la noche a salvo o pidiendo milagros constantemente, pero mi intención ante todo lo anterior, era encontrar trabajo, de preferencia en herrería, porque era lo que más había hecho los últimos veinte años.

No resultaba tan sencillo te lo aseguro, más aún cuando te ven llegar en una bicicleta con maletas por todos lados,

claro que cuando por suerte alguien se arriesgaba a contratarme, aquello, era para mí, como un salvavidas en pleno océano y también en cierto modo, recuerdo que me parecía un poco divertido, porque en cada país los materiales y las herramientas, tenían notables diferencias en sus nombres y en sus formas.

La paga siempre fue generosa, alcanzaba para mucho más de lo que imaginaba, luego preparaba de nuevo la bicicleta y marchaba, pedaleando, en busca de encontrar otro pueblo, otra ciudad u otro país, donde pudiera volver a vender mis brazos y quemar un copo más mis ojos, a cambio de algo de dinero, de vida... de dignidad.

Pueda ser que algún día vuelva a pasar por ahí o talvez nunca regrese, pero me alegro por haber dejado un buen rastro por tantos lugares.

A menudo observo las fotografías esas donde aparezco soldándote la puerta, fabricando el portón de tu casa, el techo de la cocina o inventando motocicletitas de tornillos.

Un chequeo de rutina

Era a esos de la una de la tarde, llevaba un ritmo de pedaleo constante, iba muy tranquilo, a pesar del sol que me miraba de frente, iba, algo así como en modo automático, con la mente ida, pensando en nada.

La sensación de estar me acercando a la frontera con Brasil, podía haber sido la causa de aquel estado, pero iba bien, así, por la carretera, distraído y atenido a los instintos.

De pronto miro a la par mía, una camioneta de la policía.
-piii, piii- la bocina.

Veo adentro a dos policías, el conductor y un acompañante.

-hey, hazte a un lado y párate un momento-

Al instante frene y me hice a un lado de la calle, la camioneta de los policías se detuvo a unos metros delante de mí, yo quede ahí, algo nervioso, esperando que se bajaran, pero nadie bajo, en eso el conductor sacó la mano por la ventana y moviéndola, hizo una señal para que yo fuera a ellos, obediéndole, fui y me arrime al lado de su acompañante.

-pasaporte, por favor-

-sí, sí, mi señor, deme un momento para buscarlo-

Al fin, encuentro mi pasaporte en la cajita de plástico, que le había adaptado al manubrio de la bicicleta y se lo entrego.

-¿hacia a donde se dirige?- me pregunta.

-voy rumbo a ciudad del este, luego entro a Brasil, señor-

-¿puedo decirme que carga dentro de esas alforjas?-

-son mis cosas señor, lo necesario para mi viaje, ropa, repuestos, algo de alimentos, una bolsa de dormir y la tienda de campaña- le respondí.

- bueno- dice, mirándome de pies a cabeza y continua.

-debido a las circunstancias sospechosas sobre este caso, también tomando en cuenta la hora y el lugar, le exigimos que pase a la comandancia policial, que ésta a dos kilómetros más adelante, ahí le aremos un chequeo de rutina, sino encontramos nada ilícito en su equipaje y ningún precedente con sus datos, entonces se le hará la entrega de documento y podrá continuar con su viaje-

Dicho esto, el policía conductor encendió la camioneta y se fueron, de mi parte me quede un poco abrumado por todo eso, pero no tenía otra opción que obedecerle y esperar que no me hicieran ningún lio.

La comandancia estaba después de las primeras tres casas al entrar al pueblo, aun lado de la calle, frente a la comandancia policial estaba sembrada una gran asta con la bandera del Paraguay, y a su lado estaba parado el policía que conducía, esperándome, al verme me, levanto los brazos para que entrara.

Al llegar me indico que dejara la bicicleta recostada sobre él asta, de la bandera, luego que entrara a la oficina, de

ventanas grandes de vidrio, la que tenía el letrero –sargento Leonardo-

-buenas tardes, con permiso-

-pasa y siéntate -

-mira muchacho, ya revisamos tu pasaporte y nos damos cuenta que no estas ilegal en nuestro país, sin embargo, lamento informarte que, basándonos en tu apariencia y la observando el medio en el que viajas, nos vemos obligados por ley humana, a retenerte por un breve tiempo-

Un chequeo de rutina



-bueno señor... pero, pero no le entiendo muy bien a que se refiere-

-la verdad esta decisión la hemos tomado solos, mi compañero y yo, vamos a retenerte en este lugar porque, porque... te queremos invitar a ¡almorzar con nosotros! Jajaja ¿qué te parece? Jajaja estabas preocupado, verdad-

- ¡mi hermanoooo! Jajaja gracias sí, me preocupe, pero ahora me á hecho llorar, gracias, gracias, será un honor almorzar con ustedes- le dije y me levante a abrazarlo.

-pasa adelante, tranquilo, vamos a la cocina, ¡hey! Cabo Tomas, cierre la puerta vamos a comer-

El sargento Leonardo y su compañero, fueron los que me hicieron aquella broma, después se disculparon conmigo, no lo hicieron de mala onda, solo querían ayudarme, divirtiéndose un poco.

Comí casi al punto de reventar, porque insistían a que volviera a llenar el plato tres veces, luego buscaron en su despensa y echaron en una bolsa, paquetes de tallarines, aceite, lentejas, pulpa de tomate, pan, algunas frutas y unas verduras, fue a la nevera y saco un litro de gaseosa, luego se acercó a mí y me lo entrego.

-toma, amigo, es para que llegues sin hambre a Brasil- me dijo, con una sonrisa que valía millones de guaraníes.

- y si quieres quedarte para pasar la noche aquí, te podemos dejar quedarte en la bartolina, hoy ésta desocupada, jajaja, mira chepe, un consejo sano de mi parte, si quieres ser feliz, ríe cada día, hazlo constantemente, busca motivos para sentirte feliz, y si no tienes, ríete de ti mismo, hazlo con empeño, eso te salvara los días-

Luego nos abrazamos, salimos a fuera y nos tomamos una fotografía frente a la comandancia policial, bajo la bandera paraguaya.

El sargento Leonardo aún es mi amigo, abecés me escribe un mansaje, envía videos de memes, relatos divertidos o simplemente me cuenta sus planes al jubilarse, sueña comprar una chacra, criar animales, y seguir invitando a almorzar a los viajeros que pasen por ahí.

Ahora, después de esta experiencia, me ocurre algo cuando escucho a algunas personas hablar mal de los policías, no digo nada al respecto, solo escucho, pero tengo la certeza que existen muchos sargentos Leonardo, por todas partes del mundo.

Puedes llegar lejos

No te detengas, continúa avanzando, aunque vayas lento y si la situación es tan difícil que te obliga a parar, quédate ahí firme, veras que pronto pasara la tormenta y vuelve a intentarlo, no dejes de creer en ti, tu puedes llegar muy lejos, más lejos de lo que imaginas, si tan solo perseveras un poco más.

No creas cuando les escuches decir que no puedes, no prestes atención a sus falacias, no atiendas a los gritos de tus problemas y deficiencias, porque no existen, no son reales, solo viven en tu mente, sácalos de ahí, no toques fondo, levántate, sálvate a ti mismo... salva tu vida, porque si hay algo que tienes que salvar es tu alegría, tu dignidad, tu energía y tu espíritu, hazlo por ti y por los momentos que aún faltan por vivir.

Tu puedes llegar lejos, haz logrado llegar hasta aquí, no desistas de luchar, puedes sentir que tu destino guiara tu corazón, aférrate a tu fe, inténtalo, arriesga todo, al carajo el miedo, al carajo con el dolor, al diablo con el fracaso, ¿Qué no te das cuenta que has tomado el mejor camino? ¿Qué no ves que estas peleando la más importante de todas tus batallas?

Vamos, vamos, levántate, vamos arriba una vez más y pelea con honor, sigue así, poco a poco, tranquilo y sin prisa, que cuando menos esperes, comenzarás a vislumbrar en el horizonte, el triunfo de tus anhelos, llegarás hasta allí y te bañarás en su gloria, entonces te reirás de todo, empapado en el estado más sublime de la felicidad.

Es ahí, al final donde están todos los brazos abiertos... esperándote llegar.

Abril – 26 – 2021.

Montevideo.

Uruguay.

Puedes llegar lejos



A esas almas nómadas que encontré por el camino y con las cuales pedaleamos juntos largos o breves trechos de la ruta y de la vida.

Quienes compartieron con migo sus historias, sus anhelos, sus utopías, su carpa y sus ronquidos, sus bebidas y sus alimentos, zasonados con sonrisas... amor para así beber, comer, dormir y viajar juntos felices, sin importarnos donde nacimos ni que probablemente nunca nos volveríamos a ver.

A mis eternos Hermanos de viaje.

MUCHAS GRACIAS.

Hugo Suarez - argentino

Enio Paipa - brasileño

Luci Alvares - argentina

Henry - canadiense

Danae TC - peruana

Alberto Cuenca - español

Simone Arianna - italiano

Maria Van Der Mer - holandesa

Jonathan Ezequiel - argentino

Harod Pineda - salvadoreño

Índice

Agradecimiento	7
Prólogo.....	9
Comentario	13
Quedarte llorando	15
La mente es un caballo salvaje	23
La magia andaba en bicicleta	33
A un kilometro	37
La mayor riqueza.....	45
Cuidar a un muerto.....	51
Una puta de arena.....	59
Un petaco de cerveza	75
Cuando hay amor no hay fronteras.....	81
Distancia.....	87
Un oasis para reir y llorar	89
Casitas en la colina	99

Chepe	109
Si un día vuelves	119
Un nó, era otra puerta abierta.....	129
El amor tenía trece años	133
Un árbol con frutos de colores.....	137
...Y vive en Juliaca con un perro	141
¡Kamisaky!.....	151
El mar de Bolivia	159
Amigos.....	165
En Uyuni hay amor	167
Las subidas	181
Salir gritando.....	183
Tan pequeños cual polvo	191
El abrazo del Chaco.....	193
En la casa de Tahuy	199
Aquí la historia huele a muerto	205
Las despedidas.....	211
Los ojos y mis manos	229
Un chequeo de rutina	231
Puedes llegar lejos	237